



# DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 6 DE NOVIEMBRE DE 1938

## Suplemento Dominical

En Este  
Número :



Vacaciones

Por Olivia  
de Havilland



NIÑOS  
FAMOSOS

Por Martha Janes



LA MODA  
AL DÍA

Crónica de Hollywood  
por Sara Diez

Tamiroff,  
el Múltiple

Por Sam Lukas



# TRUCUTÚ

LA TRIQUINUELA DE TRUCUTÚ ENFADO TANTO AL YIMÁN FUGUCHÉ QUE INCITÓ A ESTE A LANZARLE LA PLACA A LA CABEZA A SU RIVAL.

¡LA PLACA DE FUGUCHÉ!

¡EL DEBIÓ HABERLA LANZADO!

¡NO PUEDO PERMITIR SEMEJANTES OFENSAS A LA AUTORIDAD! ¡ARRESTE A FUGUCHÉ EN SEGUIDA!

¡NO, GUZIGU, DEJÉMOSE EN PAZ!



# FRAGMENTOS

MENUDENCIAS DE LA HISTORIA

RECIENTEMENTE FUERON HALLADOS EN EL ESTADO DE TEJAS, EE.UU., LOS RESTOS FÓSILES DE DOS COSTILLAS DE UN CUADRÚPEDO GIGANTESCO, ATRAVESADAS POR UNA PUNTA DE PIEDRA, EVIDENTE MENTE LANZADA POR CAZADORES EN AMÉRICA HACE 20,000 AÑOS.



LOS MAYAS CONOCÍAN TANTO DE ASTRONOMÍA QUE PODÍAN PREDECIR CON EXACTITUD LOS ECLIPSES SOLARES ANTES DE LA ERA CRISTIANA.



ENTRE LAS FÓRMULAS DE LOS EGIPCIOS DE LA ANTIGÜEDAD SE HAN ENCONTRADO RECETAS PARA CURAR LA CALVICIE.



¡HAY QUE RECORDAR QUE TRABAJO BASTANTE PARA RECUPERAR LAS JOYAS!

¡NO IMPORTA! ¡AQUÍ EL JEFE SOY YO Y CUANDO DOY UNA ÓRDEN HAY QUE OBEDECERLA!



¡ESTO ES TERRIBLE TENER QUE ARRESTAR A UN CAMARADA! ¡EL POBRE FUGUCHÉ SE MORIRÁ DE HAMBRE EN LA SELVA!

PALACIO REAL DE GUZILANDIA  
REY GUZIGU PROPIETARIO



¿QUÉ HACES AHÍ? ¡CREÍ HABERTE MANDADO A ARRESTAR A FUGUCHÉ!

¡ESTOY PREPARANDO LA MERIENDA!

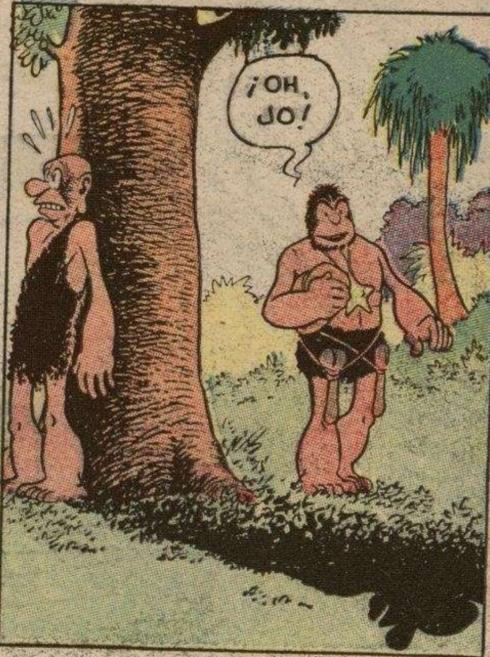


¡PUEDE QUE NECESITE TIEMPO PARA ALCANZAR A FUGUCHÉ, Y QUIERO ESTAR BIEN ALIMENTADO!

¡PARECE MENTIRA! ¡BUENO, ANDANDO!



Después ESTAS HUELLAS DE PIE SON FRESCAS. NO DEBE ESTAR MUY LEJOS.



¡OH, JO!



¡CACHÓN, TENGO MUCHA HAMBRE! ¡ME COMERÉ UN BOCADITO!



¡NO TENÍA TANTA HAMBRE COMO SUPONÍA! ¡ESTOY DESENGAÑADO!

¡BUENO, DEBO DARME PRISA Y MARCHAR!



¡CACHÓN, EL MUY IDIOTA NO ME HA VISTO!

¡A LO MEJOR SABE QUE YO ESTABA ESCONDIDO DETRÁS DE ESTE ÁRBOL!



¡SEA COMO FUERE, LO ACOMPAÑO EN SUS SENTIMIENTOS! ¡BUENA PRESA!



¿QUÉ, NO ESTÁ ARRESTADO, FUGUCHÉ?

¡LO HE BUSCADO POR TODAS PARTES, PERO SE HA EVAPORADO! ¡CREAME, GUZIGU!



# Maruja

Por Bret  
Harte

—Estás inquieta, Maruja —dijo Ami-  
tratando de imitar el paso infantil  
su hermana, a pesar de la repugnan-  
de Raymond—. Estás pagando ahora  
falta de sueño.

La misma idea cruzó por la imagina-  
ción de los dos hombres. Echaba de me-  
mos Maruja la excitación de la presen-  
cia del capitán Carroll.

—El aire fuera de la casa es tan  
frescamente agradable! —replicó con una  
energía tal, que muy bien pudiera sos-  
pecharse era debida a sugestión. La  
liga o a una inquietud moral—. Estoy  
cansada de correr tras las tórtolas en  
los paseos y enramadas. Vámonos a la  
casa. Si estás cansada, Amita, el se-  
ñor Raymond te dará el brazo.

Se dirigieron a la residencia, guiados  
por la indomable figurita de Maruja,  
quien ni una sola vez dió señales de fi-  
jarse en las atenciones a la par tiernas  
y picantes con que Garnier se aprovechó  
de la oportunidad. ¿Qué más podía este  
desear que aquella vereda sombreada,  
aquella luna invitadora al amor, aquellos  
ojos brillantes y acariciadores, y una  
figura encantadora y cercana? No obsta-  
ba el deseaba que no caminase tan de-  
cisa. ¡Bien estaba que fuese audaz, vi-  
va brillante, pero jamás inconvulsa!  
El paso fué acelerándose hasta conver-  
tirse en carrera. Más bien tomó Maruja  
una especie de trotacillo, con su cuer-  
pecito balanceándose y sus pies peque-  
ños yendo derechos como flechas ante  
ella, acompañándose con un débil canto  
musical que dijo haber aprendido de  
Pereo cuando era niña. No hicieron al-  
to hasta llegar a la empalizada donde  
aquella mañana encontrara al vagabun-  
do.

Los que la acompañaban estaban des-  
concertados: Amita, porque su figura no  
podía adaptarse a esa especie de ejer-  
cicio; Raymond, porque se sentía mo-  
lesto por la derrota de la pobre mu-  
chacha, y Garnier, porque había perdi-  
do una dorada oportunidad con la dé-  
bil sospecha de haber hecho el ridículo.  
Tan sólo los ojos de Maruja, o por  
mejor decir, los de su lamentado pa-  
dre, parecieron disfrutar de aquella tra-  
vesura.

—Son ustedes muy afeminados —di-  
jo, apoyándose en la empalizada y som-  
breando sus ojos con el abanico, mien-  
tras lanzaba una mirada a su alrede-  
dor—. La civilización parece ser que  
ha quitado las piernas. El hombre  
debe confiar siempre en sus piernas y  
en nada más.

—Eso es. Como los vagabundos—apun-  
tó Raymond.

—Posiblemente. Me hubiera gustado  
ser gitana y haber vagado por ahí, en  
busca de un hogar nuevo cada noche.

—Y cambiarse de ropa todas las ma-  
ñanas, al amanecer —dijo Raymond—.  
¿Pero cree seriamente que usted y su  
hermana son materia abonada para in-  
tentarlo esta misma noche? Háce un

frio agudo —añadió alzándose el cuello.  
¡Podía usted comenzar por enseñar a  
un compañero un pajar o un gallinero  
próximos!

—¡Sibarita! —exclamó, lanzando una  
larga mirada a los campos y luego a  
la vereda.

De pronto se alarmó.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalan-  
do con el abanico una figura alta y  
derecha, que desaparecía lentamente por  
el lado opuesto de la vereda.

—Es Pereo, nadie sino Pereo. Le re-  
conoci por su estatura —dijo Garnier,  
que se hallaba más cerca del vallado—.  
Pero lo más sorprendente del caso es  
que no estaba allí cuando llegamos, ni  
salíó a campo abierto. Ha debido se-  
guirnos los pasos desde el otro lado de  
la senda.

Los ojos de las dos muchachas se  
buscaron simultáneamente, pero no sin  
la mirada observadora de Raymond.  
Amita frunció el entrecejo al acercarse  
a su hermana y cogerse de su bra-  
zo apretadamente. Los dos hombres, con  
la vaga sensación de algún contratiem-  
po dieron un paso atrás y comenzaron  
a cuchichear, dejando que las hermanas  
cambiasen unas cuantas palabras en voz  
baja mientras regresaban a casa.

Mientras tanto, la elevada figura del  
Pereo había desaparecido en la espesura  
para salir de nuevo a campo abier-  
to, cerca del cenador y del viejo peral.  
Las luces rojas de dos o tres cigarrillos  
que brillaban en la sombra, y las si-  
luetas de dos mujeres envueltas en cha-  
les se adelantaron desde el cenador pa-  
ra recibirle.

—¿Y qué oíste, Pereo? —dijo una de  
ellas.

—Nada —respondió éste con impacien-  
cia—. Ya os dije que respondería de  
esta pequeña primogénita con mi vida.  
Está haciendo bailar a este francés; co-  
mo hizo bailar a los otros, y doña Ami-  
ta y su Raymond no son sino muñecos  
de cera en sus manos. Además, hablé  
boy con la pequeña Ruja, hablé mi es-  
piritu, Pepita, y ella dice que no hay  
nada.

—¡Y mientras tú estabas hablando  
con ella ese diablo de doctor se halla-  
ba hablando con su madre, tu señora,  
nuestra señora, Pereo! ¿Desearías sa-  
ber lo que dijo él? ¡Oh! Nada, no dijo  
nada.

—¡Que la maldición de Koorotora cai-  
ga sobre tí! —exclamó Pereo excitado—.  
¡Habla, imbécil, si sabes algo!

—A cierta cierta no lo sé. Pero deja  
que hable Faquita que fué quien lo oyó.

Extendió una mano y arrastró a la  
doncella de Maruja ante la presencia del  
viejo.

—¡Bien! Es Faquita, hija de Gómez y  
nacida en el país. Habla, pequeña. ¿Qué  
dijo ese coyote a la madre de tu seño-  
rita?

—En verdad que no me favoreció el  
accidente, buen Pereo.

—¡Ojalá hubiese sido más! Pero de-  
jemos eso y dime qué es lo que dijo él.

—Estaba yo colgando un traje tras  
la cortina del oratorio. Cuando Pepita  
introdujo al americano. No tuve tiempo  
de escapar.

—¿Por qué no huíste de ese perro?  
—dijo uno de los fumadores de cigari-  
llo que se había aproximado.

—¡Calma! —gritó el viejo.

—Cuando doña María se acercó a él  
hablaron de negocios. Sí, Pereo; mi se-  
ñora habló de negocios a aquel hombre  
como pudiera haberlo hecho contigo. De  
que si podía aconsejar esto o cancelar  
lo otro; de que si el ganado podía sacar-  
se del llano y cultivar las tierras; de  
que si él tenía un comprador para Los  
Osos.

—¡Los Osos! ¡Es la tierra confron-  
tante la frontera, la línea del arroyo,  
más antigua que La Misión! —murmuró  
Pereo.

—¡Ah! Y habló de..., no sé lo que  
es... del ferrocarril.

—¡El ferrocarril! —exclamó el viejo—.  
Eso es el corte de un cuchillo ardiente  
en La Misión Perdida, largo como la  
eternidad y separador de la muerte. A  
ambos lados de esa cuchillada, marchita  
toda la vida; doquiera se tiende ese  
acero, tu trazo es lívido y estéril; acu-  
chilla todas las barreras; atraviesa to-  
das las fronteras, sean cañadas o ca-  
ñones; es un torrente en el llano un  
huracán en la floresta; su sola senda  
es destrucción para quien la cruza, sea  
hombre o bestia; es el ídolo de los  
americanos; le elevan templos y afi-  
yen a él y le reverencian siempre que  
se detiene, vomitando fuego y humo, co-  
mo una deidad pernicioso.

—¡San Antonio nos libre! —exclamó  
Faquita temblando—. Y, sin embargo  
hablan de participaciones y acciones, re-  
firiéndose a él, y dicen que doblaría el  
precio del trigo.

—¡Qué Judas cargue contigo y con tu  
ferrocarril! —dijo Pepita con impacien-  
cia—. No es eso lo que Faquita tiene que  
contar. Sigue, muchacha, y di todo lo  
que sucedió.

—Luego —continuó Faquita, con lig-  
ra afectación de timidez infantil, rodea-  
da por el estrecho círculo de los fuma-  
dores— hablaron de otras cosas y de  
ellos mismos; y, a decir verdad, ese doc-  
tor de barba gris comenzó a pronunciar  
frases galantes, a hablar de afectos du-  
raderos, y de que llegaría un día en que  
tendría derecho a proteger...

—¿El derecho? ¿Has dicho el derecho,  
muchacha? Debes estar equivocada. No  
debí ser eso lo que dijo.

—Puese apostar la vida contra un  
cuarto de peso a que la pequeña Faqui-  
ta está en lo cierto —replicó la satírica  
muchacha—. Podéis confiar en que la hi-  
ja de Gómez sabe lo que es una decla-  
ración.

Cuando cesó el eco de las carcajadas  
y se extinguieron las chispas de los ci-  
garrillos, habilidosamente barridas por  
el abanico de Faquita, continuó, algo  
enojada:

—Yo no sé cómo le llamaréis vosotros

al acto de besarle a una la mano y lle-  
vársela al corazón.

—¡Judas! —gruñó Pereo, y añadió te-  
brilmente—. Y doña María, tu ama, ¿no  
te envió al momento a buscarme para  
que pusiera a ese bandido de patitas  
en la calle? ¿Por qué no corríste en ayu-  
da de la dueña? ¿Tú te enteraste de eso  
y no lo hiciste?

Calló un instante y procuró leer en  
los ojos de la muchacha:

—¡No! ¡Ya veo claro! Soy un viejo  
loco. Era la propia madre de Maru-  
ca la que estaba allí. ¡El, él! —y rió  
compasivamente—. Y luego ella sonrió,  
y sonrió, y le derritió el corazón al co-  
barde, como pudiera hacerlo Maruja. Y  
cuando él se hubo ido, ella te pidió que  
la llevaras agua para lavar la herida que  
le hizo en la mano el inmundo Judas.

—¡Santa Ana! —exclamó Faquita, en-  
cogiéndose de hombros—. Hizo lo que  
otras muchachas hubieran hecho. Cuan-  
do él se fué, sentóse y lloró.

El viejo retrocedió un paso y se apo-  
yó sobre la mesa. Después, con cierta  
audacia temblona, comenzó:

—¿Y eso es todo lo que tienes que de-  
cir? ¡Nada! ¡Faltaste a tu obligación,  
ocultándote para dormir, y soñar tras la  
cortina! ¡Perezosa! ¡Sí, soñaste! ¿Com-  
prendes? ¡Todo fueron sueños! ¿Y para  
eso abandonaste su obligación y vienes  
ahora a murmurar aquí? ¡Basta! ¡Vete,  
vete de mi vista! ¡Tú! ¡Y Pepita! ¡Y  
Andrés! ¡Y Víctor! ¡Todos, todos a vues-  
tras ocupaciones! ¡Fuera!... ¿No soy  
aquí el amo? ¡Largo he dicho!

Sus gritos, cada vez mayores, eran  
prueba de su creciente cólera, y los del  
grupo, asustados, fueron dispersándose  
por el laberinto, uno a uno. Pereo esperó  
a que desapareciese el último, y luego,  
encasquetándose el sombrero hasta los  
ojos con un juramento, se abrió camino  
entre la maleza, en dirección a los esta-  
blos.

Más tarde, cuando la plena luz de la  
luna de media noche apagó todas las  
luces desparramadas por el caserón, quan-  
do la larga galería dormía sobre prolon-  
gadas líneas de sombra y hasta el viento  
parecía reposar, salió Pereo del establo,  
vistiendo el traje de vaquero, sobre su  
caballo enjaezado. Dirigiéndose cautelo-  
samente a lo largo del andador engra-  
vado y bordeado de césped, llegó silen-  
ciosamente hasta una puerta que comu-  
nicaba con la vereda. Llevando al paso  
su potro mesteño, no sin poca dificultad,  
hasta que perdiera de vista la casa entre  
el follaje, volvió con fácil galope hacia  
una vereda más ancha, que conducía a la  
cañada. En un cuarto de hora llegó a  
un bajo anfiteatro de la pradera, en-  
cerrado en un círculo de montañas cu-  
biertas de hierba y limpias de árbo-  
les.

Allí, metiendo espuelas a su caballo,  
comenzó un ejercicio singular. Dos ve-  
ces recorrió el círculo de la pradera, en  
loco galope, a rienda suelta, y dos ve-  
ces más deshizo la carrera. La tercera  
hízola con mayor velocidad, hasta el  
punto de que el terreno parecía correr  
bajo él; desde lejos, los miembros de  
su corcel hacíanse invisibles en su fu-  
riosa acción, y, echado hacia adelante  
sobre el cuello de su potro, hombre y ca-  
ballo pasaban, ligeros como oel rayo, al-  
rededor del círculo. Entonces comenzó  
a ascender de la perilla de la silla una  
especie de humo, formando ligeros ani-  
llos, que, extendiéndose en el aire, des-  
cendían lentamente hasta el suelo quan-  
do pasaba el jinete. Una y otra vez as-  
cendió y descendió aquella oscura espi-  
ral, extendiendo lentamente sus anillos  
serpentinamente con tan fantástica delibera-  
ción, que contrastaba extrañamente con  
el impetuoso arranque del jinete, no obs-  
tante parecer una parte de su furia. Des-  
pués trotó gentilmente al centro del  
círculo.

Allí se despojó del poncho, formando  
con él un rollo cilíndrico; lo colocó ha-  
cia arriba en el suelo, volviendo de nue-

vo a su furioso circuito. Pero esta vez salió de pronto, antes de que estuviese medio terminado, y avanzó directamente hacia el objeto desconocido. Fué desviándose ligeramente, hasta unos cien pies; los largos anillos desprendidos se retorciaban en el aire y descendían suavemente a su paso fulminante. Pero cuando llegaba a la línea de circuito, giraba de nuevo, y se dirigía directamente al sitio por donde había entrado.

¡Al extremo de la oscura cuerda, el rollo hecho con el poncho iba rebotando, arrastrado por el lazo, a la cola de su caballo!

—Parece ser que el viejo está tranquilo hoy por la mañana —dijo Andrés cuando, al día siguiente, almohazaba la piel sudada y seca del potro—. ¡Bien se ve amigo «Pinto», que has pagado tú su locura!

## IV

El rancho de San Antonio pudiera haber sido un asilo característico para su santo patrón, pues ofrecía retiro seguro contra las tentaciones y toda facilidad para la perpetua contemplación del cielo, en aquel lugar limpio de árboles y elevaciones. Al contrario de La Misión Perdida, de la que había formado parte, era una planicie de rico adobe, semejando, durante seis meses del año, ondulado mar de movedizo verdor, que rompía en la línea lejana del horizonte; y durante los otros seis meses, daba la impresión de una playa seca y polvorienta, de la que había desaparecido el mar. En primavera, absorbido por aquel cielo bajo, que parecía burlarse, con su aspecto de un mar visionario. Una fila de cobertizos y edificaciones rústicas, irregulares y severamente prácticas, encerraban la maquinaria y los cincuenta o sesenta hombres empleados en el cultivo de la tierra; pero ni la mansión residencial, ni la granja ofrecían núcleo aludido de comodidad rural o de civilización, en medio de aquella gran extensión de cielo y tierra. Eran desconocidos los más sencillos auxiliares de la vida campestre; la leche y la manteca eran llevadas desde la población más próxima; del mismo sitio procedían los envíos semanales de carne y verduras; en la época de la cosecha, los trabajadores y segadores comían y se alojaban en el poblado vecino, y desde allí acudían al trabajo. No se cultivaba flor alguna en aquellas tierras, y, aunque en la temprana primavera los campos se hallaban salpicados de amapolas y margaritas, la más humilde planta o hierba de jardín no tenía sitio en aquel suelo fecundo. Las apretadas filas de trigo ceñíanse alrededor de los desparramados cobertizos y graneros, ocultando las ventanas bajas. Pero los cobertizos estaban dotados de la más moderna maquinaria agrícola; un hilo telegráfico conectaba la población más cercana con una oficina establecida en el ala de uno de los edificios, donde se sentaba el doctor West y revisaba severamente sus cuentas con la naturaleza.

No se sabía si aquella estricta economía en los gastos domésticos era motivada por la satisfacción vanidosa de vida campestre y los suntuosos hábitos de los anteriores propietarios, o debida a los puros principios mercantiles del doctor West. Los que mejor le conocían afirmaban era debida a ambas cosas. Lo cierto es que aquel éxito comercial inefable coronó y dignificó su método. Algunos supervivientes de las antiguas familias iban a ver aquella extraña maquinaria que realizaba la labor de tantos hombres ociosos y de tantos caballos. Se decía que había ofrecido dirigir la lejana hacienda de Joaquín Pradilla, desde su pequeño despacho de los trigales de San Antonio. Algunos movían dudosamente la cabeza, y decían que lo único que pretendía era sacar el jugo a la tierra durante unos pocos años, pa-

ra volverla a tirar; que en su fiero apresuramiento no hacía sino extraer la esencia de varias épocas del cultivo suave de un terreno que escasamente había sido arañado con las rejas de arados robles del país.

Sus gustos y costumbres personales eran tan severos y prácticos como sus negocios; la pequeña ala del edificio que ocupaba no contenía más que su despacho, su gabinete-biblioteca, su dormitorio, y un cuarto de baño. Este último lujo contradictorio debía a cierta limpieza de gato que era parte de su naturaleza. Su cabello color gris de hierro (una novedad en aquel país de jóvenes americanos) estaba siempre escurpulosamente cepillado y sus ropas interiores limpias. También era en él característico su traje negro, que le imprimía un ligero tinte profesional, a la vez que una especie de respetabilidad pasada de moda. La única concesión que hacía a las costumbres que allí era la de tener dos o tres potros briosos del país, que montaba con la tranquilidad, ya que no con la seguridad y facilidad de un indígena. Nadie pudo saber si el yugo de aquella desarreglada y poderosa supervivencia de la selvática naturaleza que le rodeaba era parte de su plan o era tan sólo un rasgo dilatorio de alguna nueva hazaña; pero su figura fea y decorosa, contrastando con la libertad pintoresca y arrogante del caballo que montaba era espectáculo frecuente en la carretera y en el campo.

Era el segundo día después de su visita, a La Misión Perdida. Hallábase sentado a la mesa de su despacho, a la puesta del sol, cuya luz mortecina del Oeste iluminaba el suelo de la estancia a través de la puerta abierta. Escribiendo estaba, cuando repentina-

mente suspendió la tarea con muestras de impaciencia, y gritó:

—¡Harrison!

Apareció en la puerta la sombra del sobrestante del doctor West.

—¿Con quién estás hablando?

—Con un vagabundo, señor.

—Contrátale y envíale a su destino. No permanezcáis ahí charlando.

—Precisamente trataba de eso señor. Pero no quiere contratarse por una semana ni por un día. Dice que haría una tarea especial para ganarse la cena y una cama improvisada, pero nada más.

—¡Echale de aquí... Espera... ¿Qué aspecto tiene?

—Como todos ellos; un poco más pe-

rezoso, según creo.

—¡Hum! Hazle entrar.

Desapareció el sobrestante, y volvió al poco rato con el vagabundo ya conocido del lector. Iba algo más sucio que en la mañana que habló a Maruja en La Misión Perdida; pero adoptaba el mismo aire de adusta indiferencia, quebrada ocasionalmente por alguna observación furtiva. Su parezca (o cansancio, si es que este término pudiera describir la languidez de su perfecta condición física) parecía haber aumentado; se recostó contra la puerta, mientras el doctor le contemplaba con lenta satisfacción. Aquella pausa indefinida le permitió sentarse en el quicio de la puerta permaneciendo allí.

—Parece ser que ya necesitas cansado —dijo el doctor ásperamente.

—Sí.

—¿Qué tienes que decir por tu parte?

—Ya se lo dije a ese —dijo el vagabundo, señalando al sobrestante—; ya dije lo que haría por ganarme una cena y una cama. No quiero más que eso

—Y si no consigues lo que quieres ba-

jo tus propias condiciones, ¿qué

—preguntó el doctor con sequedad.

—De los Estados.

—Irme.

—¿De dónde vienes?

—¿A dónde vas?

—Adelante.

—Déjame a mí —dijo el viejo, giéndose al sobrestante.

Este sonrió y marchóse.

El doctor inclinó de nuevo la cabeza sobre sus cuentas. El vagabundo, parado en la puerta, extendió su mano cogió un tallo de trigo que había parado junto al quicio y comenzó a picarlo despacio. No alzó sus ojos hacia el doctor, sino que permaneció sentado, como un culpable familiar que espera de su sentencia, sin temor, esperanza, pero no sin cierta filial tolerancia de la situación.

—Sal a ese pasillo —dijo el viejo, tirando los ojos de su libro Mayor— en el armario encontrarás ropas de que usan los trabajadores. Escoge que te vaya bien.

El golfo se levantó, se dirigió al pasillo y det-vose:

—Que conste que no lo hago sino las condiciones que dije.

—Sí, hombre; sí —repuso el doctor.

El muchacho volvió a los pocos momentos con unos zahones y una camisa de lana colgados del brazo, y un par de botas y otros de calcetines en la mano. El viejo había dejado la pluma.

—Ahora entra en ese cuarto y cámbiate de ropa. ¡Espera! Primeramente lávate los pies en ese cuarto de baño.

El vagabundo obedeció y penetró en el cuarto. El doctor se acercó a la puerta y contempló el cielo pensativamente. Cuando regresó, fijóse en que la puerta del cuarto de baño estaba abierta, y el golfo, que había cambiado de ropas, se hallaba secando sus pies. El doctor se quedó de pie, observando durante un momento.

—¿Qué te ocurre en ese pie? —preguntó.

—Es de nacimiento.

Los dedos primero y segundo estaban unidos por una membrana.

—¿En los dos pies te ocurre lo mismo? —preguntó el viejo.

—Sí —dijo el joven mostrando el otro pie.

—¿Cuál me dijiste que era tu nombre?

—No dije mi nombre; pero es Enrique Guest, el mismo de mi padre.

—¿Dónde naciste?

—En Dentville, Pike Mounty, Missoni.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Spalding, me parece.

—¿Dónde están ahora tus padres?

—Mi madre se divorció y se casó de nuevo allá en el Sur, no sé dónde. Mi padre se fué de casa hace veinte años.

Debe estar en algún sitio de California si no ha muerto.

—No ha muerto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque yo soy Enrique Guest de Dentville, y... —y sombreado los ojos con la mano para examinar al muchacho, añadió friamente—; y tu padre.

Hubo una pausa ligera. El joven dejó caer la bota que tenía en la mano.

—Entonces... ¿debo permanecer aquí?

—Ciertamente que no. Aquí mi nombre es West, y no tengo hijo alguno. Irás a San José y te quedarás allí hasta que yo estudie este asunto. ¿No tendrás dinero? —preguntó, con mal reprimido desprecio.

—Tengo un poco —respondió el folgo.

—¿Cuánto?

El muchacho introdujo la mano en el pecho y extrajo una sola moneda de oro envuelta en un papel.

—Cinco dólares. Hace un mes que me guardo; no cuesta tanto vivir como yo vivo —añadió secamente.

—Ahí tienes cinco más. Vete a un hotel de San José, y hazme saber dónde de te encuentras. Tienes que vivir, ya



no quieres trabajar. No pareces ton-  
to. Así, pues, no tengo más que decirte  
que si esperas algo de mí has de dejar  
este asunto en mis manos. Ya ves que  
he reconocido hoy por propia volun-  
tad; lo mismo podré denunciarte maña.  
Como un impostor, si lo quisiera. ¿Y  
has contado tu historia a alguna per-  
sona del valle?

—No.

—Pues procura no contársela a nadie.  
Y ahora, antes de que te marches, deseo  
que respondas a unas cuantas preguntas.  
Acercó una silla a la mesa, y mojó  
la pluma en la tinta, como disponién-  
dose a anotar las contestaciones. El jo-  
ven, viendo ocupaba la única silla que  
allí había, retiró hacia un lado los li-  
bros del doctor y sentóse sobre la me-  
sa, junto a éste.

Las preguntas fueron repetición de las  
ya hechas, pero más detalladas y de  
naturaleza más práctica. Las respues-  
tas fueron dadas de buen grado e in-  
diferentemente, como si el asunto no  
mereciese la pena de evitarlo o mixtifi-  
carlo. Difícil es decir cuál de los dos,  
el que interrogaba y el que respondía,  
pudo menor placer en la conversación,  
que más bien parecía referirse a una  
tercera persona. Sin embargo, los dos  
hablaron irreverentemente de su fami-  
lia común, aunque con un asomo de sim-  
pático interés.

—Ya creo que puedes irte —dijo el  
doctor, levantándose del asiento—. Pue-  
des quedarte en la fonda que hay a  
unas dos millas de aquí, y cenar y acos-  
tarte, si quieres.

El muchacho bajó de la mesa y en-  
caminóse hacia la puerta. El doctor in-  
trodujo las manos en los bolsillos y le  
siguió. El primero, como llevado de una  
imitación inconsciente, también metió  
las manos en los bolsillos y miró al  
viejo.

—¿Lléndré noticias de tu llegado a  
San José? —preguntó el doctor, al cru-  
zar el joven los trigales, con un ligero  
tinte de coacción en medio de su indi-  
ferencia.

—Lo haré, si convenimos en ello —  
respondió el joven, parándose en la en-  
trada.

Ambos hallábanse afectados por una  
débil sensación de responsabilidad, pu-  
ramente convencional en sus respectivas  
posiciones. Si uno de ellos hubiese te-  
nido la iniciativa se hubieran estrecha-  
do las manos. Pero una hosca conscien-  
cia de rectitud voluntaria en la imagi-  
nación egoísta del padre, y una igual-  
mente hosca convicción de veinte años  
de extravío en el hijo, eran causa de  
que ambos estuviesen coartados.

Desagradablemente observadores de la  
torpeza de cada uno de ellos, se separa-  
ron con una sensación de alivio.

El doctor West cerró la puerta, en-  
cendió la lámpara y, yendo a su me-  
sa de despacho, dobló el papel en que  
había estado escribiendo las notas y se  
lo guardó en el bolsillo. Entonces llamó  
a su sobrestante. Entró éste y dirigió  
una mirada en derredor como esperan-  
do encontrar aún allí al huésped del  
doctor.

—Di a uno de los hombres que tra-  
ga a «Buckeye».

El sobrestante dudó.

—Pero, ¿va usted a montarlo esta no-  
che, señor?

—Claro que sí. Voy a llegarme has-  
ta casa de Saltonstall. Si llego hasta allí,  
no espereis que regrese hasta mañana.

—«Buckeye», señor, está muy descan-  
sado. No hace una hora que se despojó  
a saltos de la silla y los hombres se  
vieron apurados para sujetarle; ningu-  
no se atrevería a echarle los calzones  
encima.

—Yo te apuesto a que no se quita  
la silla llevándome a mí encima —dijo  
el viejo secamente—. Que lo traigan en  
seguida.

El sobrestante hizo ademán de re-  
tirarse.

—El golfillo debió parecerle a usted  
demasiado vago, ¿no, señor?

—Me pareció observar en él alguna  
cantidad más de viveza que en otros  
que se creen activos —respondió el doc-  
tor, sin darse cuenta de estar haciendo  
una acalorada defensa del ausente. ¡Da-  
te prisa, y que traigan ese caballo!

El sobrestante desapareció. El viejo  
se puso unas meditas botas de cuero,  
largas espuelas de plata y un blando y  
ancho sombrero de fieltro; pero no rea-  
lizó otro cambio en su acostumbrada  
medio profesional y convencional indu-  
mentaria. Luego llegóse a la ventana  
y echó una mirada en dirección a la  
carretera. Habiendo partido su hijo,  
sentía cierto remordimiento de no ha-  
ber prolongado algo más la entrevis-  
ta. Ciertas peculiaridades en sus mo-



dales algunas sugerencias de la expre-  
sión de su rostro, la palabra y el ges-  
to, volvieron a él con curiosidad no sa-  
tisfecha. «No importa —se dijo—; ya  
volverá pronto, tan pronto como yo quie-  
ra, si es que no vuelve antes. El piensa  
haber encontrado una vida cómoda aquí,  
y no es de creer la deje escapar. Y tie-  
ne el mismo maldito orgullo de su ma-  
dre. Me maravilla no haberle reconocido  
a primera vista. ¡Y ha guardado cinco  
dólares! ¡Ese detalle es de Juana, cla-  
vado! Y claro está —añadió con amar-  
gura—, a mí no se me parece en nada,  
en nada. Bien; ¿qué importa?»

Volvióse hacia la puerta con cierta  
expresión de desafío en su semblante,  
como si al ver venir a su sobrestan-  
te hubiérase alarmado, por creer que  
éste podría hallar semejanza entre pa-  
dre e hijo. Pero, afortunadamente, Har-  
rison estaba demasiado preocupado con  
las cabriolas de «Buckeye», que el es-  
tablero acababa de conducir hasta la  
puerta. La llegada del caballo cambió  
la expresión del doctor, adquiriendo su  
semblante otra de resistencia más prác-  
tica y significativa. Con ayuda de dos  
hombres que sujetaron la cabeza del  
bruto, logró montar a caballo. Unas  
cuantas cabriolas no pareció sino que  
le afirmaron más sobre la silla, y a ca-  
da brusco movimiento del animal, se  
dibujaba una línea roja y delgada en los  
lijares, producida por las crueles espue-  
las de su jinete. El pensamiento de se-  
guir los pasos de su hijo fué prontamen-  
te disipado por «Buckeye», que giró rá-  
pidamente en la dirección contraria y  
antes de que el señor West pudiera ad-  
quirir pleno dominio del bruto, ya se  
hallaba a media milla en su camino ha-  
cia La Misión Perdida.

El doctor no lo sintió. Veinte años  
atrás había abandonado voluntariamen-  
te una unión legal de mutua descon-  
fianza y mal comportamiento, y autori-

zó a su esposa para que lograrse el di-  
vorcio, que muy bien, y por igual moti-  
vo, pudiera él haberlo asimismo obteni-  
do. Abandonó a su esposa la proge-  
nie: un hijo.

Todo cuanto eligiese hacer era pu-  
ramente gratuito; el único agarradero  
que tenía aquel joven extraño con res-  
pecto a él era el de que también aquél  
reconoció el hecho con fría indiferencia,  
igual a la suya. Poco después toda su  
atención fijóse en el bruto que mon-  
taba. Sin embargo no pudo menos de  
advertir el avance de sus años, que caían  
aquella tarde sobre él más pesadamente;  
temerario como era, su fuerza recono-  
ció que no era la misma, cuando se  
propuso medirla con la inquieta y juve-  
nil malevolencia de su potro; durante un  
momento pensó, apesadumbrado, en la  
fibra perniciosa de su hijo a medio des-  
arrollar; por un breve instante cruzó  
por su mente el pensamiento de que  
aquella fibra debiera reemplazar a la su-  
ya; debiera ser suya, para apoyarse en  
ella, porque así, solamente así, podía él  
realizar el viejo milagro de recuperar su  
perdida juventud, perpetuando su propio  
poder en su propia sangre; y él, cuya  
profunda creencia en su personalidad  
había rechazado todo principio heredi-  
tario, sentía esto con repentina y ex-  
quisita pena. Pero su potro, reconcien-  
do quizás su mando declinante aprove-  
chó aquella oportunidad para dar saltos  
de carnero. Encorvando su lomo como un  
gato y lanzándose al aire con un ines-  
perado respingo, fué a caer sobre sus  
cuatro patas, tiesas, inflexibles, con tal  
violencia en el golpe, que hubiese hecho  
estallar la cincha, a no haber juntado  
el marrullero viejo las rodajas de sus  
espuelas aprisionando fuertemente con  
los talones su vientre colapsado. Aque-  
lla fué la última intentona rebelde del  
potro, que, dándose por vencido, avanzó  
dócil y apologeticamente, dejando atrás,  
por decirlo así, todas las dudas y temo-  
res del jinete.

V

Mientras tanto el joven objeto de  
las meditaciones del doctor West se di-  
rigía despacio, carretera adelante, en di-  
rección a la fonda. Caminaba más er-  
guido y con menos languidez en su con-  
tinento; si esto era debido a haberse  
despojado de sus viejos vestidos, a ha-  
llarse mejor calzado o a un repentino  
enderezamiento de alguna cualidad mor-  
tal, nadie podía decirlo. La expresión de  
su rostro no daba ciertamente señales  
de buena suerte actual y venidera; las  
líneas indicadoras de su descontento  
marcábanse con más decisión alrededor  
de sus cejas y de su boca. Aparentemen-  
te, la entrevista con su padre tuvo sólo  
el efecto de revivir y agitar con mayor  
actividad cierto sentimiento de tenaci-  
dad, que a través de largos años, había  
se hecho lánguidamente mecánico. Ya  
no era un animal perseguido, sino vuelto  
por una casualidad al conocimiento poli-  
groso de su poder. Era más de temer, em-  
butido en aquel traje honrado de traba-  
jador, que en sus viejos guñapos; en  
sus ojos leíase la revelación de una in-  
teligencia funesta. En su nueva condi-  
ción, la civilización parecía tan sólo ha-  
berle armado contra sí mismo.

La fonda edificio bajo y largo, con un  
tejado rojo extendido sobre una galería  
blanqueada en la que los vaqueros bo-  
rrachos se habían hecho algunas  
veces gala de sus potros, no ofreció al  
joven Guest, cuando se aproximó a ella,  
un aspecto muy honrado. Uno o dos ca-  
ballos hallábanse fuertemente atados a  
los macizos travesaños de los robustos  
postes que se alzaban en la fachada,  
dando frente a la carretera, junto a los  
cuales había un rústico y primitivo ban-  
co de piedra. A través de un portalón  
lateral, desvencijado, veíase un patio de-  
sierto y cubierto de hierba, lleno de ca-  
jones vacíos y barriles de la tienda, que  
se amontonaban bajo el mismo tejado,

al otro extremo del edificio. Por la puerta abierta de la fonda se veía un cuarto de bajo techo envigado, amueblado en uno de sus lados con la torpe imitación de un bar americano, conteniendo unas cuantas mesas pequeñas a las que hallábanse sentados media docena de hombres, fumando, bebiendo y jugando a las cartas. Sobre la pared y junto a la puerta de entrada había colgados un descolorido cartel anunciador de las corridas de toros en Monterrey y un aviso del alguacil mayor americano. Llenaba la estancia un espeso y amarillento humo de cigarrillo, en medio del cual los que allí estaban parecían sombras oscuras. El joven dudó ante aquel pestilente interior y tomó asiento en un banco de la galería. Después de un intervalo momentáneo, llegó el amo hasta la puerta con mirada interrogadora, a la que contestó Guest pidiendo cena y alojamiento. Cuando el amo hubo desaparecido entre el humo de los cigarrillos, los demás parroquianos, uno después de otro, aparecieron a la puerta con los cigarrillos en la boca y los paines todavía en las manos, y fijaron en Guest sus miradas.

Quizá hubiese alguna razón que excusara su curiosidad. Como ya hemos dicho, la apariencia del joven, vistiendo zahones y camisa de lana, era algo incongruente, y por algún motivo inexplicables su rostro y figura, que si no parecían contradictorios vestido de andrajos delatores de su pobreza, vistiendo aquel traje de trabajador dábanle un aspecto de mayor rango social, intelectual y refinado. Esto, unido a la imperfección de modales y de expresión, afirmaban la creciente sospecha en las mentes de los reunidos de que fuese un fugitivo de la Justicia, un falsificador, un banquero derrelicto, tal vez, o, tal vez, un asesino. A decir verdad, el sentido moral de los espectadores no se alarmó con la sospecha, sino que su reticencia sirvió para sentir por él mayor simpatía. Un incidente desgraciado pareció completar la evidencia en contra suya. Ante su impaciencia por responder a la apremiante demanda del importe de la cena que le hizo el dueño, cayeron al suelo de la galería tres o cuatro monedas de oro escapadas de su bolsillo. Cuando se inclinó a recogerlas apareció en la rápida mirada de los videntes el peligro de aquel descuido. Su serenidad arisca no pareció menguar. Llamando al dueño de la tienda, que habíase llegado a la puerta a tiempo de contemplar semejante lluvia de oro, le pidió que se acercase en inglés.

—¿Qué clase de cuchillos tiene usted?

—¿Qué clase de cuchillos tiene

—¿Cuchillos, señor?

—Si cuchillos de monte o puñales.

Cuchillos como ése —dijo dando un corte imaginario en la mesa que tenía delante.

El tendero penetró en el establecimiento y apareció al poco rato con tres o cuatro puñales metidos en fundas de rojo cuero. Guest eligió el más pesado y probó su punta en la mesa.

—¿Cuánto?

—Tres pesos.

El joven le arrojó una de las monedas de oro e introdujo el puñal enfundado en su bota. Cuando recibió los cambios de manos del tendero, se cruzó de brazos y recostóse sobre la pared con tranquilidad indiferencia.

Aquel acto sencillo pareció desafiar a toda intromisión agresiva.

Uno de los hombres se aproximó en seguida a la puerta.

—¡Buen tiempo para la carretera, joven camarada!

Guest no respondió.

—¡Ah! La noche es espléndida —repitió en mal inglés, frotándose las manos, como si se lavase en el aire.

Guest siguió mudo.

—¿Usted vendrá de Sank Rosay?

—No.

El hombre murmuró algo en español,

pero el dueño, reaparecido para colocar sobre la mesa de la galería la cena que Guest había pedido, creyó de su deber intervenir para proteger a un parroquiano, al parecer, tan agresivo como opulento. Empujó al intruso a un lado, acompañando la acción con palabras apresuradas, y, después que Guest hubo terminado de cenar, se ofreció para enseñarle su habitación. Era un cuarto oscuro y envigado del piso bajo que recibía la luz del establo por una ventana enrejada. A primera vista parecía la celda de una cárcel; mirando más detenidamente a la negra y destaralada cama y a las imágenes de santos que pendían de las paredes, más bien parecía una tumba.

—Es la mejor habitación —dijo el dueño—. El padre Vicente no quería otra cuando venía de viaje.

—Supongo que Dios le protegía —respondió Guest—, pero no esa puerta.

Y señaló ésta, que estaba carcomida, sin cerradura ni pestillo.

—¿Y eso qué importa? ¿No somos todos amigos?

—Ciertamente —replicó el joven, en su forma grave y peculiar, dirigiéndose a la galería. No obstante, decidió no ocupar la celda del reverendo padre; no por miedo personal a sus mal reputados vecinos, sino por el instinto nó-

te. Con no poco asombro de algunos de los excursionistas, y aún del suyo propio, el capitán Carroll se contaba entre los jinetes. Sólo Maruja y su madre sabían que fué vuelto a llamar para refutar el rumor, ya circulado, de su repentina desaparición; sólo Maruja era sabedora de las sutiles palabras que hicieron la llamada tan potente a la vez que tan desesperada.

Los vivos ojos de Maruja, aún bajo los fuegos cruzados del capitán Carroll y de Garnier, fijáronse al instante en la erguida figura del banco de la galería. ¡Era, con seguridad, la cara del vagabundo con quien ella había conversado! Y, no obstante, había un cambio, no sólo en su indumentaria, sino en su aspecto general. Después de la primera ojeada, Guest retiró sus ojos de Maruja y miró a los demás excursionistas del carruaje, sin un movimiento de sus músculos.

Los antojos y caprichos de Maruja eran muchos y originales, y cuando, después de un grito repentino y de su declaración de no poder soportar por más tiempo su encogida posición en el pescante, saltó a la carretera, nadie se sorprendió. Garnier y el capitán la siguieron al punto.

—Mientras dan agua a los caballos

prendió la marcha, ya llevaba unas cuantas yardas de delantera. Pasaron junto a él a trote ligero, pero al poco rato el carruaje se detuvo repentinamente.

—¡Mi abanico! —gritó Maruja—, ¡mi abanico!

A la luz de la luna se distinguía un objeto pequeño y negro sobre la carretera, precisamente delante de la línea que seguía el vagabundo. Garnier intentó apearse; Carroll refrenó su caballo.

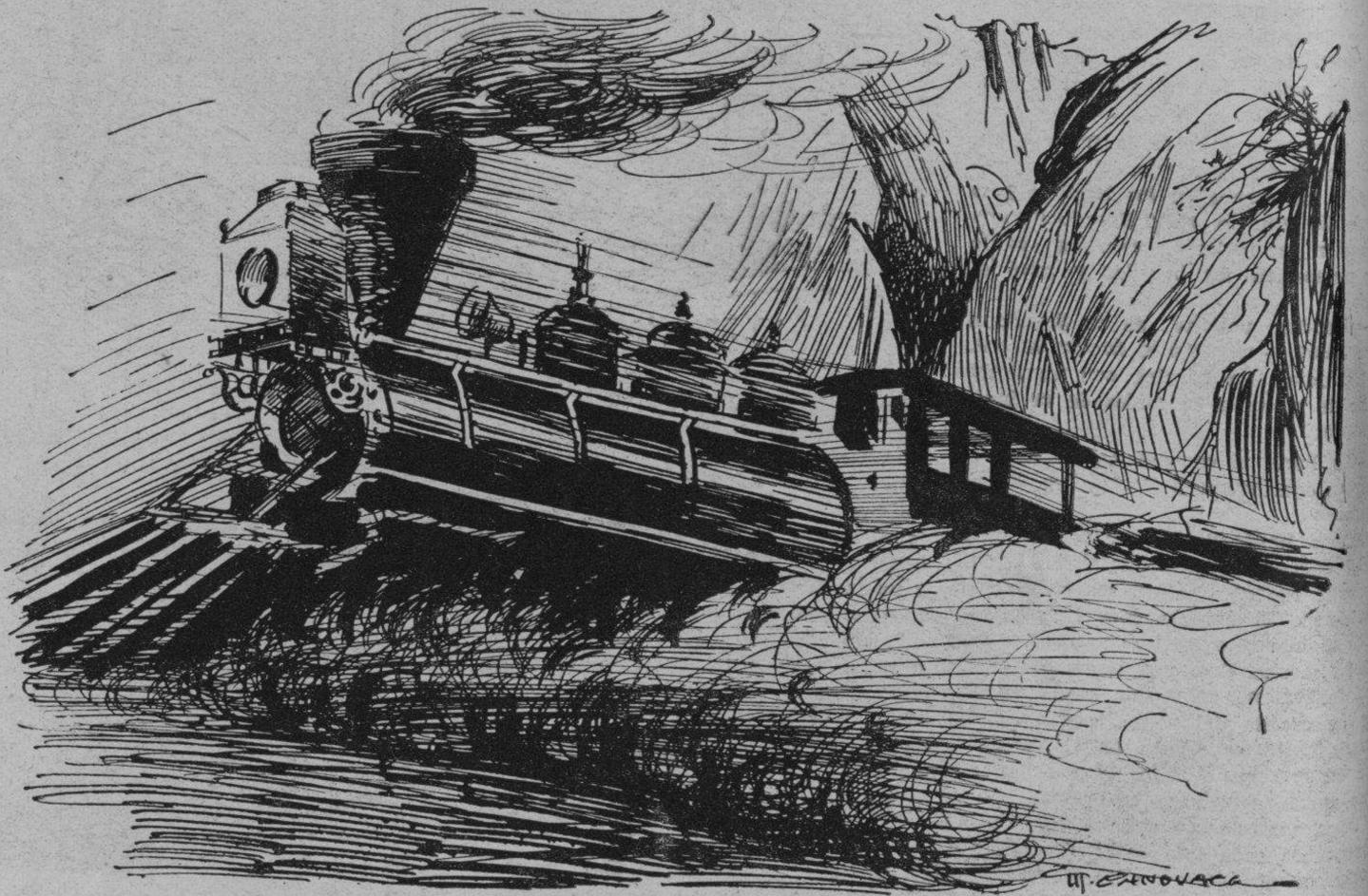
—¡Estéense quietos todos! —dijo Maruja—, ¡ese hombre me lo traerá!

Así pareció que iba a hacerlo. Pero el joven, lo recogió y aproximóse al carruaje. Maruja estaba erguida en su asiento, con el velo echado hacia atrás, la mano graciosamente extendida, y sus ojos y boca temblorosos, con una sonrisa irresistible. El desconocido se acercó, hizo una seña al capitán Carroll con un ligero movimiento del abanico, y corrió al otro lado de la carretera.

—¡Un momento! —dijo Maruja apresuradamente al cochero—. ¡Un momento! —repitió, sacando bruscamente de su bolsillo un portamonedas—. ¡Déjenme que gratifique a este gentil caballero de la carretera! ¡Eh, señor!

Pero antes de que pudiera continuar Carroll llegó a ella y se interpuso.

—Le ruego, señorita Saltonstall, que



mada que bullían aún con fuerza en sus venas. Creyó no poder soportar el confinamiento en un cuarto cerrado o la vecindad de sus prójimos. Descansaría en la galería hasta que se extinguiera la luna; después tomaría nuevamente el camino.

Hallábase medio tendido sobre el banco, abriendo y cerrando lentamente los ojos, como un animal cansado y vigilante, cuando el ruido de vehículos, el trote de caballos y el rumor de voces llamaron su atención. Sentóse, erguido sobre el banco. La luna iba desapareciendo despacio tras los trigales que tenía enfrente, al otro lado de la carretera, y su luz brillante le cegaba. Escasamente pudo discernir una cabalgata de oscuras figuras y un gran carruaje que se aproximaba rápido, parando tumultuosamente frente a la fonda. Era una par-

tidas de damas y caballeros que volvían a La Misión Perdida, unos en un gran coche de cuatro ruedas y otros a caballo, después de una excursión de placer. Allí estaban Buchanan, Raymond y Garnier; Amita y Dorotea, dentro del vehículo, y Maruja, sentada en el pescan-

desearía echar una mirada a la fonda —dijo riendo—, tan sólo por ver qué es lo que tanto atrae a Pereo, y con tanta frecuencia.

Antes que nadie pudiera oponerse a aquel nuevo capricho, ya se la vió en la galería.

Para llegar a la puerta abierta tuvo que pasar tan cerca de Guest, que el vuelo de su vaporosa y blanca falda rozó sus rodillas, y las flores que llevaba prendidas en el talle perfumaron su rostro. Pero el joven no se movió, ni alzó sus ojos. Cuando Maruja hubo pasado, se levantó del banco y se encaminó a la carretera.

En su rápida inspección convencióse Maruja de que era él. La muchacha permaneció un instante con la mano a la yema de la puerta.

—¡Qué sitio más horrible y qué gente más horrorosa! —dijo en un inglés claro, mientras echaba una rápida mirada a Guest—. Realmente debemos advertir a Pereo que se cuide de tal compañía. Vámonos de aquí.

Maruja procuró pasar otra vez junto a Guest, al dirigirse al carruaje; pero en pocos momentos el muchacho había ganado terreno, y cuando la partida em-

recapacite —díjola apresuradamente—, usted no sabe quién puede ser este hombre. No parece ser uno a quien pueda usted insultar impunemente, o que pueda insultar a usted.

—Deme usted el abanico, capitán Carroll —dijo con voz suave y sonrisa acariciadora—. ¡Gracias!

Cogió el abanico, y partiéndolo por el centro con sus manos enguantadas, lo arrojó a la carretera.

—Tiene usted razón; huele a la fonda... y a la carretera. Gracias de nuevo capitán Carroll, por su atención —murmuró, alzando hasta él el gentilmente sus ojos, y retirándolos de pronto con un medio suspiro—. ¡Pero estoy haciendo esperar a todos! Sigamos.

El carruaje rodó, y Guest volvió desde la cuneta al centro de la carretera.

San José se hallaba en dirección opuesta a la de la desaparecida cabalgata; pero al dejar la fonda había determinado llevar adelante sus averiguaciones, dando la vuelta a la hostería, a través

Continúa en la Pág 11

# TAMIROFF,

Por Sam Lukas

**A**KIM TAMIROFF, actor ruso, ha realizado toda clase de personificaciones en el cine. político mejicano, potentado indú, militar chino, pirata francés, jugador de fútbol, ciudadano de Italia y de su propia tierra moscovita. En los cinco años que lleva transformándose para beneficio de las cámaras cinemáticas, ha representado a todas las nacionalidades, excepto la escandinava.

Además de ser un gran caracterizador, es un maestro de maquillaje. Desde los tiempos de Lon Chaney no se recuerda un artista que haya obtenido tanto éxito con la pintura y las pelucas como Tamiroff. Le lleva la ventaja al fenecido Chaney de que no crea tipos de pesadilla, sino personajes de la vida real, animados de una autenticidad admirable.

Cultivado en los menesteres dramáticos bajo los auspicios del Teatro de Arte de Moscú, posee cualidades destacadas para realizar los papeles que le encomiendan de ordinario en Hollywood. Fué el primer comediante del famoso grupo teatral Chauve Souris, que tanta sensación causó en Nueva York hace ocho años.

Los dos primeros años que pasó en esta ciudad no logró conseguir que le die-

—¿Por que' indago el ruso.  
—Porque creo que voy a tener un papel para usted en mi próxima película. Esa cinta se tituló Vida de un Lancero Bengalés y en ella Tamiroff hizo la caracterización de un emir de la India.

**U**LTIMAMENTE ha aparecido en la pantalla en la cinta titulada Vendimia del Norte, luciendo los bigotes sinistros de un pescador de Alaska. Cuando le asignaron este papel, Tamiroff di-



ran papeles de fuerza. Un día, estaba trabajando en una caracterización sin importancia en los talleres donde actuaba de director Henry Hathaway, quien se le acercó y le preguntó su nombre.

bujó un bosquejo del personaje con la ayuda del hijo del fenecido Feodor Chaliapin, que conoce bastante del arte del maquillaje. Pero Hathaway le dijo que no quería que se pintara, sino simple-

mente que rebajara 20 libras de peso y se dejara crecer la barba por unos cuantos días.

Poco antes, el director Cecil B. de Mille le había obligado a aumentar vein-

te libras de peso para el papel que desempeñó en la cinta El Bucanero, y ahora Hathaway pretendía que muriera de hambre para ponerse en el tipo que hacía. ¡Y triunfó!



CABALLEROS, LOS HE LLAMADO PORQUE NO ME CONVINCE EL TEMA DE LA PELÍCULA.



EN PRIMER LUGAR NO ME GUSTA ESO DE QUE DOS TIPOS SE PAREZCAN HASTA CONFUNDIRSE. NO ES VEROSÍMIL... BUSQUEN ALGO MÁS REAL... ME VOY.



¡MISERABLE REPTIL! ¿QUÉ ES ESTO QUE DICEN LOS PERIÓDICOS? QUE ANOCHE ESTUVISTE CON UNA RUBIA EN EL CABARET...



¿YO?... NO, PALOMITA... TE LO JURO... DEBIÓ SER ALGUIEN QUE SE ME PARECE MUCHO... TU SABES, ESO NO TENDRÍA NADA DE PARTICULAR...

# NIÑOS

## Famosos

Por Martha Janes

**P**ERJUDICA a los niños el hecho que sus padres sean gente famosa del cine? Esta pregunta se la han formulado varias veces los artistas casados de Hollywood, que sienten la necesidad de que sus hijos se crien dentro de un ambiente normal y adecuado a la psicología infantil.

El primer paso en este sentido es mandarlos a la escuela pública, para que su carácter se desarrolle en igualdad de circunstancias con los demás niños de la comunidad. Entre estos muchachos menos afortunados que ellos pueden seleccionar a sus amigos, y los maestros los tratan igual que al resto de los mortales, sin privilegios de ninguna índole. En un ambiente tan democrático no gozan de ventajas injustas y su mente se acostumbra a funcionar dentro de los límites de la modestia, sin ostentaciones de superioridad.

Virginia Bruce dice que ella trata de rodear a su hijita, Susan Ann Gilbert, de cosas sencillas y sin pretensiones. "Por eso, —nos cuenta— le compro las ropas más modestas que encuentro, y le do y nada más que las cosas que, necesita cualquier niña para entretenerse. No que tenga juguetes costosos y de lujo, y le exijo que me rinda cuentas de todo lo que posee, para que así aprenda a cuidar de sus cosas y a guardarlas después de las horas de juego.

"Algunas de las amiguitas de Susan Ann poseen arenilleros. Como yo le regalé un trineo en vez de un arenillero, ella siente la necesidad de cultivar a sus amiguitas para que le presten sus arenilleros a cambio del trineo. Así aprenden a tratarse con afecto y bondad"

**R**OBERT YOUNG, su esposa y sus dos hijos acostumbran pasar las vacaciones anuales de la manera más modesta, sin extravagancias. Se limitan a enganchar una carreta detrás del automóvil y tomar el primer camino que encuentran, sin itinerario anticipado. Los muchachos tienen que procurarse sus propias diversiones, de modo que acaban por romper la rutina a que estuvieron sujetos durante su permanencia en la ciudad durante los meses de clases. Mientras, comen cuando los padres tienen tiempo para preparar los alimentos. No se toleran los llantos ni las protestas.

El cuarteto Young hace paradas en los campamentos que encuentra a la vera del camino, y allí los niños pueden entablar amistad con los demás chiquillos, según sus predilecciones. En estos viajes los hijos de los Young tienen que componérselas para solucionar los problemas que se les presenten, sin amantamientos maternos.

¿Qué significado tiene para el niño la posición de su padre o su madre en la industria cinemática? La pequeña Elizabeth Montgomery, hijita del actor Robert Montgomery, no sabía, a la edad de 5 años, lo que era un artista de cine. El año pasado, la primorosa chiquilla visitó el estudio donde su padre estaba filmando una cinta y se sintió sumamente preocupada, especialmente al observar a Robert con la cara pintada. Declaró que le parecía aquello una idiotez, y ya no ha vuelto más a los sets. Probablemente, ni siquiera recuerda el incidente.

Irving Thalberg, hijo, vástago del fenecido jefe de producción de la compañía Metro, admira más a su mamita, Norma Shearer, porque sabe lanzar una pelota que porque es una de las primeras artistas del lienzo.

Fanny Brice desea que sus dos chiquillos—uno varón y otra hembra—escojan las profesiones que más les interesen. Prefiere que aprendan a luchar en la vida y a resolver sus propias dificultades. No cree que baste educarlos a la perfección. Ellos deben prepararse y

sobresalir en alguna actividad especial, para que así se hagan acreedores al reconocimiento de sus esfuerzos.

La prueba de que este método de educar a los hijos da buenos resultados es que la hija de Miss Brice ya ha ganado una excelente reputación como escritora, mientras que el hijo progresa rápidamente en el campo del arte pictórico

**R**ECIENTEMENTE han sido fundados en Hollywood dos clubs con el

propósito de proveer contactos sociales normales para los hijos de los artistas y gente famosa del cine. En estas sociedades, una para hembras y otra para varones, los niños son llevados en excursiones por los diversos establecimientos industriales de la ciudad y luego hacen programas de deportes. También se les manda hacer trabajo en la casa, de modo que les queda muy poco tiempo para preocuparse por las actividades profesionales de los padres.

Robert Young cree que los artistas casados dedican tanto tiempo a su hogar como cualquier otro padre de familia. Entre los miembros de la colonia de Hollywood prevalece la opinión de que a los niños hay que estimularlos para que desarrollen espontáneamente sus facultades y sus vocaciones. Así tienen en qué ocuparse y no necesitan apoyarse en la importancia de sus padres para poder brillar

Susan Ann Gilbert, hija del actor John Gilbert, y de Virginia Bruce, con quien aparece en esta fotografía.



Chiquillos célebres de Hollywood: Carol Ann Young, Patricia Taurog, Stuart Erwin, y un amiguito.



Wendy Barrie  
en traje de  
calle.



Jean Parker en  
traje de Jersey  
negro.



Vestido de muaré de Rita Hayworth

# La Moda al día

Por Sara Diez  
Bosquejos de Louise

Hollywood.

**A** HORA que todas nos estamos cansando de las ropas del verano y ansiamos vestir las galanuras de fin de año anticipadamente conviene fijar nuestra atención en las modas de otoño, estudiando las novedades que auspician las artistas de Hollywood.

En primer lugar, mencionaré el hecho que la silueta en forma de "T", de corpiño ancho con mangas de corte amplio en el hombro, y falda esbelta, es el patrón más destacado hoy.

El diseño de referencia se está usando mucho en los abrigos tanto como en los vestidos, para abreviar el bulto de las caderas. Los corpiños, aunque anchos, son de un efecto ceñido; las faldas, más cortas, como a 16 pulgadas del suelo.

El corpiño ablusado por detrás continúa gozando de popularidad, porque permite más libertad para el movimiento del cuerpo, y seguramente lo veremos en muchos modelos de vestidos y abrigos, acompañado de faldas de líneas rectas.

Las líneas del busto serán acentuadas con plisados o adornos especiales, para acompañar vestidos ceñidos lo mismo que faldas de corte circular.

El hombro cuadrado todavía está en moda para vestidos y abrigos.

El color que el negro seguirá siendo el color predilecto de las damas elegantes, pero no tendrá la importancia suprema que tenía en la pasada temporada de invierno. Este año presentaremos numerosos colores, tanto en los vestidos de salidas como en la ropa de uso diaria.

El color de ciruela le harán una fuerte competencia al negro, especialmente en los vestidos de noche. El verde también a aparecer en trajes y abrigos, también hemos notado un verde azulado que se está usando mucho en las ropas deportivas. Además, tendremos colores atractivos de verde esmeralda, verde hoja, verde oscuro azuloso y hasta

verde abeto. El rojizo encarnado de clavel va a gozar del favor de las bellas del cine, así como las combinaciones de dos colores en las ropas, el calzado y los sombreros.

Las muchachas de Hollywood están dando señales revolucionarias desde hace semanas. Wendy Barrie, a quien saludé en los estudios Columbia el otro día, vestía un modelo de falda circular confeccionado de seda negra, con corpiño ablusado por detrás y mangas de boca grande.

Para otoño Miss Barrie tenía ideado un traje sastre de chaquetilla corta, carmelita y blanco, es decir, la falda atabacada y la blusa blanca. En los hombros de la chaquetilla llevaría aplicaciones de tela blanca, y por supuesto, las mangas serían de corte acampanado.

El más reciente vestido de comidas de Wendy es una obra maestra de sencillez, y de lo más sorprendente que he visto esta temporada. El modelo está confeccionado de crepé negro con un efecto de doble corpiño, muy ancho arriba y abajo de la línea de la cintura. La falda es amplia por delante, y la cintura está indicada por un cinturón estrecho color oro.

Mientras hablaba con Miss Barrie se presentó Jacqueline Wells, que está filmando una película para la Columbia con Charles Farrell. Se detuvo el suficiente tiempo para que pudiéramos admirar su nuevo abrigo de otoño, de corte cuadrado de líneas rectas, con hombros anchos. Este abrigo tiene mangas acampanadas y un cuello enrollado con una corbata de terciopelo color fresa.

## REUNIRSE tres mujeres

interesadas en las modas y empezar la discusión acerca de los nuevos estilos de sombreros. fué la misma cosa. Me dijeron que la última novedad en sombrería es el tricorno de Joan Perry, confeccionado de fieltro negro con un lazo rosado en el lado alto y un velo que cubre el sombrero y se ata debajo de la quijada. Por lo visto, los velos siguen gozando del favor de las damas elegantes.

No se puede asegurar aún si los modelos de sombreros de muñeca que ha lanzado Elsa Schiaparelli tendrán buena acogida en el mundo femenino. A mis amigas les pareció que estos sombreritos se ven bastante tontos y que no les sentarán bien a las mujeres en general.

Rita Hayworth, protegida de los estudios Columbia, posee un nuevo vestido de noche confeccionado de tafetán muaré color verde mate, con falda de corte circular. Las alforzas que lleva al frente (véase la ilustración central) le dan un efecto doble a la cintura, ceñida por medio de una faja de terciopelo de color

# VACACIONES

por  
**OLIVIA DE HAVILLAND**

**Q**UIEN dijo que deseaba viajar por Inglaterra "ahora que estamos en abril", lo dijo muy bien dicho. Yo he pasado el mes de abril en Inglaterra y creo que es una preciosidad. Me gustaría retornar en otro mes de abril. Debe ser un sitio divino para pasar la luna de miel, y aunque no tengo en proyecto nada por el estilo, se me ocurre que la idea es muy agradable.

Nadie podría concebir lo fatigada que me sentía cuando salí de Hollywood en compañía de mi madre. Pasaba la mitad del tiempo llorando, sin saber por qué. Llevaba meses y meses de rudo trabajo, sin descanso de ninguna clase, de modo que cuando partimos o por mejor decir, cuando nos desaparecimos, estábamos decididas a sacarle el mayor provecho a las vacaciones.

Como era de esperarse, en seguida empezaron a publicarse muchísimas historietas tontas acerca de nuestro viaje. Se afirmaba que iba a Inglaterra con el propósito de casarme con un aristócrata inglés cuyo nombre jamás había oído antes y que, a fin de cuentas, había de resultar casado... y afortunadamente feliz.

Mamá estaba bastante preocupada por mí, así es que hicimos los preparativos de manera que pudiéramos evitar la publicidad. Ella me aconsejó que adoptara un nombre supuesto y que creara una nueva personalidad para adaptarla a la ficción. Primero pensé en el nombre Holiday, pero después me decidí por Levinia, pues mamá y mi hermana me llaman afectuosamente Levy y así no podrían olvidarse fácilmente de mi pseudónimo.

Durante los primeros tres días de tra-

## Al llegar SU NIÑA a la pubertad

Déle la  
ayuda que  
necesita

La mayoría de las niñas, al llegar a juvenicias requieren un buen tónico femenino que contribuya con la naturaleza a oponer resistencia física a los desarreglos propios de su sexo, y ninguna otra medicina es mejor que el probado y comprobado Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham, que está hecho especialmente para la mujer.



Deje que las benéficas hierbas y raíces de este tónico femenino contribuyan con la naturaleza a tonificar el sistema de su hija, calme la irritación de sus nervios y le dé nuevas energías. Es, en realidad, un tónico espléndido para la mujer en todas las edades.

Desde hace más de 60 años las madres han venido diciendo a sus hijas que "para sentirse bien" no hay como el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Y la experiencia de más de un millón de mujeres ha probado que es bueno en todas las edades, desde la pubertad hasta la edad crítica (cambio de vida).

**Compuesto Vegetal de  
Lydia E. Pinkham**



Olivia de Havilland nos relata sus problemas y la manera como los solucionó.

vesía me los pasé durmiendo casi continuamente. Sólo despertaba para comer algún bocado. Cuando llegamos a Inglaterra me sentía bastante mejor y descansada; realmente, dispuesta a gozar todo lo que pudiera de mis vacaciones.

Habíamos pensado que los estudios de la compañía Warner en Londres nos dejarían tranquilas, pero resultó que en aquellos días se estrenaba en la capital inglesa la película de Robin Hood, y en el muelle nos esperaba un comité de recepción. Quizás me porté como una niña al persuadir a la oficialidad del buque que me dejara escapar con mi equipaje sin ser vista por nadie. No podía resignarme a echar a perder mis vacaciones y a pasarme el tiempo rodeada de fotógrafos y reporteros.

**S**E ME CRITICO por haber evadido la recepción oficial y la fanfarria en Londres, pero no creo que lo hice mal. Después de todo, tenía formulados mis planes desde hacía meses y no me parecía justo alterarlos a última hora. Alquilamos, pues, un automóvil, y salimos de incógnito para el campo, donde lo pasamos admirablemente bien.

Mamá me ayudaba a conducir el auto,

y salimos adelante a despecho de las ordenanzas de tráfico de Londres, que son diferentes a las de mi país. Al anochecer llegamos a una venta que, según nos informaron, tenía 300 años, y allí nos dispusimos a dormir.

Pasamos varias semanas en las zonas rurales de Inglaterra y nos divertimos de lo lindo. Las gentes de aquel país son muy agradables y bondadosas, y no sospechaban en absoluto quienes éramos. Antes de embarcar de regreso me cuidé de recoger algunas flores y plantas inglesas, pero no me permitieron traerlas por temor de que pudieran transmitir enfermedades a las flores y plantas americanas.

Viajábamos por la campiña sin preocupaciones, y nos deteníamos en las pequeñas aldeas que encontrábamos a nuestro paso. Una vez visitamos un pueblito que solamente tenía una calle estrecha y corta, donde ni siquiera pudimos obtener una tarjeta postal para mandarla a nuestros amigos de Hollywood.

De hecho, Hollywood nos parecía muy lejos, y habíamos perdido el hábito de levantarnos temprano para ir a traba-

jar. A mí se me antoja que para estar bajo la influencia de la Mecine es necesario hallarse a 1,000 millas de distancia. En nuestra casa de Santa Barbara, en el estado de California, estamos bastante distanciados de los estudios de películas, y sin embargo no podemos vivir sin que alguien nos recuerde constantemente de que somos parte de Hollywood.

Las semanas que pasé en la campiña inglesa han sido las únicas en que he sentido libre y feliz en los cuatro años que llevo trabajando para el cine. Cuando uno puede visitar ventas solitarias en las comarcas rurales de Inglaterra, sentir lo que tal vez sintieron Shakespeare o Dickens; cuando nos damos sentarnos frente a la lumbre y guardamos las tradiciones de los siglos, el mundo de Hollywood nos parece sin importancia, y hasta sumamente irreal.

Al retornar nuevamente a mis deberes, me siento completamente repuesta y dispuesta a trabajar. No aumento el peso que me hubiera gustado, y ahora tengo que aumentar mi ración de alimentación. Es mi propósito ganar ocho libras más de las que peso y siendo la misma Olivia de Havilland.

altos trigales. Lo hizo así, pro-  
no que el ruido que produjera no  
a oídos de los huéspedes. Evitó  
retera y abriéndose camino entre  
mos, torció a la derecha, donde  
res bajas y los muros oscuros de  
za de una misión en ruinas al-  
sobre el llano. Esto le permitía  
a cualquiera persecución direc-  
la carretera, además de que por  
era elevación, le proporcionaba  
más campo con la mirada. Al  
se a la iglesia sorprendió ver  
unque en parte desmantelada, y  
techumbre de la nave central se  
derrumbado, otra de ellas se ha-  
a todavía como capilla y que ar-  
na luz tras una estrecha abertu-  
radio ventana y medio capilla. Fué  
es cuando la figura de un hom-  
me había estado arrodillado bajo  
se levantó, persignóse devotamente  
maneció en pie. Antes que aquel  
re pudiese volverse, Guest desapa-  
por la esquina del muro, y la ele-  
figura del solitario devoto pasó sin

no si el joven pudo evadir la obser-  
del hombre con quien tan ines-  
tamente había tropezado, no se dió  
de otra sombra que le había ido  
endo los pasos a través de los altos  
es y que había hasta logrado ocul-  
bajo la penumbra de la pared que  
detrás; y esta figura fué, y no la  
la que atrajo la atención del alto  
conocido devoto. Aquella sombra  
perseguía a Guest, sin que éste se  
cuenta de ello, pronto le hubiera  
alcance, a no verse fuertemente  
por detrás por el hombre de ele-  
estatura.

una lucha momentánea; y lue-  
so al exclamar:

Pereo!

Pereo —dijo el viejo, con respi-  
pesada, a causa de la lucha—. Y  
eres Miguel. ¡Y eres capaz de ase-  
a un hombre por unos cuantos pe-  
añadido, señalando al cuchillo que  
esperado había escondido apresura-  
mente en su chaqueta—. ¡Y tú te lla-  
un californiano!

Es un americano, un escapado, con  
mal adquirido —respondió Miguel  
mente, con inconfundible miedo del  
Además, no era mi objeto otro  
el asustar a ese granuja. Pero ya  
usted teme que se toque un pelo de  
entremetidos...

Temer! —gritó Pereo con fiera  
andole por la garganta y zarandeán-  
contra el muro—. ¡Temer, has di-  
¿Yo? ¿Pereo, temer? Crees tú que  
habría de teñir mis manos con la san-  
de vuestra caza?

Perdóneme, Pereo —suplicó Miguel,  
armado por la despierta pasión del vie-  
—perdóneme; pues veo que usted le

—¿Qué yo le conozco? —repitió Pe-  
burlonamente, dándole un empujón,  
Miguel aprovechó para colocarse a  
ciente distancia de su mano—. Ahora  
venga usted aquí, joven —gri-  
haciendo una seña a Guest—. Venga  
aquí ahora nada tiene que temer.  
Guest, a quien llamara la atención el  
do producido por la lucha, pero que  
conocía por completo su origen, o su  
relación con ella, se acercó con  
paciencia. Miguel, al verlo, echó a co-  
Este acto no aminó las sopechas  
Guest, quien, parándose a pocos pa-  
del viejo, preguntó rudamente lo que  
le quería.

Pereo alzó la cabeza, con la dignidad  
de los años y el hábito del mando. El  
rostro del joven hallábase plenamente  
dominado por la luna. Los ojos de Pe-  
se dilataron de repente, su boca se  
abrió y retrocedió unos pasos, apo-  
yándose en el muro.

—¿Quién es usted? —tartamudeó en  
inglés incierto.



Creyéndose objeto de las burlas de un  
borracho, Guest replicó salvajemente:

—Uno que está harto de estas nece-  
dades y que no tolerará la menor sim-  
pleza ni a jóvenes ni a viejos.

Y dicho esto, giró sobre los talones.  
—¡Espere un momento, señor, por el  
amor de Dios!

Un agudo acento de agonía en la voz  
de Pereo conmovió la arisca naturaleza  
de Guest, y paróse.

—¿Es usted forastero? —preguntó el  
viejo.

—Lo soy.  
—¿No vive usted aquí? No tiene usted  
amigos?

—Ya le he dicho que soy forastero.  
Jamás estuve aquí hasta hoy —dijo el jo-  
ven con impaciencia.

—Es verdad; soy un loco —se contestó  
apresuradamente Pereo—. ¡Estoy loco, lo-  
co! No es su voz. ¡No! No es su mirada,  
ahora que cambia su rostro. Estoy de-  
mente.— Se detuvo y pasó las manos  
temblonas por sus ojos—. Perdón, señor  
—continuó con humildad, que resultaba  
irónica en su extravagancia—. ¡Perdón,  
perdón! No creo sea exigencia demasia-  
do grande el desear saber quién es el  
hombre a quien uno ha salvado.

—¿Salvado? —preguntó Guest, en to-  
no incrédulo.

—¡Sí! —dijo Pereo con altanería, ir-  
guiendo una pausa y encogióse de hom-  
bros—. Pero dejemos eso, dejémoslo. To-  
me usted el consejo de un anciano, ami-  
go; de aquí en adelante no enseñe us-  
ted su oro a gentes desconocidas; no sea  
usted ligero. ¡Buenas noches!

Guest dudó un momento, no sabiendo  
si resentirse por el discurso del viejo, o  
tomarlo con fantasía incoherente de una  
imaginación alocada por la bebida. Ter-  
minó la duda, volviéndole la espalda, re-  
pentinamente y continuando su camino  
hacia la carretera.

—¡Luego era una fantasía! —exclamó  
Pereo, viendo como se alejaba el mucha-  
cho, con la mirada abstraída—. Y, no  
obstante, aún ahora, cuando me volvió  
la espalda, vi en sus ojos la misma fría  
insolencia. ¡Caramba! ¡Estaré loco, para  
ver siempre, de día y de noche, la ima-  
gen de ese perro en todo proscrito, en  
todo rufián, en todo golfo que me en-  
cuentre? ¡No, no, buen Pereo! ¡Esto es  
simple locura!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y  
alejóse de allí despacio.

Cuando media hora más tarde, penetró  
en la fonda, el temor que abrigaba res-  
pecto a los supersticiosos rufianes subió  
de punto. Cualquiera que fuese la histo-  
ria contada por el fugitivo Miguel a sus  
compañeros, respecto a la protección que  
Pereo prestó al joven forastero, era evi-  
dente que había producido efecto. Obse-  
cuoso hasta el último extremo el hoste-  
lero estaba tan profundamente impre-  
sionado, cuando Pereo, no disgustado  
con la evidencia de su poder sobre sus  
compatriotas, se mostró condescendien-  
te, o reciendo chocar los vasos con él, que  
trató de aplacarle aún más.

—Es lástima que no haya usted ve-  
nido más temprano —comenzó a decir  
echando una ojeada a los otros—, para  
que hubiese visto el joven forastero que  
estuvo aquí. Había en él cierto aire de  
maldad; una especie de don César; pe-  
ro comportándose como un caballero. Le  
hubiera gustado a usted, ya que detesta  
a esos hipócritas puritanos, como nuestro  
vecino de allá.

—¡Ah! Es posible que le haya visto —  
dijo Pereo reflexivamente, ardiendo bajo  
los potentes fuegos de la adulación y del  
aguardiente—. Era parecido...

—No, no se parecía a ninguno de los  
perros que ha visto usted en San Anto-  
nio —interrumpió el patrón— Escasamente  
parecía americano, a pesar de que no  
hablaba español.

El viejo sonrió viciosamente para sus  
adentros. «¡Y tú, viejo loco, Pereo, creíste  
ver una semejanza con tu enemigo en  
ese pobre muchacho, escapado, en ese  
fugitivo don Juan! ¡Ja, ja!» Sin embargo,  
todavía sentía un vago terror por el es-  
tado de imaginación que produjo aque-  
lla fantasía, y tanto fué lo que bebió para  
disipar su nerviosidad, que halló gran  
dificultad para montar de nuevo a caba-  
llo. La exaltación del licor, no obstante,  
pareció tan sólo intensificar sus carac-  
terísticas; su rostro tornóse más lúgu-  
bre y melancólico, su actitud más cere-  
moniosa y digna; y erguido sobre su mon-  
tura de cintura para arriba, pero tamba-  
leándose en un lado a otro por el mo-  
vimiento del caballo, como el largo más-  
til de una balandra, salió a galope, hacia  
la casa de La Misión Perdida. Un o más  
veces entonó una canción sentimental.

Su extraña cantilena era un refrán po-  
pular de alguna aristócrata enamorada  
de un matador de toros:

«¿Ves mis ojos negros?»

Yo soy la duquesa de Manuel.  
cantaba Pereo, con gravedad infinita.  
Los cascos de su caballo parecían llevar  
el compás con el refrán, y de vez en  
vez el viejo agitaba en el aire el largo  
cabo de cuero de brida.

Cuando llegó a La Misión Perdida era  
ya tarde. Volviendo hacia la pequeña  
llanura que conducía al patio de los es-  
tablos desmontó a la puerta del cerca-  
do que daba acceso al cenador del anti-  
guo jardín de la Misión, y echando las  
riendas sobre el cuello del potro, dejó que  
el animal fuese delante de él a la cua-  
dra. La luna brillaba en todo su esplen-  
dor cuando Pereo salió del laberinto. Con  
la cabeza descubierta aproximóse al te-  
rraplén indio y se arrodilló ante él.

Un instante después alzóse con una ex-  
clamación de terror y el sombrero se  
le escapó de las manos temblorosas. Un  
animal pequeño, gris, con aspecto de  
lobo se había parado ante él al trope-  
zar con su figura inmóvil. Asustado por  
el grito que lanzó el viejo, el sombrero  
salteador se afirmó sobre sus patas tra-  
seras con un gruñido mostrando los  
dientes, que relucían a la luz de la luna.

En un momento, la expresión de te-  
rror que reflejaba el rostro ceniciento  
del viejo tornóse en fija mirada de in-  
sana exaltación. Sus pálidos labios tem-  
blaron; avanzó un paso y extendió sus  
manos hacia el agachado animal.

—¡Ah! ¿Eres tú, por fin? ¿Y vienes  
aquí para engañar a tu Pereo? ¿Ven-  
drás también para decir al pobre viejo  
que su corazón está helado, sus miem-  
bros flojos y su cerebro débil y confu-  
so? ¿Para decirle que ya no sirve pa-  
ra realizar el trabajo que le encomen-  
dó tu amo? ¡Ah! ¡Cruje los dientes!  
¡Maldiceles! ¡Maldicele en tu garganta!  
¡Pero escucha, buen amigo: yo te diré  
un secreto, buen frailecito gris, un se-  
creto! Un plan mío, mío por completo;  
que ha salido de esta vieja cabeza ¡Ja,  
ja! Mío sólo. Para ser ejecutado por  
estos pobres y viejos brazos. ¡Ja, ja!  
¡Escucha!

Acercóse un paso más hacia el espan-  
tado animal; pero éste, con un salto de  
costado, pasó junto a él, desapareciendo  
en la espesura; y Pereo, desatinado,  
lanzando un gemido, se desplomó sobre  
la tumba de sus antepasados.

## VI

Con marcado disgusto de la mayoría  
de los caballeros e inesperada satisfac-  
ción de algunas de su propio sexo Ma-  
ruja, después de una tarde de caprichos  
y terquedades en mayor número que de  
ordinario, se retiró temprano a su cuar-  
to. Allí rogó a Enriqueta su hermana  
menor, que la hiciese una hora de com-  
pañía, y con nueva y encantadora me-  
lancolía dióla sabios consejos y la obse-  
quió con chucherías y adornos.

—Quizás los encuentros tontos, riqui-  
ta; pero eres joven y los irás sustitu-  
yendo a medida que crezcas. Ya me cau-  
san los abalorios indios: todo el mundo  
los lleva; pero elige entre éstos.

—Maruja —replicó Enriqueta ávidamen-  
te—. ¿seguramente que no te despren-  
derás del collar de ámbar tallado que  
te trajeron de Manila? ¡Estás tan mo-  
nísima con él! Todo el mundo lo dice.  
Todos los caballeros, Raymond y Vic-  
tor juran que nada sienta tan bien a tu  
belleza.

—Cuando conozcas mejor a los hom-  
bres —respondió Maruja con voz grave,  
—te importará menos lo que digan y  
despreciarás lo que hagan. De todos mo-  
dos lo llevaré hoy aunque lo odio.

—¿Y qué abanico llevarás? ¿El de  
sándalo que usabas hoy? —continuó En-  
riqueta mirando tímidamente todos aque-  
llos lindos objetos puestos sobre la mesa.

—Ninguno —contestó Maruja didácti-  
camente—; llevaré uno sencillísimo, que  
compraré yo misma. Ya es tiempo de

que deseche una la extravagancia. Las muchachas gastan en un abanico tanto como pudieran costar un caballo y una montura para un pobre.

—¿Y por qué estás tan seria esta noche, hermanita? —preguntó Enriquita con los ojos llenos de lágrimas.

—Me apena —respondió Maruja prontamente— ver que eres como las demás que entregas tu alma al más simple brillo del mundo. Sin embargo, ve, niña, coge los abalorios, pero deja los de ámbar; te harían parecer más amarilla de lo que estás. ¡Que la Virgen Santísima me permita! Buenas noches.

La besó con cariño y la hizo salir del cuarto. Sin embargo después de un rato de soledad, se puso un vestido de satén pálido y, lanzándose por el pasillo pentró en el dormitorio de la más joven de las señoritas Wilson, la despojó de su traje de noche, la condujo a rastras a su habitación, la envolvió en un mantón de seda y piel gris, la colmó de pastillas de chocolate y castañas y allí, con la cabecita reclinada sobre su hombro, continuó su tocado para el mundo y sus maldades hasta casi la hora del amanecer.

Fué pasado mediodía cuando despertó Maruja, encontrándose a Faquita en pie junto a su lecho con impaciencia mal contenida.

—Me he aventurado a despertar a la señorita Maruja —dijo con presteza— porque hay noticias, terribles noticias, ¡el americano, el doctor West, ha sido encontrado muerto esta mañana en la carretera de San José!

—¡Muerto el doctor West! —repitió Maruja pensativa, pero sin emoción.

—Muerto, y bien muerto. Cayó del caballo y fué arrastrado, pendiente del estribo, quién sabe cuánto trecho. Sólo la Virgen Santísima lo sabe. Pero lo encontraron muerto, con el pie engargantado en el estribo roto y con los dedos crispados sujetando un trozo de brida. Y pensé en despertar a usted para que nadie le diera la noticia a la señora.

—¿Para que nadie le diera la noticia a mi madre? —repitió Maruja fría mente.— ¿Qué quieres decir con eso?

—Que no debe recibir la noticia su mamá por conducto extraño —tartamudeó Faquita, bajando sus ojos atrevidos.

—Querrás decir que ninguna murmuración necia y fantástica debe turbar los rezos matutinos de mi señora madre. Tuviste acierto, Faquita. Yo le contaré esa historia de horror. Ayúdame a vestir.

Pero la nueva había recorrido ya los alrededores de la gran casa y sobre la galería veíanse varios grupos de visitantes discutiendo. Por primera vez suspendióse la charla inútil de aquellos buscadores de placeres; gentes estúpidas acudieron a detallar los hechos; gentes prácticas, con imaginaciones interrogadoras, se hicieron interesantes; fueron interrogados confidencialmente los criados; el hombre expés local alcanzó los honores de un héroe, y hasta se dijo que era inteligente y de buen aspecto.

—Lo que hace el asunto más angustioso —dijo Raymond uniéndose a uno de los grupos— es el que, según se ve, el doctor visitó a la señora Saltonstall anoche y dejó la casa a las once. Sánchez, que fué quizás la última persona que todavía le vió vivo dice haber notado que su caballo estaba muy violento, y que el doctor no le pareció capaz de dominarlo. El accidente, ocurrió quizá media hora más tarde, pues fué recogido a unas tres millas de aquí, y por las apariencias, arrastrado, con el pie aprisionado en el estribo, en un trayecto de media milla, hasta que se rempió la cincha y cayeron juntamente silla y estribo. El pótro, sin otra cosa que la brida rota, fué hallado pastando en el rancho a las cuatro de la mañana una hora antes de que el cuerpo de su jinete fuese descubierto por los hom-

bres que del rancho se enviaron en su busca.

—Pero ese hombre debía estar completamente chiflado, para fiarse de uno de esos animales salvajes del país —dijo Buchanan—. Ya no era joven tampoco. Unos sesenta, según creo. Y ni siquiera parecía respetable. Recuerdo cuando le encontramos el otro día a galope tendido, como uno de esos locos mexicanos. Sin embargo, parecía hombre aplomado y lo bastante sensible, cuando no dejó volar con él sus planes de «perfeccionamiento», como aquel bruto furioso. ¡Y ved, pobre hombre, qué fin más inesperado! ¿Y su familia?

—Yo creo que no la tiene, por lo menos aquí —dijo Raymond—. Creo que era viudo cosa que no puede saberse en California.

—Pero tendrá herederos. Debía tener una propiedad considerable —observó Buchanan con impaciencia.

—¡Oh, herederos! Si no hizo testamento, cosa no de creer en un hombre tan práctico y prudente, los herederos la recogerán algún día.

—Probablemente la recogerán algún día —repitió Buchanan horrorizado.

—Sí; ha de recordar usted que nosotros no tomamos a los herederos tan en consideración como lo hacen ustedes en su viejo país. La pérdida del «hombre» y el medio de reemplazarlo significan mucho más para nosotros que la disposición de su propiedad. El doctor West era una potencia mucho más allá de sus actuales posesiones, y pronto sabremos en qué proporción dependían de él.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Buchanan con ansiedad.

—Quise decir que cinco minutos después de confirmarse la muerte del doctor, su amigo de usted, el señor Stanton, envió un mensajero con un despacho a la central telegráfica más próxima, y que él mismo marchó a ver a Aladino, antes de que pudiera llegar la noticia a sus oídos.

Buchanan pareció inquietarse. Así les ocurrió a dos o tres naturales de California que componían el grupo y habían estado escuchando atentamente.

—¿Y dónde está esa central telegráfica?

—preguntó Buchanan con precaución.

—Yo le conduciré a usted hasta allí en seguida —contestó Raymond áspere mente—. Nada tendremos que hacer aquí hoy. Como el doctor era vecino de la familia, su muerte suspende nuestra busca de distracciones hasta después del funeral.

Buchanan se separó. El capitán Carroll y Garnier se aproximaron más al que hablaba.

—Confío en que no nos privará de la sociedad de la señorita Saltonstall —dijo Garnier con ligereza—. Al menos espero que no esté inconsolable.

—No parecía tener particular simpatía por el doctor West el otro día —dijo el capitán Carroll, enrojando ligeramente, al recordar la mañana en el cenador y no obstante, deseando, en su pasión sin esperanza, compartir aquel recuerdo con su rival.— ¿No lo cree usted así, señor Garnier?

—Es muy posible; y como la señorita Saltonstall es completamente cándida e infantil en la expresión de sus odios y de sus cariños —dijo Raymond con ligera ironía—, puede juzgar usted tan bien como pueda hacerlo ya.

—No es usted más condescendiente con nuestras extravagancias que con las grandes pasiones de estos caballeros. Usted es lo que se llama un oso. Confiere que les asusta horriblemente. Usted desprecia los intereses del negocio —dijo Garnier.

Raymond no pareció, al pronto, darse cuenta del sarcasmo.

—Yo he afirmado tan sólo —dijo gravemente— lo que estos caballeros averiguarán por sí mismos antes de muchas horas. El doctor West era el cerebro del país, así como Aladino es la sangre que le da vida. Lo que queda por ver es cómo afecta al país la pérdida de ese cerebro. El mercado de valores en San Francisco lo indicará hoy en las acciones de San Antonio, del ferrocarril Soquel y en «The West Mills and Manufacturing Company». Quizás sea asunto que afecte hasta a nuestros amigos de aquí. Cualquiera que fuese su relación social en esta casa, últimamente era el consejero respecto a los asuntos comerciales de la señora Saltonstall.

Alzó sus ojos por vez primera Garnier y añadió despacio:

—Es de desear que si nuestra trionra no tiene razones sociales para deplorar la pérdida del doctor West, lo menos no tenga otras.

Con el instinto de un enamorado consciente tan sólo de que esto no sino algo molesto para Maruja, miró con ansiedad, esperando la aparición de la muchacha. Sin embargo, frío una decepción. De sus tímidas riguciones tan sólo sacó en limpio Maruja estaba encerrada con su familia, a pesar de lo cual, cuando de un lado para otro, dando señales inquietud, no pudo refrenar el impulso de pasar una o dos veces ante el abovedado, cuya puerta enrojada, al vestibulo central. Puede imaginarse cuál sería su sorpresa al oír pronunciar su nombre en voz baja; y alzando mirada, vió a Maruja asomada a la ja.

La muchacha sostenía la puerta tornada con una de sus manos, y la otra le hizo seña para que entrara. Cuando lo hubo hecho, dijo Maruja:

—Venga usted conmigo —y le condujo a lo largo del oscuro pasillo.

Su corazón latía con fuerza. El cienso de aquella vida interna, con débil sugestión de las hojas de marchitas, le embargó con una languidez voluptuosa; perdió la respiración como si se la hubiese arrebatado el dulce beso; sus sentidos nadaron en la luz opaca, que parecían difundirse en las cosas. Cuando, al abrir repentinamente una puerta, le hicieron penetrar en una pequeña estancia abovedada, su paso vaciló.

A primera vista parecía ser un oratorio o capilla. De la pared pendía gran crucifijo de oro y ébano. En el centro del suelo, de mosaico, había un reclinatorio de caoba oscura; también había una otomana baja, cubierta con un tapete oscuro, de terciopelo violeta, y veíanse asimismo dos sillas ornamentadas, de madera tallada. Un ambiente religioso, casi ascético, envolvía aposento; pero ningún serrallo orientado podría haberle afectado con una sensación tan profundamente intoxicante misteriosa.

Maruja le indicó una silla, y luego con un peculiar movimiento femenino sentóse en la otomana, apoyado el codo sobre un cojín, medio acostada, con su abundosa y ondulante cabellera velando en parte el fúnebre tapete de terciopelo. Su rostro, ovalado, estaba pálido y melancólico, y sus ojos, llenos de medos por recientes lágrimas; en sus profundidades, así como en la comisura de sus labios, dibujábase una expresión de perturbada pasión. Sin saber apenas por qué, Carroll se imaginó que era la expresión de una enamorada. Aquel atrevido pensamiento le hizo temblar.

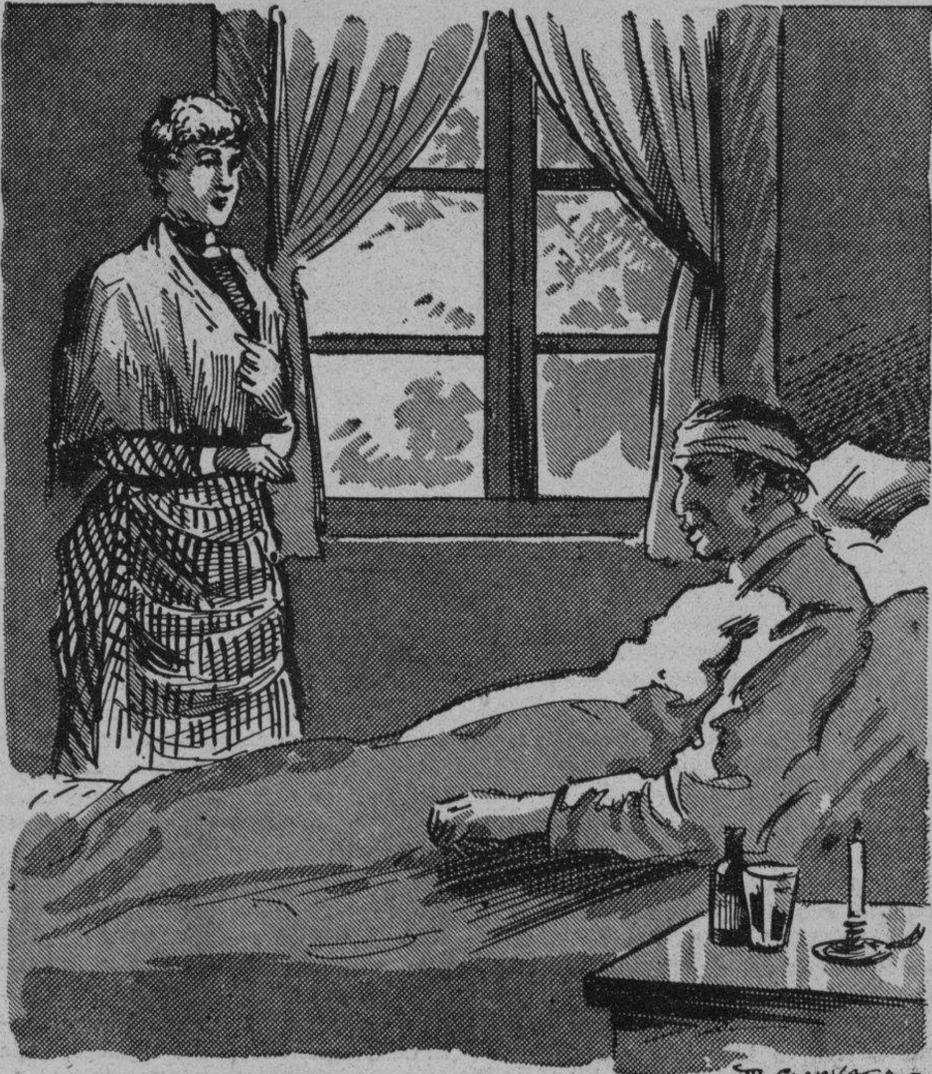
—Quería hablar con usted a solas —dijo gentilmente, a guisa de explicación— pero no me mire usted así. He pasado una mala noche, y ahora esta calambur...

Hizo una pausa y añadió suavemente: —Quiero que haga usted un favor a mi madre.

El capitán Carroll, realizando un esfuerzo, pudo, por fin, hallar palabras. —¿Pero está usted apurada? Usted sufre. No creí que este desgraciado asunto le afectase tan de cerca.

—Ni yo —dijo Maruja, cerrando el abanico con un leve chasquido—. Nada sabía de él hasta que mi madre me dijo esta mañana. Para ser franca con usted, según ahora parece, el doctor West era su más íntimo consejero en asuntos de negocios. Todos ellos estaban en sus manos. No puedo decir cómo, o por qué, o cuándo; pero así es.

—¿Y es eso todo? —preguntó Carroll dando muestras de haberse aliviado de un peso.— ¿No tiene usted ninguna otra...



A pesar suyo, sus labios dibujaron una sonrisa, como pudiera haberlo hecho, con un muchacho impulsivo.

—¿Y no es eso suficiente? Siéntese usted. Tenemos que hablar seriamente. ¿No pregunta usted cuál es el favor que mi madre desea pedirle?

—Sea cual fuere, será cumplido —dijo Carroll con presteza—. Yo soy esclavo de su mamá con sólo que me deje servir al lado de usted. Sólo quisiera —añadió, haciendo una pausa— que no se tratase de negocios; de esto no entiendo nada.

—Si sólo se tratase de negocios —dijo Maruja despacio—, hubiera hablado a Raymond al señor Buchanan; si se tratase únicamente de confidencias, Pereo, nuestro mayordomo, se hubiera levantado de la cama, enfermo y todo, para cumplir los deseos de mi madre; pero se trata de algo más que eso; entra en las funciones del caballero, y mi madre, Capitán Carroll, desearía que fuese un amigo.

El la cogió de la mano y cubrióla de besos. Ella la retiró con gentileza.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó rápidamente el capitán.

Maruja sacó una nota de su cinturón.

—Es muy sencillo. Tiene usted que montar a caballo y llevar a Aladino esta nota. Ha de dársela usted a él «sólo»; más que eso: no ha de dar usted a entender a persona alguna que va usted por otro asunto que no sea social. Si le retiene a usted a comer, deberá usted quedarse, traer cualquier cosa que pueda entregar, y dármela en secreto para ella.

—¿Es eso todo? —preguntó Carroll, con un ligero tinte de desengaño en su tono.

—No —respondió Maruja, levantándose impulsivamente—. ¡No, capitán, no es eso sólo! Y lo sabrá usted todo aunque nada más sea para demostrar la confianza que tenemos en usted; y después de haberlo oído, quedará libre para hacer lo que le plazca.

Quedó en pie delante de él, completamente pálido, abriendo y cerrando su abanico rápidamente, y golpeando el suelo con su piecico.

—Ya he dicho a usted que el doctor West era el consejero de mi madre en los negocios. Ella le consideraba, más que eso, como un amigo. ¿Sabe usted lo peligroso que es para una mujer que ha perdido un protector empezar a confiar en otro. Mi madre todavía no es vieja. El doctor la apreciaba y él no se despreciaba; dos cosas que van lejos, capitán Carroll tratándose de una mujer.

Maruja hizo una pausa, y con un ligero movimiento de su abanico continuó:

—Bien; para terminar. A no ser por ese excelente caballo y ese jinete demasiado ambicioso, ¡quién sabe hasta cuándo se hubiera repetido la vieja historia de la primera elección de mi madre! Y la maldición de Koorotora hubiese caído de nuevo sobre la hacienda.

—¿Y es usted, Maruja, quien me dice esto; usted, que me aconsejó contra mi pasión, sin esperanza hacia usted?

—¿Podía yo prever esto? —dijo ella apasionadamente—. ¿Y está usted lo bastante loco para no ver que este mismo acto hubiera hecho su galanteo intolerable a mis relaciones?

—¿Luego usted pensó en mi galanteo, Maruja? —dijo el capitán estrechándole la mano.

—O el de cualquier otro— continuó la joven, apresuradamente, volviendo el rostro, con acrecentado color en sus mejillas.

Después de un corto silencio añadió, con voz más gentil y algo de reproche:

—¿Cree usted que le he confiado el secreto de mi madre para este solo propósito? ¿Es ésta la ayuda que usted brinda?

—Perdóneme, Maruja —dijo el joven oficial con apresuramiento—. Soy egoísta, ya lo sé, porque la amo. Pero no me ha dicho usted aún cómo podré ayudar a su madre llevando esta carta, que cualquier otro podía llevar.

—Déjeme, pues, terminar. Usted ha de hacer lo que deba hacerse. Se han cru-



zado cartas entre mi madre y el doctor West. Mi madre es imprudente; ignoro lo que haya podido escribir o no en confianza. Pero comprenderá usted que no son cartas que deban hacerse públicas y pasar a otras manos que no sean las suyas. No son cartas de las que deban enterarse sus amigos americanos; que deban ser comentadas por extraños; que lleguen a oídos de los Gutiérrez. Esas cartas pertenecen a la tumba que yace entre el pasado y mi madre; de ella no deben salir para sobresaltarla.

—Comprendo —dijo el joven oficial tranquilamente—; esta carta es la autorización para que yo las recoja.

—Sí, en parte; aunque hace también referencia a otros asuntos. El señor Prince, a quien ustedes los americanos llaman Aladino, era amigo del doctor West; estaban asociados en los negocios, y quizás tenga acceso a esos documentos. El resto lo dejamos a la discreción de usted.

—Pueden ustedes confiar en mí —dijo Carroll sencillamente.

Maruja le alargó la mano. El oficial se inclinó respetuosamente y se dirigió a la puerta.

Maruja había esperado que hiciese alguna protesta, quizás que reclamase alguna compensación. Pero el instinto que le hacía reprimirse, aún en pensamiento, el aprovecharse del deber que le habían confiado; que dominaba hasta su miserable pasión por ella y que le subordinaba a su exaltación del honor; esa charretera del oficial y de la sangre del caballero; esa sencilla posesión de caballerosidad, no superficial, sino salida de dentro; todo esto estaba claro, en parte, para Maruja, y no le satisfacía por completo. Desde que entró él en la estancia pareció que habían cambiado sus situaciones: ya no era el suplicante enamorado que temblaba a sus pies. Por un momento pensó Maruja que fuese el resultado de conocer el joven la debilidad de su madre; pero después, al tropezar con su clara mirada, se sonrojó de vergüenza. No obstante, le detuvo un momento ante la puerta enrejada, en la sombra propicia del arco. El pudo besarla allí, pero no lo hizo.

Era natural que se ausentase por poco tiempo de aquel sombrío caserón, ya que la vida en él estaba paralizada; así pues, el aparejar el caballo para un paseo solitario, no llamó la atención. Pero pudiera notarse que su actitud había perdido mucho de la susceptibilidad ner-

entre el espeso polvo de la carretera. Parecía ser una cartera de notas, con tapas de piel, adaptada al bolsillo del pecho. Carroll apeóse en seguida y la recogió. En el interior veíanse claramente escritos el nombre y la dirección del doctor West. Contenía unas cuantas notas y algunos papeles, y nada más. La posibilidad de que pudiese descubrir las cartas que buscaba, fué una esperanza prontamente desvanecida. No era sino un hecho corroborador de que el accidente había tenido lugar en el sitio donde se hallaba. Estaba perdiendo el tiempo; introdujo apresuradamente la cartera en el bolsillo, y de nuevo espolió su caballo, carretera adelante.

## VII

El exterior del palacio de Aladino, aunque ya le era familiar a Carroll, produjo aquella tarde la sensación de ser menos real, más efímero e insubstancial que de ordinario. Los arcos morunos, del pino blanco más delgado; las persianas y celosías árabes parecían estar hechas de cartón taladrado; los dorados minaretes dábanle la sensación de hallarse encolados a las torres, que parecían de concha, y las almenas cóncavas, que visiblemente se retorcían y crujían en la bárbara luz de la luna; todo, más que nunca, aparecía como una escena teatral que pudiera desaparecer por escotillón o desvanecerse por cualquiera de los laterales, a la primera señal del traspunte. Recordando las cínicas insinuaciones de Raymond, no pudo menos de imaginarse que la casa fué construida por un genio concienzudo, con la intención de que la lámpara y el anillo, con otros efectos, pasaran a manos del «sheriff».

Sin embargo, el criado que se hizo cargo del caballo de Carroll llamó a otro doméstico, quien le precedió a un pequeño salón de espera, anterior al suntuoso vestíbulo central, muy similar a un bar privado de un hotel de primera clase y brindóle con un refresco de Jerez. Era costumbre peculiar en el palacio de Aladino que el dueño no hiciese los honores de su casa más que rara vez, delegando esta tarea, generalmente, en algún amigo, que solía ser casi siempre el último llegado. Así pues, Carroll no se sorprendió de ser recibido por un desconocido, que le invitó a tomar el refresco que había declinado.

—Ya ve usted —dijo el huésped transitorio—; yo soy aquí un extraño, y no conozco las costumbres de los asiduos concurrentes; pero pida usted cuanto desee, y se lo procuraré. Jim (el actual nombre de pila de Aladino) está acompañando por los establos a unos visitantes. ¿Desea usted unirse a ellos, o quiere que vayamos directamente al salón de billares, la cosa más moderna, construido con hierro y vidrieras de colores, tan lindas como pinturas? ¿Preferirá usted, quizás, curiosear el ajuar de novia, y ver el gabinete, tocador de bambú y plata y la cama de cristal y raso blanco, que, tal como está, vale quince mil dólares? ¿O quiere usted —añadió confidencialmente— que nos dejemos de todo esto y sacaré el trotador 2.32 de Jim y la araña, para darnos un paseo hasta los Springs, antes de comer?

Para los propósitos de Carroll, sin embargo, era más conveniente ocultar su familiaridad con los terosos de Aladino, y ofrecerse galantemente a seguir a su guía por la casa.

**—CONTINUARA—**

# SAHONA

REINA DE LA SELVA

Por W. MORGAN THOMAS




BOB AVANZA HACIA LA SELVA, REVÓLVVER EN MANO



SAHONA ALZA LA LANZA Y LA ARROJA....



¡ PERO BOB SE HACE A UN LADO Y ESCAPA MILAGROSAMENTE!



LA MUJER HUYE CON LA VERTIGINOSIDAD DEL RELÁMPAGO

DE VEZ EN CUANDO SE DETIENE Y MIRA HACIA ATRÁS, SUS OJOS INYECTADOS DE IRA.



AL AMANECER LLEGA A UN TERRAPLÉN EN EL CORAZÓN DE LA SELVA.



SE DIRIGE HACIA LA ENTRADA DE UNA CUEVA...



PENETRA EN LA CAVERNA Y LLEGA A UN LUGAR ALUMBRADO POR UNA FOGATA EN EL CENTRO.



SUBE A UNA TARIMA Y TOCA UN GONGO....



APARECE UN NEGRO ENORME, QUE SE INCLINA ANTE ELLA. « TRAE AL PRISIONERO. -- LE DICE A SU VASALLO.



## Viejas Postales Descoloridas

# EL DANZON y el Danzonete

por FEDERICO VILLOCH

Hay acontecimientos, tanto históricos como sociales y artísticos, que, por la circunstancias especiales en que se pasan desapercibidos por la mayoría de las gentes, no dando importancia y el mérito que son acreedores; lo que entre otros ha sucedido con la transformación de nuestra antigua y clásica pieza de baile, el danzón, creada por el gran músico matancero, profesor de cornetín, Miguelito Failde, en el ya olvidado y popular danzonete, ideado por el también notable músico de la bella ciudad yumurina, Aniceto Díaz, actual profesor de la Academia de Música de la misma. A la sola evocación del nombre de Miguelito Failde, surgen en memoria de los antiguos matanceros un risueño pasado de sonadas fiestas y alegres giras y excursiones, que aquel simpático intérprete o creador del danzón lanzaba al aire—hasta parecer llegar al cielo—las notas suaves y penetrantes de su mágico y meloso cornetín. El primer danzón que escribió Failde se llamaba «En las alturas de Simpson», y apenas fué presentado a la publicidad en una fiesta matancera, se hizo popular entre los aficionados de la danza, sobre todo en las provincias centrales, Las Villas, Matanzas y la Habana, las tres que rendían una atención más destacada a aquel género de baile; pues es sabido que Oriente siempre conservó lo suyo típico—«su son de Oriente»—del que era pontífice Pepe Sánchez, parigual de Guerrero, El Padre de la Guaracha habanera, y la antigua danza criolla rápida, vertiginosa, nuestro entender, la expresión más verdadera y genuina de nuestro espíritu rítmico y alocado. Pepe Sánchez fué profesor de guitarra del que después se hizo un acreditado intérprete y autor de diversas sonas de fama: Síndico Garay.

Si los legisladores se preocupasen del bienestar espiritual de sus pueblos, acordarían leyes y disposiciones que los mantuviesen en saludable equilibrio moral y libres de malignas influencias extranjeras. Dime cómo bailes y te diré cómo eres; o mejor, cada uno nace con su música natural, al par de la que crea ideales, sus costumbres y sus satisfacciones más íntimas: el vals lánguido

y romántico, los nebulosos alemanes; el can-can picaresco y alocado, y el couplet intencionado y espiritual, los franceses; la jota, viva y ardiente, los aragoneses; el shotis callejero, los madrileños; el «yanquirule», que los mantiene en perpetuo «brinco», los americanos; el baile ruso como ejercicio gimnástico para librarlos de las acechanzas del hielo, los hijos de la estepa; el «tango», saturado del perfume de las pampas y el acre olor de los muelles bonaerenses, los argentinos; la habanera, dulce y cadenciosa, los cubanos; en cuanto al baile extranjero rebasa la frontera y se impone, cada pueblo empeza a perder su característica y su ruta. Ese confusionismo que es la nota predominante universal, acaso tenga su origen de ello; no todos poseemos la misma resistencia muscular de piernas para bailar—por ejemplo—el baile ruso; y mucho menos los que se ahogan de calor bajo el ardiente sol de los trópicos...

El danzón, que Failde animaba con las sostenidas y enardecedoras estridencias de su cornetín de plata, era como un traje hecho a medida para nuestros bailarines de aquella época: la vuelta a la derecha; la vuelta a la izquierda, muchos sin salirse del «adrito»; la lánguida mirada cayendo como un dulce reflejo de luna en noche de azul sobre el rostro de la compañera; y por último, los ojos en blanco, rumbo al infinito, no hubieran tenido ni ambiente ni alma, sin aquel Gran Galeote que supo trenzar tan dulces novelas de amor y urdir tan recias y avasalladoras pasiones. «Cómo

no van a recordar a Miguelito Failde tan cariñosamente, los matanceros descoloridos de ambos sexos: La Plaza de Armas de Matanzas; Las Alturas de Simpson; El Estero; El Abra; El Valle La Cumbre; La Loma de la Ermita, dirías, que guardan aun las sostenidas notas de su divino instrumento, como un alma armónica que el recuerdo hace vibrar cuantas veces quiera...

Miguelito Failde y Perez nació en Caoba, Guamacaro, provincia de Matanzas, el 22 de diciembre de 1851, y fué su padre don Cándido Failde, músico español, natural de Galicia, quien advirtiéndolo en su hijo desde sus más tiernos años una decidida vocación por la música, empezó a darle las primeras clases. A los 12 años Miguelito tocaba admirablemente el cornetín e ingresaba en la Banda de Bomberos del Comercio de aquella ciudad, que dirigía don Demetrio López Aldazaba, llegando a ser a poco Director de aquel conjunto musical que deleitaba a los matanceros con sus retretas semanales en la bonita Plaza de Armas de la ciudad yumurina. En las procesiones de Semana Santa y otras festividades religiosas que entonces recorrían, en su oportunidad, las calles de Matanzas, el sonoro cornetín de Miguelito, sobresaliendo de los demás instrumentos de la Banda, llenaba a las multitudes de regocijo y provinciano orgullo. Una de estas procesiones—y bien la recordamos—era la del Domingo de Resurrección, que aquella religiosa ciudad acostumbraba a celebrar con el fervor más sincero, regando infinitas y bellas flores a su paso.

De tal manera corrió la fama de buen cornetín de Miguelito, y tan brillantes resultados alcanzaba en su profesión, que muchos de sus jóvenes comprovincianos se dedicaron a imitarlo, y no se oían por toda Matanzas más que fuertes y desentonados «cornetinazos», haciendo el correspondiente ejercicio, si bien más de la mitad de aquellos Donizettis—el célebre músico italiano fué primer cornetín de la Opera de París—se quedaron, y gracias, en modestos tocadores de «ayos, timbales y maracas...

Ya comenzaba su nombre a ser famoso en los centros de la bella ciudad de los dos ríos, cuando escribió su primer danzón titulado «Las Alturas de Simpson», que fué estrenado el cinco de febrero de 1880, en la sociedad Unión Club, convertida después en el Liceo de Matanzas, a cuya pieza musical siguió «El Malakof», «La Boyera», «La Malagueña» y otras que, premiadas con estrépitos aplausos, tocaban en los principales bailes habaneros las orquestas de Raimundo Valenzuela, Nicolás el Güineiro, etc. El célebre y popular pianista Antonio Torruellas fué el primero que tocó al piano el danzón «Las Alturas de Simpson», en la Habana, en una de las reuniones familiares que se daban en una casa de la calle Tejadillo, morada entonces de un respetable y conocido Magistrado.

El año 1881 se inauguró la Exposición Industrial y Artística de Matanzas, y la orquesta de Miguelito Failde constituía uno de sus mejores atractivos. Acertado estuvo Miguelito en bautizar su primera obra con aquel título: las alturas de Simpson era el lugar en que se llevaban a cabo los bailes, fiestas populares y parrandas de la alegre juventud matancera; y donde vivían las más renombradas y bellas diosas del Olimpo yumurino, santificado de antiguo por la permanencia en él de la dulce Fela, la inmortal musa del infortunado poeta Plácido; Simpson era como el Monte Sacro de Matanzas...

Un tiempo se puso de moda componer la parte bailable del danzón con frases o temas de las óperas más populares, y así tenemos el danzón de La Traviata, el de Tosca, el de Aida, el de Madame Buterfly, etc. El de la Tosca se hizo muy popular. Raimundo Valenzuela tenía especialidad para eso. El llamado del «Oso», compuesto en Matanzas, constituyó por su gran éxito, una época en la historia de esta pieza bailable. Un lejano y grato recuerdo revolotea en torno a muchas ya encanecidas cabezas, al evocar aquellos primeros danzones: el recuerdo de la primitiva y modesta Glorietta de Mariano, donde se llevaban a efecto aquellas inolvidables «matinées de la playa», por los años 85, 86, 87, etc., cuando el Yacht Club era un sencillo caserón de madera; cuando no existía más que una sola calle de modestas casas a lo largo del poco frecuentado litoral; cuando nos llevaban a aquel «sitio encantado» los trenes del ferrocarril de Concha, que tenía su Terminal en un pronunciado declive a la izquierda del paseo de Carlos III, donde se encuentra hoy la estación de los tranvías eléctricos; los panzudos omnibus; los desvencijados arrastrapanzas de la época; y a las familias acomodadas, sus lujosos coches particulares, por una calzada la mayor parte del tiempo intransitable; y en fin, cuando tenían lugar aquellos días en que Salvador Domínguez Santí y su hermano Jacobo escribían sólo los domingos, y en folletín, las Crónicas Sociales del DIARIO DE LA MARINA; y el bardo bayamés, José Fornaris, lo mismo, las de «El País», sucesor del antiguo «Triunfo».

El danzón se hizo amo y rey de los bailes, así de los más aristocráticos y escogidos del Ateneo y el Círculo Habanero, como de los más populares y democráticos de El Louvre, Escaurza, Tacón, Manzanares y romerías de las afueras. Las señoritas más refinadas los tocaban al piano, y sobre todo en Matanzas encendió de tal manera el popular entusiasmo, que no había casa con piano donde no se oyeran las últimas creaciones de Miguelito, con el consiguiente coro de admiradores y entusiastas aplozados en las ventanas de la calle. Uno de los jóvenes de la mejor sociedad yumurina, cercano pariente del postalista, era Jaime Rivas, diestro pianista por estudio, que con Ramoncito Prendes, Antonio Torruellas, Luis Viñals, Alberto

### Las Alturas de Simpson

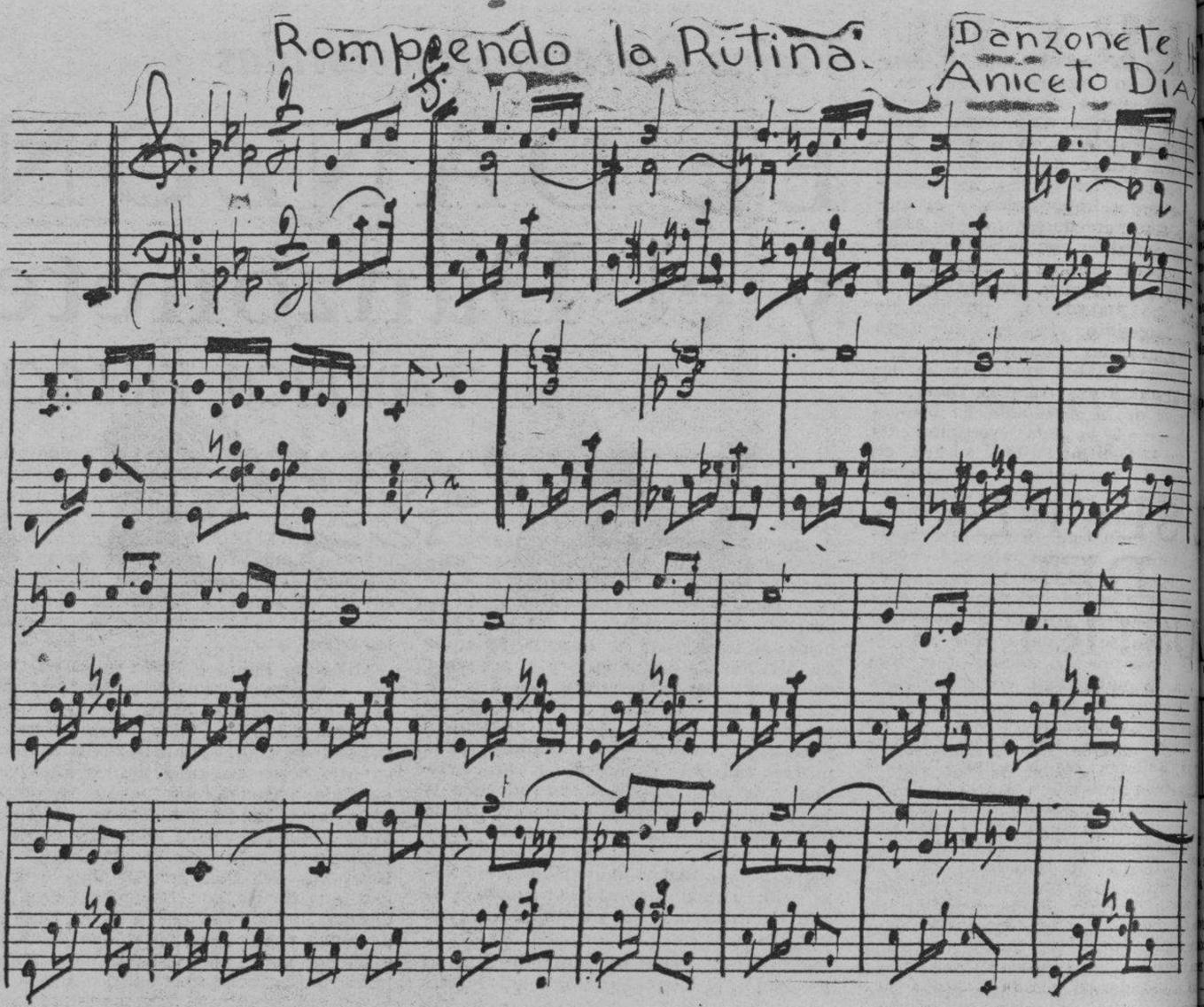
Danzón por Miguel Failde

Saldarriaga y otros convertía su rica norada de la calle de Contreras en entusiasta academia fanática de las producciones de Failde. Entre los músicos matanceros notables de aquella época se contaban Arcadio Yribe Andudí y Faustino Valiente, que compartían la gloria popular con su maestro el creador genial del danzón criollo. Un dato pintoresco de aquella época: cosa de las seis de la tarde, bajaba Antonio Torruellas, fumando su enorme tabaco y haciendo molinetes con su «caña», la calle de Daoiz en que vivía, doblaba Santa Teresa, hacia la Plaza, y con aquel su paso rítmico, en él tan característico, llegaba al Liceo, entraba, abría el piano y a oír danzones de Failde, y de Valenzuela, y suyos, tocados de aquella manera única, que tanta fama le conquistara entre los fanáticos del género. Después pasó a la Habana, y aquí llegó a ser el atrayente y querido «Papaíto» que los «descoloridos» de entonces no podremos olvidar nunca...

Failde vivió hasta sus últimos días en la casa Velarde 95, hoy señalada con una tarja histórica que dice: «Aquí vivió y murió el inspirado compositor, creador del Danzón, Miguel Failde Pérez. El Ayuntamiento de Matanzas, en homenaje a su gran talento, le consagra este recuerdo. Diciembre 26 de 1921». En ella escribió su último danzón, titulado «Diosa Japonesa». En sus años posteriores, cuando ya iba perdiendo sus excepcionales facultades de maestro del cornetín, figuraba, tocando el contrabajo, en la pequeña orquesta que amenizaba las funciones del teatro «Actualidades», de la calle de Contreras. El viejo león sonreía al enfrentarse con sus viejos amigos; y unos y otros añoraban los días de «Las Alturas de Simpson»; los de los bandos azul y rojo de la Playa de Bella Mar; los de las alegres fiestas de la Candelaria de la Mocha; los de las «noches de oro» del Casino Español yumurino y las de «Perlas y Diamantes» de aquel cubanísimo Liceo con su salón amplio, grande, alegre, como las risueñas esperanzas de los cubanos de entonces. La última vez que vimos a Failde fué allá por el año 18 ó 19, ya pasado la sesentena, en un palco del teatro «Alhambra», rodeado de sus compañeros músicos y de algunos espectadores que lo conocían; y no obstante los años, su nerviosidad característica lo sostenía ágil y animoso como siempre. Mostraba en sus labios esa marca sui-generis que acaba por afectar los de los que se han dedicado durante largos años a tocar el cornetín y demás instrumentos «de viento»: un costurón; un como pelizco de la costumbre. «El sello», decía él. Después los achaques lo postraron, y ya abandonaba escasas veces su casa de la calle de Velarde, en la que murió dos días antes de cumplir los setenta años. Al entierro de Miguelito Failde, el día 20 de diciembre de 1921, acudió todo Matanzas; y su féretro fué cubierto a su paso de bendiciones, de lágrimas y de flores. Sombras de nuestra brillante historia social que desfilaron...

Matanzas fué siempre la ciudad de la poesía—su panorama es el más poético de Cuba—de la cultura y de la sociabilidad, por lo que se le llamó la Atenas de Cuba. Matanzas se baña en un ambiente helénico saturado de arte, de ciencia y de belleza. Su reposo material se posiona del alma de sus visitantes, y a la postre es como si se viviera una larga cadena de ensueños, que en los espíritus vulgares se traduce en aburrimiento y hastío; y que en los dotados por la inteligencia se convierte en una fuente de estudio, de producción, de incontables riquezas materiales, avalorando la cultura patria con nombres tan esclarecidos como los de Ximeno, de la Cruz, Carlos de la Torre, Bonifacio Byrne, el doctor Verdugo—doliente padre del estudiante fusilado—, Dolores Alvarez, Meireles, Otero, Milanés, Claudio Durán, Caballero y tantos y tantos otros. La buena sociedad matancera se prestigiaba con los nombres de las familias de Cuní, Cruz, Crespo, Vinageras, Betancourt, Zanetti, Castañer, Díaz Vega, Soloní, Escoto, Diago, Jaén, etc.

Failde, como compositor, tuvo numerosos y aprovechados discípulos, sobresaliendo los primeros Pablito Valenzuela—aquel simpático hermano de Raimundo,



que sonreía eternamente enseñando la nitidez de su alma y la blancura de sus dientes—y Marianito Méndez, que murió y enfermó del corazón, de tanto amar, como dice el «verso»; y también el incansable y afanoso Peñita, maestro de piano que escribía un danzón todos los meses, «con todos y para todos». No obstante, cuando ellos fueron desapareciendo, se advirtió un largo colapso, y el danzón fué pasando al borroso e inestable concepto de recuerdo. Pero como dice la vida: «A rey muerto, rey puesto. Murió el danzón ¡viva el danzonete! Aquí no ha pasado nada; y puede el baile continuar». El maestro matancero Aniceto Díaz, como todos los hombres providenciales, llegó a su tiempo; e inventó un nuevo ritmo de baile típico cubano que denominó «danzonete», y se estrenó con éxito resonante en la noche del día 8 de junio de 1929, en la sociedad Casino Español de Matanzas, y se titulaba «Rompiendo la Rutina». Fué premiado en la Exposición de Sevilla.

El danzonete, dice su autor describiéndolo: «Se escribe en compás de dos por cuatro; y también se puede hacer en los compases que tengan su equivalente. Se compone de cuatro partes: Primera; Trío; Estribillo y Fin o Coda. La primera tiene cuarenta compases; de éstos, los primeros ocho, hacen de introducción; y los treinta y dos siguientes, de motivo, al que se le llama parte de violín—lo que en el danzón, decimos nosotros, se llama Parte de Metales ¿no?—. Toda la obra se acompaña con el ritmo peculiar de las claves; y en el Estribillo se le agrega el acompañamiento de las maracas».

Aniceto Díaz, también natural de la ciudad de Matanzas, en la que nació el 17 de abril de 1887, estudió su arte con los reputados profesores matanceros Justo Cuéllar, Arcadio Iribe y Eduardo Betancourt, y figuró a su tiempo en la orquesta de Failde, por el que sentía gran

admiración, y en la que tocaba el fligé, siendo después un buen ejecutante de flauta, piano y saxofón.

Antiguamente, cuando si es verdad que se bailaba menos, se divertía uno más, existían muy contadas orquestas: las de Failde; la de Raimundo; Pablito, Marianito, Nicolás el Güinero, y muy pocas más que se hacen de rogar; y una que creemos recordar se llamaba de Guracho—o algo parecido—y que era la que se transaba a última hora. Raimundo se dejaba pedir por la suya buenos centenes, y los valía. Menos de doscientos pesos no tocaba en ningún baile de nombre. Pero después vinieron los casinos, las playas, los cabarets, las fiestas políticas, las verbenas griegas, polacas, sirias, etc., y las noches «rosas», «verdes», «azules», y de todos colores; y se aumentó naturalmente el número de orquestas; todas ellas muy buenas, es lo cierto, y con una plausible tendencia al sostenimiento de la familia, pues se llaman algunas: la de los Hermanos Le Bartard, Los Hermanos Castro, Los Hermanos Martínez, Los Hermanos Matamoros, La de Aniceto Díaz y sus cuatro hijos, etc. Por música no queda; aunque muchas veces fuera de desear que no se prodigara tanto fox extravagante y disonante, imitando el ahullar de un perro celoso; tanto black-boston, simulando el lamento de una cucaracha enamorada; tanto to-step loco, reproduciendo el zumbido de los aviones y aeroplanos cuando se señorean del espacio... Amigos bailarines: no nos salgamos de nuestros danzones y danzonetes, es decir, de nuestra característica y de nuestra ruta; como si dejáramos de nuestra Constitución musical de 1901.

Matanzas llegó a hacerse famoso por sus bailes y por sus excelentes bailarines. Corra la fama de que las encantadoras yumurinas sabían bailar mejor que sus otras hermanas de la Isla, y ello lo confirman los buenos bailarines que en Cuba han sido...

¡Cuántas viejecitas matanceras fueron pompas y alegrías, desde al albor de aquellas mañanas, de cuarenta o más años, guardarán en su cajita japonesa de los recuerdos el carnet de baile, de aquellos que entonces se celebraban tan frecuentemente en los salones del Casino Español Liceo—Contreras frente a la Plaza Armas—en los que competían en belleza, el buen humor con las formas; el respeto mutuo, con la sincera democracia. Más de una vez esas horas en que el pasado revierte en torno a nuestras frentes, como y alada mariposa de pintadas alas, que perfume, habrán abierto las temblorosas de esas viejecitas ese para leer, emocionadas, lo que quiere distinguirse escrito en él, con un gero lapicillo violeta, aquella noche de tantos años, y nombres, y frases, y músicas, y alegrías, y promesas, decepciones también—¡ay!—habrá estado de aquella descolorida cartulina vuelto todo, como ese polvillo surge de los viejos arcones, cuando abre después de medio siglo; y el espacio y el alma de tumultuosos recuerdos...

LICEO DE MATANZAS

- Cuatro de noviembre de 1890.—Bailarines: Ricardo de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz.
- celebración de la fiesta de San Juan: Cuadrilla ... Ricardo de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz.
- Danzón, de Failde ... Gustavo Zaldívar, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz.
- Vals Tropical ... Ramoncito Proenza, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz.
- Danza White ... Alberto Saldaña, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz.
- Mazurka Jiménez ... H. Díaz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz, Juan de la Cruz.

El resto está tan borroso y difuso, que apenas puede leerse. Un nombre que ya no está allí permanece, embargo, indeleble en el corazón nostálgica viejecita; y lo lee incesantemente tras un levisimo suspiro, guarda el net en su seno...



**E**l roce áspero desgasta las piezas de una maquinaria y entorpece su funcionamiento. Trescientos millones de hombres, cuatrocientos millones de habitantes (¿sabe alguien cuántos habitantes tiene China?) constituyen, desde las márgenes de Siberia hasta el mar, una sola maquinaria política. Para evitar desgastes y entorpecimientos, esa maquinaria necesita un perfecto sistema de lubricación que no puede consistir simplemente en leyes y decretos. Los chinos han inventado ese sistema perfecto: la cortesía. En el mundo occidental, mal lubricado, dos hombres no pueden jugar siquiera al ajedrez sin traducir en sus gestos, en sus movimientos y hasta en sus palabras una envenenada rivalidad. Los chinos, no; ellos no comprenden que se pueda decir secamente, insolentemente: «¡Jaque!».

Ellos dirán:

—Mi indigno y torpe caballo amenaza a vuestro excelso rey.

Y el adversario contestará:

—Mi humilde peón el rey se desliza una casilla ante la admirable actitud de vuestro magnífico caballo.

Esto es posible, no gracias a las leyes sino gracias a una educación que se ha venido perpetuando durante treinta siglos. Exige un estado de ánimo especial, que impide la brusca irrupción del «ch-i», de la cólera.

Un hombre colérico—y todos los europeos están, para los chinos, siempre coléricos—debe ser evitado como se evita un leproso. ¡No hay que dejarse afectar por el demonio del «ch-i»! El hombre colérico irá, cuando muera, a los infiernos; lo colocarán cabeza abajo entre los tablonos, bien apretado, y los genios del más allá procederán, poniéndole una sierra entre las piernas, a dividirlo parsimoniosamente en dos.

Esa es la suprema ley china: ser corteses por todo y con todos: con los dioses, con los espíritus de los antepasados, con el extranjero, con el invasor, con quien nos dispute una presa. ¿Por qué imitar al europeo, que cuando tropieza con una piedra se vuelve airado y lanza una maldición? A veces la vida obliga a ser crueles con los demás seres vivientes, sean éstos animales u hombres. Pero también en la crueldad se puede ser cortés. Los textos filosóficos de hace dos mil quinientos años enseñan cómo es posible dulcificar la vida aun antes las más difíciles circunstancias. El



Dice el sabio y anciano filósofo chino:

«¿Por qué imitar al europeo, que cuando tropieza con una piedra se vuelve airado y lanza una maldición?»

Así razona este humilde peluquero que tiene un título universitario. Descubre la cultura del peluquero asombra:

—¿Tiene usted un título universitario y se dedica a rasurar barbas? Y el peluquero contesta lo que los viajeros habrán oído en algunas ocasiones:

—Sí, señor. Pero seré peluquero por espacio de una vida.

Estos mismos chinos, sin ser tan pacientes, tan corteses, tan hasta en la crueldad—, han sido inventores de algunas formas de que convulsionan a Occidente. El mundo oriental nos ha venido la «huelga de brazos caídos» o en «a reglamento»; del mundo oriental ha venido la «huelga de hambre». China nos ha venido un arma el «boycott». En ninguna parte organizado nunca un «boycott» que en China; entre los europeos los japoneses, especialmente. Pero de que los japoneses también por a Oriente, y han descubierto la necesaria para neutralizar los efectos «boycott» chino. Los productos que entran en China y son lanzados al mercado con esta leyenda: «Industria. ¡Boycotee los productos chinos!».

El chino no siempre se deja por esas trampas. Sonríe, pero es ta. El precepto clásico le advierte amigos no deben ponerse nunca rar juntos el mismo pozo». ¿Por? ¡Oh! Porque a veces sucede que no del amigo se mueve brusca nos manda al fondo del pozo.

Cada chino es el heredero del pasado de su civilización. Estado a los muertos y a los vivos recibir una condena por un delito no ha cometido—y la acepta como te—si quien cometió el delito ofrece a su familia o a su grupo.

Todos los chinos se sienten responsables por lo que ha hecho otro de ahí que la civilización china rezca tan compacta, tan inmuta como esa civilización debe perpetuar el mayor de los crímenes, la vergüenza es no tener hijos; y la peor de las faltas es no decir homenaje a los antepasados ofrecerles en el altar familiar mentos que los muertos necesitan otra vida.

¡Seamos corteses con los muertos con los vivos! Si los medios económicos de la familia le permiten,



El chino para todo tiene una frase, ceremoniosa y una sonrisa. Las palabras quizás no sean sinceras, pero desarman...

muerto vaya, antes de descender a tumba, a un hotel. Hay, en las grandes ciudades, hoteles para muertos cuyo cuerpo es instalado en una habitación donde permanece varios días; allí recibe todas las atenciones dignas de la condición de antepasado. Desde el momento de los espíritus el antepasado se tratará también cortés con sus descendientes, protegiéndolos contra todo.

Pero conviene, sobre todo, ser cortés con los vivos. Y si en la lucha es necesario recurrir a la crueldad, entornando los ojos, sonriamos y digamos, jugador de ajedrez:

—Con mi indigno y torpe caballo permito dar mate a vuestro excelso rey.

# NADA PUEDE Cambiar en CHINA

ES EL PAIS DONDE EL HABITO SE HA SOLIDIFICADO Y DONDE LOS HOMBRES NACEN CORTESES COMO NACEN CON OJOS OBLICUOS

POR CHARLES VIVET

so de los siglos, porque en China nada puede cambiar. Este es el país donde el hábito se ha solidificado. El chino nace cortés, así como nace con ojos oblicuos. Y esa virtud significa, en definitiva, in-

rublos en tan poco tiempo? ¿A qué te dedicabas?

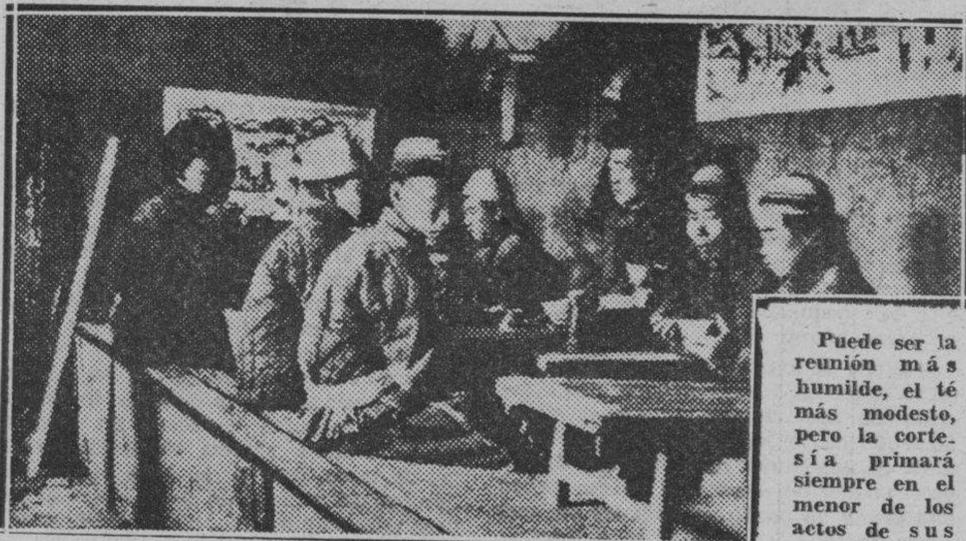
—Me dedicaba a retirar los cadáveres de los fusilados, para llevarlos al jardín zoológico?

—¿Y en esa forma has ganado doce mil rublos?

—No. Gané ese dinero porque encontré la manera de vender los mejores trozos a buen precio. Quienes me los compraban los salaban, los ahumaban y los vendían en el mercado.

¿Por qué indignarse? ¿Por qué despertar al «ch-i»? ¿No es mejor sonreír? Los dictados del cielo son irremediables. «Hay que mirar la vida siempre con los ojos entornados», para que el exceso de luz no nos dañe. Mirando la vida con los ojos un poco entornados, la vida tiene la suavidad de los sueños tenidos en los fumadores de opio.

La gloria no es una aspiración de los orientales. Ellos saben que la persecución de la gloria determina la soberbia cesárea o la amargura del fracaso. Por eso los chinos no tienen estatuas públicas: a lo único que se puede aspirar es al honor de los altares, nunca al honor de las plazoletas. Los sabios, desde luego, son los primeros en renunciar a la gloria, así como renuncian a la riqueza. En occidente los sabios y hasta los hombres de pequeña cultura se quejan de que los ignorantes tengan dinero. «Pero no seamos egoístas—dirá un chino—. Los ignorantes no pueden proporcionarse los placeres del espíritu. Dejemos para ellos, entonces, los placeres del dinero. ¿Qué sería de los ignorantes si ni siquiera les dejásemos los placeres del dinero?».



Puede ser la reunión más humilde, el té más modesto, pero la cortesía primará siempre en el menor de los actos de sus participantes.

chino se permite el lujo de agonizar con una sonrisa, entornando un poco más sus ojos, ya de por sí entornados.

Mencio, el gran sabio, había dicho: «El hombre que ha visto vivos a los animales, no se complace en verlos morir. Después de haber oído los gritos de los animales pasados a cuchillo, no se resigna a comerlos». Pero el gran sabio no ignoraba que los hombres necesitan comer. Por eso aconsejó: «Convendrá, para evitar que la angustia nos condene a un continuo ayuno, que la cocina esté, en las casas, lejos de las habitaciones». Así no oiremos el grito de las gallinas degolladas y podremos comer su sabrosa pechuga.

Y nada ha cambiado en el transcur-

diferencia ante el dolor propio o ajeno, impasibilidad ante cualquier tragedia. El chino no tiene nervios, y eso le permite realizar cualquier acto con estoica naturalidad. Así son posibles hechos como el que refiere indignado Abel Bonnard. Pero Abel Bonnard se indigna porque es un europeo que no sabe dominar su «ch-i». El hecho está resumido en este diálogo:

—En estos últimos meses he ganado doce mil rublos—dice un chino de la frontera. (Estamos en el año 1920, cuando por la anarquía reinante en las provincias del noroeste los fusilamientos se sucedían sin interrupción).

—¿Cómo has podido ganar doce mil

# La esposa que se constituye en guardian de su marido termina por perderlo

por Kathleen Norris



«Es una viuda bellísima y graciosa que podría conquistar al hombre que quisiera. ¿Por qué ha escogido a mi marido? No lo sé».

QUE puede hacer una mujer cuando su marido, después de años de feliz matrimonio, se torna súbitamente desagradable, iracundo y crítico y no hace secreto de sus afectos van ahora a otra mujer. Con frecuencia, a los cinco, diez o veinte años de matrimonio, este fenómeno ocurre. En el caso es tan frecuente, que casi puede llamarse fenómeno. Cuando el hombre ha cumplido su misión, cuando es elegante y radiosa, la esposa y cuando otra mujer llega cerca del marido que despierta sus ilusiones de juventud y le hace sentir lo que creía del hombre, entonces lo inevitable ocurre.

El hombre se pone inquieto, irascible, iracundo; nunca se da cuenta de su propia irrupción en momentos de extraordinaria atención para los suyos. Los asuntos diarios de la casa ahora lo molestan y molestan en extremo. Lo único que le interesa son los encantos de otra mujer. El hombre en este estado de ánimo, aunque bueno, es capaz de hacer cosas crueles y estúpidas. No le parece injusto ni cruel, sugiere a la compañera de su vida, que se mejor que regresara a casa de la madre. Dice que los niños se beneficiarían del ambiente y ejemplo en casa de la excelente suegra, que es preferible a una persona desgraciada en la casa que no haría desgraciada a los niños.

El hombre puede llegar a hablar a su mujer de los encantos de la otra; lo buena y comprensiva que es, y como es absolutamente cierto que a pesar de que fue casado dos veces antes, sólo ahora él ha podido darse cuenta de que por primera vez ama de veras...

El hombre que sufre la mujer en estas circunstancias, constituye un triste capítulo de la historia que no se escribe en todos los países del mundo. Una escribe: «He sido una devota mujer durante

17 años. Tenemos tres adorables hijos. Lo esperé años para casarme con él, rechazando las atenciones de otros cuatro pretendientes. Hasta hace pocos meses no tenía yo la menor idea de que otra mujer se había cruzado en su camino». «Tengo 47 años, me escribe otra. Una edad en la cual ya ninguna mujer tiene el frescor que conquista a los hombres. Hemos tenido veinte años de matrimonio sin grandes alzas y bajas. Nuestro bello hijo murió a temprana edad; nuestra hija es muy delicada de salud. Todos necesitan a Tomás en esta casa, y sin embargo, parece que su único pensamiento hoy, es cómo librarse de nosotros».

«La mujer que ha estropeado mi hogar, me escribe una tercera, es secretaria en la oficina donde mi marido trabaja. El día que una viuda bellísima y graciosa, que podía conquistar al hombre que quisiera. ¿Por qué ha escogido a mi marido? No lo sé. Nos casamos poco antes de la crisis económica hace diez años; no tenemos hijos porque él pensó siempre que no teníamos una situación económica para afrontarlos. Dedicué mi vida entera a él. Lo iba a buscar a la oficina, salíamos de week-end juntos, tenemos un amable grupo de amigos, éramos grandes compañeros los dos. Cuando descubrí que me era infiel, creí que me moría. Confesó y lo perdoné. Prometió no hablar más a la otra mujer. Pero durante mi estancia de este verano, reanudó su amorio y ahora se muestra desafiante. No responde a mis protestas, simplemente me está abandonando para irse con la otra. Con todo, no me resigno a la separación. Si me divorcio, mi vida estará para siempre arruinada de todas maneras.

Son miles las cartas semejantes. Es duro decirlo, pero, por lo general, hay culpa de la mujer cuando el amor del marido es transferido a otra.

No es que ella no lo ame; no es que no le de hijos, No es que no lo mime y lo

atienda y le haga confortable el hogar. Tampoco es que haya perdido la belleza y la juventud, porque no es eso que retiene a los hombres y son muchas mujeres jóvenes las que me escriben sus cartas de esta naturaleza. Nueve veces en diez, cuando el hombre se deja atraer por otra mujer, es porque la suya le falta personalidad. No es una persona interesada en cien cosas como debe ser, música, teatro, amistades, los negocios de su marido, deporte, los hijos, la cocina, etc. Ha pasado a ser una especie de «guardian» de su marido. Quiere saber siempre en donde está o a donde ha ido, lo que desea y lo que piensa. Ella quiere gastar todo el dinero que él gana, y del cual nadie debe disfrutar. La enojan las noches que él pasa en el Club o va con sus amigos o juega a las cartas. Le está recordando una y mil veces que ella le entregó los mejores años de su vida, y que se ha sacrificado tanto tiempo en el mantenimiento de la casa. Está como una especie de amenaza de que si lo peor viene, él tiene que conformarse como ella sea. Le impone las relaciones que a ella le gustan y aleja las del agrado de él. Acepta invitaciones por él, sin consultarlo. Relata a sus amigas intimidades en que él no sale muy airoso. Telefona a la oficina y si ocurre que él no está ahí, ya hay caras largas o reproches para la hora de la comida. A ningún hombre le gusta esto; no hay uno que pueda soportarlo eternamente. La mujer inteligente se maneja de otra manera para conservar y acrecentar el amor de su marido cuando todavía existe en vez de tener que rehacerlo o reconquistarlo cuando ya se ha perdido.

Y una vez producido el caso de las cartas antes citadas, la mujer inteligente se abstiene de dramatizarlo; no lo abruma a preguntas y reproches; toma las cosas como una nube pasajera. Se viste lo más elegantemente que pueda. Se muestra contenta y dedicada como nunca a su casa y a sus hijos, con ellos rehace una

vida de hogar. Y en vez de llorar y de amargarlos cuanto preguntan por su papá les dice que ahora tiene que estar ausente con más frecuencia, pero que ya pasará. Así se le deja ver al marido que todo está listo en su hogar para volver a la vida feliz de antes, en vez de notificarle que todo está roto para siempre y sin remedio lo que ata más a la pasión pasajera con la otra mujer. Esto lo hace la mujer inteligente no con palabras sino con actos.

La infidelidad no es la más seria de las ofensas, y faltas en la vida matrimonial de un hombre. Hay que perdonarlas si con eso se salva la felicidad del hogar. Por lo demás, la esposa inteligente sabe que el secreto de la tranquilidad del matrimonio está en no mostrar jamás que cosa alguna que hace su marido tiene importancia suficiente para alterar fundamentalmente la vida.

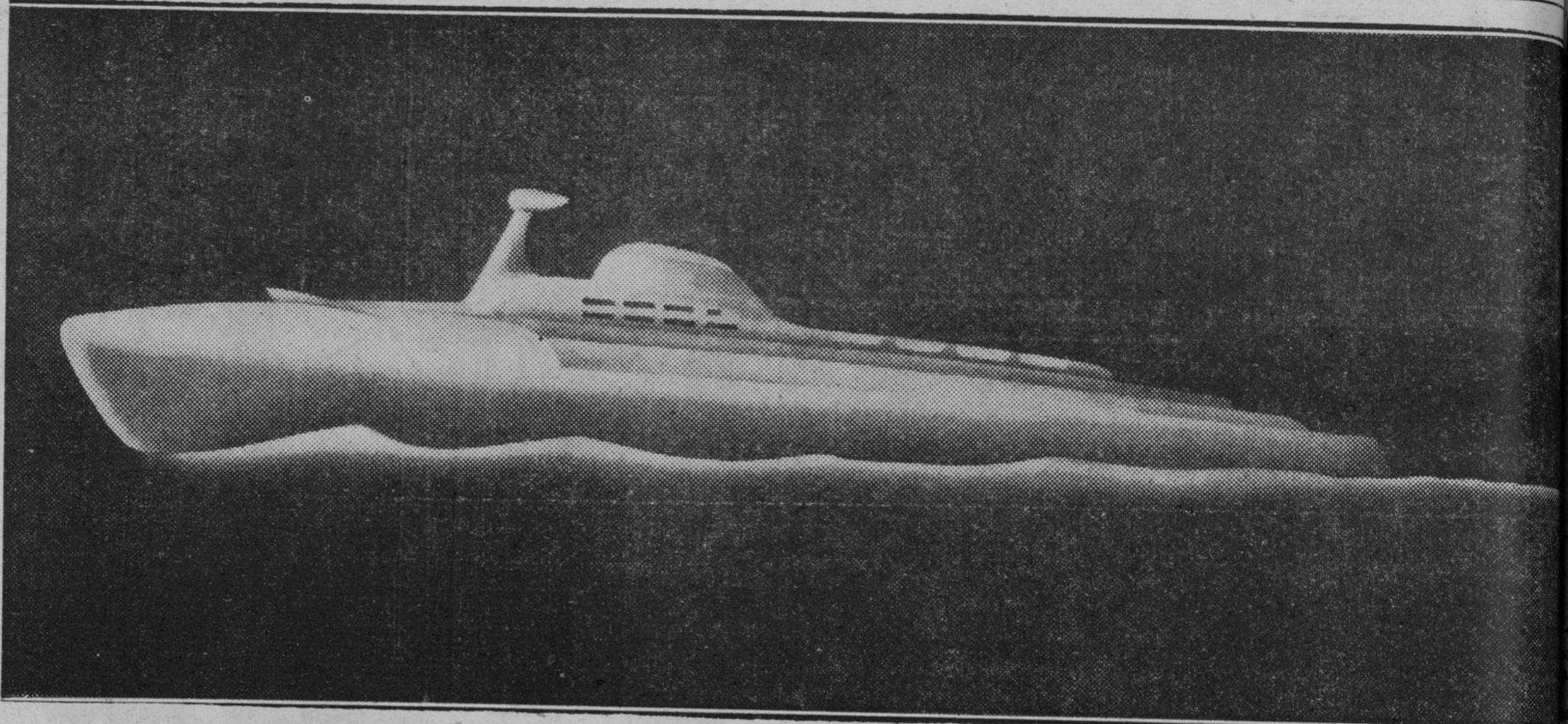
## COMO PROGRESA EL MUNDO

### PARA TALADRAR CRISTAL

A una lima vieja del grueso del taladro que se desee hacer en el cristal, se le afilan muy bien los dos extremos. La lima así preparada se puede poner en un berbiquí de carpintero.

El cristal que haya de taladrarse se coloca sobre la superficie lisa y plana y se pone un paño debajo del sitio donde vaya a abrirse el agujero. Con un poco de masilla se forma sobre el cristal un anillo en torno del sitio del taladro y el espacio que queda en el centro se llena de trementina.

Así preparado, se aplica la lima puntiaguda montada en el berbiquí y se hace girar como si se estuviera barrenando madera, dando poca presión. De este modo se consigue abrir un taladro perfecto en cualquier cristal por grueso que sea.



Un trasatlántico del futuro. Se exhibirá en la Feria Mundial de New York, y debido a los últimos progresos técnicos a nadie sorprende su original forma.

(Versión especial para DIARIO DE LA MARINA)

**L**a profecía se convierte por primera vez en un instrumento del Estado. Profecía científica y práctica, previsión del progreso industrial. He ahí lo que un sabio americano, el señor Gilfillan expone en un expediente presentado en el 75 Congreso sobre las Técnicas, celebrado en los Estados Unidos.

¿Se puede predecir?

La experiencia nos responde con la afirmativa. Naturalmente, la profecía científica hace poco caso de Julio Verne, y de sus viajes absurdos en el cielo; sus máquinas para volar no tienen nada de común con nuestros aviadores. Julio Verne envía sus submarinos a profundidades absurdas sin tener en cuenta la presión de las aguas.

M. Wells es algo mejor; predijo no sólo el avión y el tanque, sino también otros muchos progresos técnicos. Pero la mayoría de sus predicciones son sociales y en este aspecto el señor Gilfillan no nos predice nada. Los verdaderos profetas científicos



El escritor inglés H. G. Wells, uno de los más apasionados cultivadores de la profecía.

consiguen adivinar veinte años antes con **tres o cuatro quintas partes de los resultados verificados**. Así, podemos adivinar el equipo de un hombre dentro de veinte años, con mayor veracidad que el tiempo que hará mañana.

Por ejemplo en 1906, un inglés el Barón Rusell ofreció un grupo de predicciones, de las cuales, el 74 por ciento han sido realizadas. Algunos dirán que no es fácil equivocarse si las predicciones son vagas. El señor Gilfillan nos demuestra hasta que punto una profecía sería entra en el detalle de la realización. En 1913 estudiaba la cuestión de los paquebots. La opinión pública estimaba en aquel entonces, que se había llegado a la última palabra del progreso, o bien que los navíos continuarían agrandándose, hasta llegar a un kilómetro de largo. El señor Gilfillan declaró que los navíos continuarían engrandeciéndose hasta 1935. A partir de esta fecha—dijo en aquel tiempo el susodicho sabio americano—las necesidades de la velocidad empezarán a hacerse sentir lo mismo por aire que por tierra; la dimensión ventajosa de los navíos no so-

brepasará de 350 metros. Las últimas construcciones, los vuelos trasatlántico le han dado la razón. El señor Gilfillan está menos orgulloso por haber adivinado en 1912 el cine hablado, puesto que en ese momento era ya posible en teoría, puesto que existían el cine y el gramófono.

La más brillante predicción técnica hecha hasta ahora, fué la de un grupo de ingenieros americanos, los señores Lescahoura, Walker y Bird, en 1920. El 78 por ciento de sus profecías han sido cumplidas.

Sin embargo, hay un aspecto de las predicciones donde todos los hombres se han equivocado y en cuyo aspecto todos han recibido un mentis por la mano inexorable de los acontecimientos. Este aspecto es la guerra.

Hace medio siglo, en un libro serio, el Almirante Remble, intentaba prever los próximos progresos de su especialidad: la guerra naval. Hizo once profecías apoyadas todas por esquemas sólidos sobre sus conocimientos de ingeniero y de hombre de guerra... De esas profecías, ninguna

ha sido verdaderamente verificada sola, (sobre la aplicación de la ciencia en la maniobra), ha sido por mitad.

Algo más paradójico aún: el más justo de profecías sobre la guerra fué expuesto por un humorista llamado Robida. El 27 de octubre en el periódico «Caricature», Robida hizo esas bromas, que debían ser: el tanque, los gases y las carabinas, los submarinos, los progresos de la aviación, las piezas pesadas sobre vías, los aviones, la aviación de moción telegrafando a tierra, la artillería anti-aérea, la torpilla aérea, etc. Desgraciadamente en la guerra se ca a manera de verificar las teorías de Robida.

En todo caso, y como los profetas pueden adivinar, el señor Gilfillan pone desde ahora, la creación de un grupo de profetas al servicio del Estado. ¿Para qué servirán? Estos rendirán buenos servicios. El Estado tiene muchos, construcciones, empresas, que de ser útiles durante docena de siglos. Es pues necesario que estas construcciones se adapten por anticipación a los progresos del porvenir.

Por ejemplo, si el Canal de Suez hubiera sido construido sólo para los navíos existentes en aquella época, habría sido necesario rehacerlo quince años tarde. Pero se habían previsto más de 35,000 toneladas, y he aquí porque se hizo así.

¿Quiénes serán nuestros profetas? Necesario dice el señor Gilfillan, que se busquen hombres al corriente de las últimas técnicas. Por esto que generalmente los descubrimientos son la aplicación a una industria de los descubrimientos hechos en otra. Esos hombres vigilarán en los descubrimientos teóricos todo aquello que corresponde a una necesidad y todo aquello que no pidiendo energía, debe realizarse un día por venir.

Pero sobre todo, dice el señor Gilfillan, hay que evitar que los ingenieros encargados de predecir, sean inventores al mismo tiempo.

Puesto que si hay un medio de predecirse cuando se quieren hacer profecías es prever el porvenir de sus propias ideas.

# JAJA, la ciudad de NOE



Las calles de Jafa permanentemente se ven egitadas por luchas entre sus habitantes judíos y árabes. Pero, «nada podrá destruirla». El mercado de Jafa, al aire libre, primitivo, donde las transacciones se efectúan aún en la misma forma que en los tiempos bíblicos.

IOS se apiadó de Noé, y le ordenó contruir el arca. Así se habría salvado la especie humana, gracias al arca que Noé, según la tradición, construyó en la

de Jafa. Ahora, en el mercado de Jafa —mercadito primitivo, al aire libre, donde las transacciones se efectúan como en los tiempos bíblicos— ha estallado una bomba. Ochenta o cien víctimas; no sólo hombres, sino también mujeres y niños. Las víctimas eran árabes. Supuso que la bomba había sido arrojada por manos judías. Y pocos momentos después, cuando los árabes milagrosamente salvados reaccionaron del pánico con más víctimas; también hombres, mujeres y niños, aunque de otra raza.

Y el mundo se conmueve! ¡Terror en Jafa! ¡Terror en la ciudad donde construyó su arca! ¡Terror en la ciudad que albergó al salvador de los hombres y de los animales en los días del diluvio! ¡Terror en Palestina! ¡Terror en los lugares donde Jesús predicó el evangelio que ordena ofrecer la otra mejilla! ¡Una bomba en la ciudad donde San Pedro tuvo la visión que simboliza la conquista del mundo por los humildes pescadores que siguieron a Jesús!

Pero el mundo se conmueve porque la gran virtud, la generosidad del salvador. Jafa, la ciudad donde Noé construyó su arca, no puede conmoverse aunque se conmuevan sus habitantes y conmueva el mundo. Porque en esta ciudad siempre ha reinado el terror. Jafa, conoció durante todos los siglos de su vida, la matanza, el fuego, el cuchillo y el pillaje.

Hasta Jafa llegaron un día los romanos que necesitaban convertir el Mediterráneo en un simple lago interior de su imperio.

Y los romanos, destruyeron la ciudad. Pero la ciudad fué reedificada. Y vino después hasta ella los musulmanes, que por el Sur bordeaban la costa de África, para internarse en España, y cruzar los desfiladeros pirenaicos hasta llegar a la tierra de Francia, y por el Norte siguiendo la arteria del Danubio hasta el corazón de Europa.

Y los musulmanes destruyeron a Jafa. Pero vinieron los cruzados, que que-

rían conquistar para la Edad Media cristiana, el Santo Sepulcro. Y la ciudad conoció el terror de la guerra, y del hambre y del fuego. Y vinieron los sarracenos.

Y la ciudad fué destruída.

Y un santo quiso reconstruir la ciudad. Pero vinieron los hombres del sul-tán.

Y la ciudad fué arrasada e incendiada.

Y vinieron los franceses.

Y la ciudad fué sometida a pillaje y cuchillo.

Y vinieron otra vez los árabes. Y la ciudad fué devastada. Y vinieron los in-

la cual, en los días del diluvio, se salvó la vida del hombre, la del pez y la del pájaro?

Jafa era, además, la ciudad que comunicaba a Jerusalén con los caminos del mar. Nada podrían los hombres contra Jafa, porque Jafa era, en las orillas del Mediterráneo, un centinela del Santo Sepulcro. El destino de los centinelas es gritar «¡Alto!», hasta recibir un día la bala en la frente; pero como en

mo habían muerto otras ciudades que el hombre creyó eternas. Inútil es, entonces, la bomba que ha estallado en Jafa, como fueron inútiles el hombre y el fuego, el pillaje y la matanza a que la ciudad se vió sometida a través de los siglos. El terror es inútil; sin embargo, Jafa tiene que seguir conociendo el terror. El destino de Jafa es ése: pagar el delito de haber permitido que Noé contruyese el arca.

¿Por qué, en verdad, dió albergue al hombre que ha hecho subsistir la especie humana? ¿Por qué le dió la madera para construir el arca?? Esas maderas tuvieron después otro destino. Venían del interior de Palestina y Jafa ofreció más tarde su puerto para que las maderas fuesen embarcadas. Era la madera de los sicomoros resistente a la humedad y al tiempo, y estaba destinada a los egipcios. El pueblo faraónico, que conocía la historia del diluvio, eligió la madera de los sicomoros para construir los ataúdes en que quedarían protegidos los cuerpos ya embalsamados. Jafa entregó a Noé la madera para el arca que permitiría el nacimiento de nuevos hombres. ¡Y entregó la misma madera para los muertos! Por eso Jafa fué conociendo el terror del fuego, del cuchillo, y ahora de las bombas. ¿Cómo no creer que el destino de Jafa es un símbolo?

Terrible, misterioso símbolo, porque Jafa, la ciudad de la guerra y de la muerte, es la puerta que conduce a Jerusalén. nombre que significa ¡Herencia de paz! Para defender la herencia de paz, Jafa tuvo que convertirse en botín de guerra.

A media hora de Jafa, está el sepulcro de Cristo. A media hora de Jafa, está el muro de las lamentaciones. A media hora de Jafa está la montaña donde Mahoma se remontó al paraíso de las huríes. A media hora de Jafa está la columna que los fieles llaman «el centro del mundo».

Judíos, mahometanos, cristianos, ven en Jerusalén una ciudad santa: El Kods. Cristianos, mahometanos, judíos —y otros que no son ni judíos ni mahometanos ni cristianos— han venido matándose por la posesión de la ciudad santa y del «centro del mundo»; por la posesión de los montes de olivos; por la posesión de los lagos donde Jesús decía acercándose a los pescadores: «¡Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres!»; por la posesión de las colinas donde crecen los sicomoros, cuya madera sirvió para construir el arca destinada a los vivos y el ataúd destinado a los muertos.

Jafa está a media hora del «centro del mundo». En Jafa ha estallado ahora una bomba, y estallarán otras. Porque Jafa necesita sufrir para que la ciudad santa se salve. Jafa necesita cumplir su eterna condena al horror de la guerra entre los hombres. Jafa seguirá sufriendo, para que en Jerusalén los cristianos y los no cristianos se dediquen a meditar sobre estas palabras que Dios le dijo a Noé cuando le mando construir el arca:

—« Ha llegado el fin... La tierra está llena de iniquidad. ¡Yo los destruiré! ¡Todas las cosas que hay en la tierra perecerán!

## Jafa, la Ciudad cien veces arrasada y otras tantas reconstruída, continúa sufriendo su sangriento destino

gleses, los austriacos, los turcos.

Y volvió a ser arrasada e incendiada.

La ciudad fué así destruída cien veces, y cien veces milagrosamente reconstruída. Los hombres no podían suprimir el nombre de Jafa. Jafa era un nombre que no estaba escrito en las arenas del desierto. Un nombre así, imborrable, tenía que estar escrito en el cielo. ¿Cómo era posible que quedase destruída para siempre la ciudad donde según la tradición, Noé construyó el arca gracias a

las leyendas el centinela de Jafa resucitaba para montar guardia otra vez.

¿Vanos serían todos los esfuerzos para destruir a Jafa? ¿No podría quizá destruirla un cataclismo geológico? También la naturaleza quiso destruir la ciudad. Jafa fué derrumbada por un terremoto.

Pero Jafa se levantó nuevamente.

¡Era inútil querer castigarla, porque había dado albergue al hombre que construyó el arca, donde se salvó la especie humana! Jafa no se resignaba a morir co-



Una vista de Jafa, la ciudad donde, según la tradición, Noé construyó su famosísima arca. La ciudad que nada ni nadie parecen poder destruir...

## De las maravillas que vió el famoso veneciano en sus viajes por el Asia

**C**ORRE por el mundo un interesantísimo libro, «Los viajes de Marco Polo», en que se narran, con todo detalle, los arriesgados viajes y exploraciones que realizó en el siglo XIII, por todo el continente asiático, el celeberrimo caballero cuyo nombre hemos estampado en el título de esta nota. Bien quisiéramos traer aquí una minuciosa relación de aquellos viajes, mas el espacio de que disponemos limita grandemente nuestro propósito. Contentémonos con recoger del precioso volumen aquellos hechos y particularidades que nos parezcan más peregrinos, en la seguridad de que hallará el lector, en estas líneas, curiosidades a granel, pues no en balde el libro de Marco Polo está considerado como uno de los documentos más sorprendentes sobre los usos y costumbres de los pueblos asiáticos de la Edad Media.

Antes de perdernos en la fabulosa selva del relato en cuestión, acaso no esté de más hacer una breve biografía del intrépido personaje.

### NOTICIA SOBRE LA VIDA DE MARCO POLO

Nace Marco Polo en Venecia en 1255. Era hijo de Nicolás Polo, quien, en unión de su hermano Mateo, emprendió un viaje por Oriente, meses antes de ver la luz su vástago. Después de recorrer los viajeros Bolghari, Bujara y otros puntos ya en el Asia, visitaron a Cublai Khan, el conquistador mongol de la China. Este príncipe los colmó de atenciones y les encargó visitaran al Papa en su nombre, para suplicarle enviara a Mongolia a cien doctores bien instruidos en la religión de Cristo, con el fin de destruir la idolatría en aquellas razas. Volvieron los Polo a Venecia en 1269, no pudiendo realizar el encargo del Gran Khan por hallarse vacante, a la sazón, la silla pontificia. Marco, que rayaba entonces en los quince años, quedó tan sorprendido con lo que los viajeros referían que solicitó de su padre la merced de acompañarlo en su segunda expedición. Y en 1271 se hicieron a la mar los tres hombres, llegando cuatro años después, tras no pocas peripecias, a la ciudad de Clemeinfú, donde residía el poderoso monarca.

Nuevas muestras de deferencia y cariño hacia los viajeros por parte del príncipe Marco se gana pronto la ilimitada confianza del señor, y aquí dan comienzo sus largas caminatas a través de los reinos y estados del Gran Khan, siempre acompañado de los suyos. En posesión de diversas lenguas orientales, el joven Polo pasa a Annam (1277), a Mien, Bengala y otras provincias del Mediodía y Oriente chinos. En 1280, lo vemos de gobernador del territorio de King-sse. Dos años después, está en Pekín, en los días, justamente, de la conspiración contra Ahama, personaje siniestro, encargado de la hacienda de aquel Estado. Marco Polo toma parte en la expedición contra el imperio de los nipones, y, en 1284, el Gran Khan confía a los tres exploradores la delicada misión de llevar desde Cochinchina a la corte de Persia a una princesa mongola, llamada Congatra, que iba a ser esposa de Argun.

La navegación desde el mar de la China al golfo pérsico fué muy peligro-

1271  
1295



# VIAJES Y AVENTURAS DE MARCO POLO

sa para los viajeros pero gracias a las tablas de oro de que les proveyó el soberano, con órdenes para sus magnates, pudieron los venecianos cumplir su cometido. Desde Persia pasaron a Armenia, y desde aquí, por Trebisonda y Constantinopla, regresaron a Venecia en 1295, después de una ausencia de veinticinco años.

Vestían los animosos varones, cuando pisaron de nuevo su tierra, unos toscos vestidos, a la usanza tártara, y si a esto se añade que habían olvidado casi por completo su lengua, se comprenderá fácilmente que sus parientes y amigos los desconocieran, tomándoles por unos aventureros. Pese a este recibimiento nada cordial, Nicolás, Mateo y Marco se instalaron, provisionalmente, en su antigua casa, donde hablaron de ofrecer un banquete a sus deudos. El día de la comida, se presentaron los Polo a sus huéspedes aderezados con riquísimas vestiduras, color carmesí, hechas a la manera oriental. Antes de servirse los manjares, cambiaron estas galas por otras de damasco, aun más espléndidas, y a la mitad del ágape se retiraron para aparecer de nuevo a poco, con lucidísimos arreos, a la moda veneciana de entonces. Lo mismo los primeros trajes que los segundos, fueron repartidos entre los criados.

—¡Cómo!... ¿Es tanta vuestra riqueza que así os desprendéis de capas y terciopelos tan costosos?...

—Esperad un instante y juzgad por vosotros mismos.

Y haciendo traer allí las pobrísimas vestiduras tártaras con que se presentaron en Venecia, cada uno rasgó las suyas con un puñal, y fué de ver la lluvia de esmeraldas, zafiros, rubíes y diamantes que salió de forros y costuras, tesoro que deslumbró a los presentes.

—Si hubiéramos traído todo esto a la vista, tened por seguro que nos hubieran matado en el camino para robarnos.

«Los convidados—escribe Ramusio—se llenaron de estupor, y entonces conocieron claramente lo que al principio habían dudado: que aquellos eran en verdad los honrados y valerosos caballeros Polo, por lo que los trataron con gran respeto y reverencia».

Al divulgarse el hecho por la ciudad, grandes y chicos vinieron a rendir pleitesía a los opulentos señores, quienes recobraron sin más trámites su vieja mansión, que se llamó desde entonces "Corte dei milioni", esto es, palacio de los millones.

Al estallar, poco después, la guerra entre Venecia y Génova, Marco Polo armó por su cuenta una galera que fué a unirse a la escuadra veneciana. Marco cayó prisionero en el golfo de Layas, y, en la tristeza de su cabaloz, dictó el libro de sus viajes a Rusta Pisano, su compañero de cautiverio. Puesto en libertad en 1298, hiciéronse del libro numerosas copias, que dieron a su autor el gran renombre de que todavía goza. Murió en Venecia en 1323, a la edad de sesenta y ocho años, mereciendo de

sus paisanos el título de «primer ciudadano de la República».

Mucho se ha discutido sobre la ciudad o fantasía de los viajes de Marco Polo. Hoy ya no duda nadie de su plena realidad, habiendo servido ella para la formación de cartas y mapas que se delimitan y estudian los ses del Asia Oriental. Las exploraciones del ilustre veneciano prepararon, además, los dos mayores descubrimientos geográficos de la época moderna: el Cabo de Buena Esperanza y América. Notorio es que Colón pensó en ir a las Indias orientales, esto es, a la prolongación de Cathay, o sea China, navegando hacia Occidente, si no Marco Polo descubrió primero, las tierras e islas de la parte oriental de Cathay.

Y conocida ya la vida del héroe, traigamos aquí algo de lo mucho que contiene en su libro, espigando aquí y allá, y respetando, en lo posible, su orden cronológico.

### DEL ZAPATERO TUERTO QUE SE MOVIERA UNA MONEDA

Cuenta Marco Polo que en 1275, en la gran ciudad de Bagdad, había un zapatero tuerto que se movía a la muerte a los cristianos. Este zapatero pugnaba porque todos los hijos de su reino que profesaban la fe de Cristo, se convirtieran a la doctrina del Islam, pero por más que hacía no llegaba a su propósito. El califa y sus sabios

contraron en el Evangelio esta máxima: «Si un cristiano tiene tanta fe como un grano de anís, obtendrá de Dios, con su oración, que se junten dos montañas». Leer esta máxima el sarraceno y estallar de júbilo, todo fué uno.

—He aquí el gran pretexto—se dijo— Reuniré a los cristianos, y, o hacen que las montañas se muevan, como en la Escritura se dice, o perecerán todos bajo mis armas.

Y reunió sin más tardanza a los cristianos y les leyó aquellas palabras del Evangelio.

—¿Es esto verdad?

—Verdad es—le respondieron los congregados.

—Bien. Os ofrezco una alternativa—añadió el califa—Puesto que sois cristianos, algunos habrá de vosotros que tenga un poco de fe. Si antes de diez días no conseguís con vuestras oraciones que se mueva esa montaña (y señaló una que se veía desde su palacio) os condenaré a todos a muerte, a menos que os convirtáis a la ley de Mahoma, que es la fe verdadera.

Dicho esto, el califa disolvió la reunión.

Excuso decirlos la tribulación y tristeza que cayó sobre los adoradores de Cristo. Juntáronse en consejo arzobispos, obispos y sacerdotes y todos resolvieron entregar el arduo negocio a la alta voluntad del Altísimo, para lo que pusieron a orar día y noche, a fin de conseguir el divino apoyo. Al octavo día, un ángel del Señor se apareció a un obispo para decirle:

—Buscad a un zapatero de la ciudad, que no tiene más que un ojo, decidle que rece y la montaña cambiará de sitio.

El zapatero era hombre casto y lleno de virtudes. La pérdida de su ojo sucedió de esta manera: Un día llegó a su tienda una hermosa dama a comprarse unos chapines. El zapatero quiso verle el pie para saber qué calzado le sentaría mejor. Al enseñarle el pie la dama, alzó su vestido un poco más de lo prudente, y el zapatero admiró, sin querer, una hermosa pierna, que le cansó un extraño deleite. Y recordando que en el Evangelio está escrito que «el ojo que os hiciere pecar hay que destruirlo para que no os haga pecar de nuevo», tomó una lezna y allí mismo se vació la pupila, para cumplir con el santo precepto de las Sagradas Escrituras.

Este era el limpio varón a quien buscaron los cristianos para que sus plegarias hicieran el milagro que el califa les exigía. Y, en efecto, al cumplirse el plazo concedido, más de 100.000 creyentes, entre hombres, mujeres y niños, se fueron en procesión a la falda de la montaña, donde ya estaba el califa con sus sabios y dignatarios. Se arrodillaron los cristianos delante de una cruz, y fué entonces cuando el zapatero juntó sus manos e imploró del Señor el gran prodigio. Y acabado que hubo de rezar, la montaña empezó a agitarse, como sacudida por un terremoto. Así que vieron esto los árabes, se llenaron de maravilla y muchos de ellos se convirtieron. El califa adoró en secreto, desde entonces, la cruz del Redentor, por lo que no fué enterrado, a su muerte, en la tumba de los demás califas, sino en lugar apartado.

## DE LA TORRE LLENA DE ORO DEL REY DE BAGDAD Y DE LO QUE PASO EN ELLA

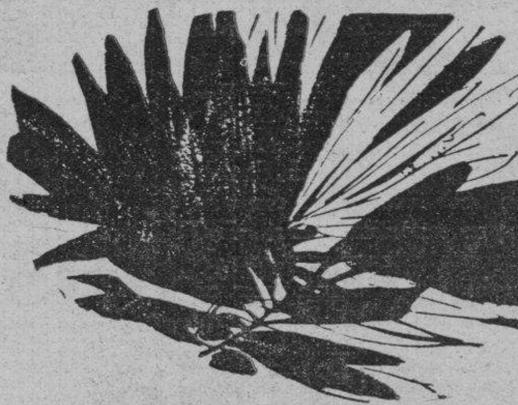
También refiriéndose a Bagdad, cuenta Marco Polo esto que vais a conocer ahora. Dice que en 1290, Alan, el gran señor de los tártaros, resolvió marchar con sus ejércitos sobre la gran capital, con su cabeza del islamismo, en Oriente. Bag-

dad era entonces la ciudad más noble y poderosa de la región. Alan la sitió con sus huestes y a los pocos días la tomaba por asalto. Una vez dentro de la plaza, encontró que el califa tenía en su palacio «una torre llena de oro, plata y otros tesoros, tales que jamás se vieron reunidos en un solo lugar». Asomado ante aquellas riquezas, Alan llamó al califa y le dijo:

—¿Para qué guardaban todo esto? ¿Acaso no sabías que yo era tu enemigo y que venía a conquistar tus estados? ¿No hubiera sido mejor que repartieses estos tesoros entre tus caballeros, para que así defendiesen mejor la ciudad y tu persona?

El sarraceno no supo qué contestar a esta palabras.

—Veo que tu gran amor es el oro—añadió Alan—Pues bien, voy a darte a comer de él. Y sabe que ninguna otra cosa comerás más en tu vida.



Y encerrándolo en la torre de las riquezas, ordenó que no se le diera alimento alguno, por lo que murió al cuarto día del encierro. Y este fué el último califa de Bagdad.

## DEL HIJO DEL REY QUE NO QUISO REINAR Y FUE PURO

Así que arribó Marco Polo a la famosa isla de Ceilán, al sur de la India, escaló una altísima montaña que hay allí, y, cuando se vió en la cima, llamó a la atención un monumento que se alzaba en aquellos parajes.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Esta es la tumba de Adán, el primer hombre sobre la tierra—le respondieron.

—No hagas caso—le aclaró uno de sus guías—Este es el sepulcro del príncipe Sergamoni, aquel que fué casto y humilde y no quiso en su vida ceñir coronas ni gobernar los Estados de su padre y señor.

Y al querer Marco Polo conocer la historia de este príncipe, se la contaron, más o menos, como os la vamos a referir nosotros.

Sergamoni, hijo de un poderoso rey de Ceilán, era de carácter tan sencillo que mil veces dijo a su padre que jamás ceñiría la diadema de la majestad. El rey, que no tenía más hijo que él, oía esto conturbado y pesaroso, esperando que el tiempo modificase aquel designio. Pero el príncipe se mantenía firme en su aversión a la realeza, por lo que el padre montó el cólera y le amenazó con abdicar la corona, para que, prematuramente se viera su hijo en la obligación de gobernar a su pueblo.

—Es inútil, padre mío—protestaba el doncel—, no he nacido para regir a nadie y sí sólo mis propios destinos. Déjame en mi recato y humildad.

Pero el padre no atendía a razones, ilusionado como estaba de ver pasar el cetro a manos de su único vástago.

—Señor—le aconsejó un magnate—, procurad que el príncipe tome apego a las cosas de este mundo, en vez de pensar sólo en las maravillas del otro, y ya

veréis cómo, a la postre, consiente en su cederos.

—Buena idea. Ayudadme a realizarla.

Y entre el consejero y el rey rodearon al joven de cuantas bellezas y sugerencias cabe imaginar. Levantaron un espléndido palacio, en una playa magnífica y, encerraron en él al mancebo, haciendo que le sirvieran hasta 300 doncellas, a cuál más hermosa y ataviadas con los brocateles más lucidos. Estas jóvenes no tenían otra misión que la de alegrar las horas del príncipe. Le servían en la mesa, danzaban y cantaban. Hacían música, quemaban perfumes, y las más espirituales recitaban viejas poesías hindúes, donde se cantaba al amor y sus deliquios incomparables...

El príncipe contemplaba todo aquello con ojos de indiferencia, y sólo con el halago de la música parecía exaltarse su juventud, dormida e insensible para los demás hechizos.

Un día salió a caballo por los alrededores de su palacio, y hete aquí que sus ojos distinguieron, junto a una choza, a un hombre muerto. El rey había tenido buen cuidado de que su hijo no conociera ninguna de las miserias de este mundo. Por lo tanto, ignoraba qué cosa fuera la muerte, así como la enfermedad y el dolor.

—¿Qué es esto?—preguntó a su escorta, a la vista del difunto.

—Es un muerto, señor.

—¿Cómo? ¿Todos los hombres mueren?

—Todos.

El príncipe no dijo más, y siguió caviloso su camino. Más adelante, acertó a ver a un anciano, que apenas si podía valerse, con la boca desdentada por la edad.

—¿También así envejeceremos todos?

—También, señor.

Guardó silencio de nuevo el mancebo. En su espíritu, conturbado por las dos trágicas visiones, comenzó a surgir una inclinación ascética. Volvió a su residencia con una sombra de tristeza en el rostro y procuró rehuir el trato con todo el mundo.



Ante la pesadumbre de su augusto padre declaró que dejaría la pompa del palacio y los fáciles placeres de aquella vida fastuosa y amable para buscar, en la soledad de las montañas empinadas y salvajes, paz para su alma.

Y así lo hizo el príncipe poco tiempo después. Sus atribulados servidores encontraron un día vacío su cuarto. El doncel había cumplido su propósito, ausentándose a un paraje lejano y solitario donde vivió en la honestidad y la abstinencia hasta que el Señor fué servido de llamarlo a su señor.

El rey, que desde la fuga del príncipe buscaba, incansable, las huellas del mancebo, encontró al fin, en una de sus largas cabalgatas, el cadáver del hijo.

Lleno de remordimientos y de amargura, el anciano monarca dió sepultura a los restos de su hijo en la cima de la montaña de Ceilán, levantando allí, en homenaje a sus altísimas virtudes, el magnífico monumento que viera Marco Polo.

Y éstas son, bosquejadas con la limitación que el espacio nos impone, algunas de las maravillosas aventuras de Marco Polo.

Han transcurrido ya unos cuantos siglos desde que tuvieron lugar sus famosas exploraciones en el mundo misterioso y sugestivo del Asia. Pero la evocación de su vida y hazañas es ahora no solamente motivo de inspiración de novelistas y de emulación de espíritus aventureros, sino también venero de emociones.

Y es así como la figura romántica del arrojado e inquieto viajero veneciano Marco Polo ha salido del relato, casi legendario ya, para volver a maravillarnos con las aventuras de su vida en ese lienzo donde se hacen realidad todos los sueños y todos los horizontes, que es la pantalla cinematográfica.

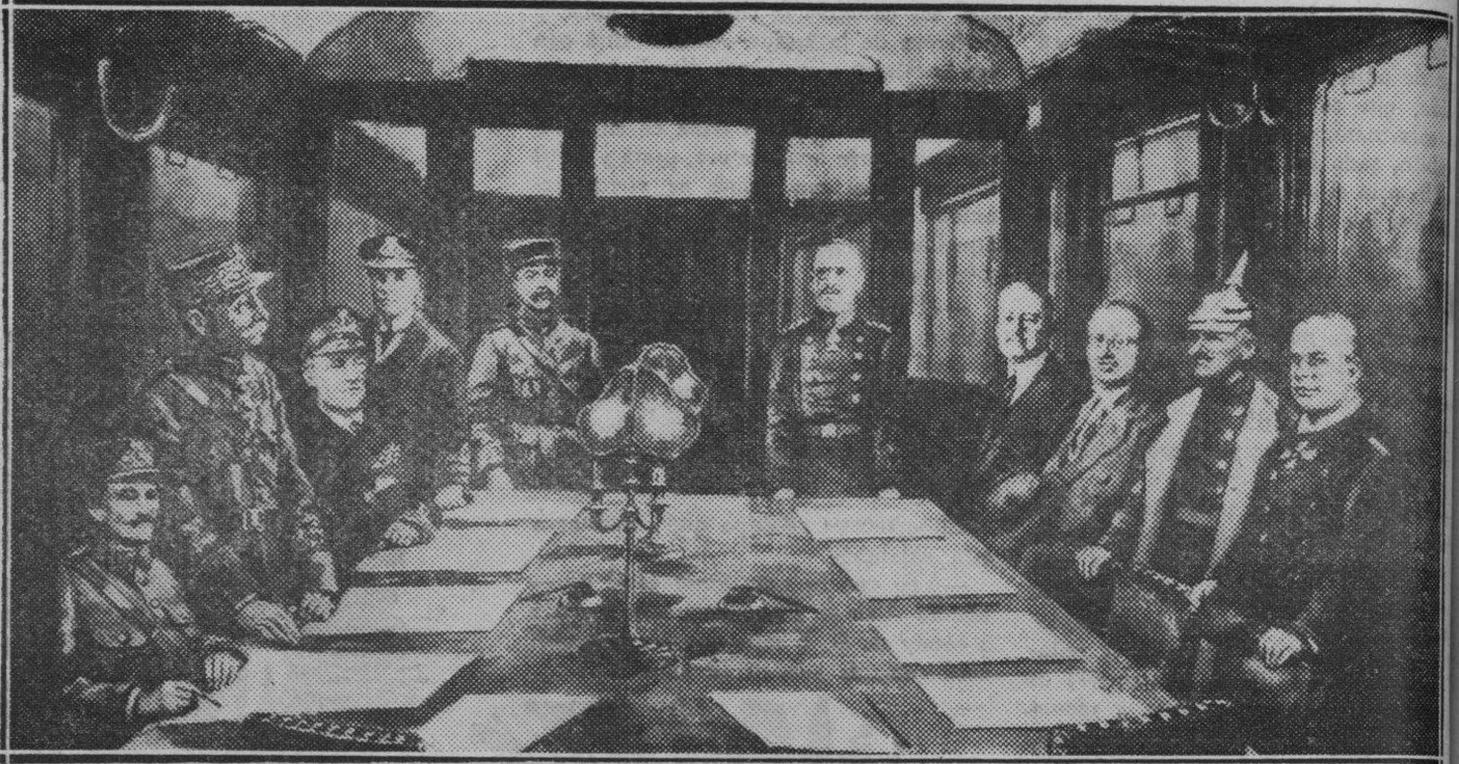
De esa manera reinicia Marco Polo un nuevo viaje por el mundo. Un viaje que jamás imaginó...

Carlos MALTON

**E**SCRIBO estas líneas pocas semanas antes de cumplirse los primeros veinte años de la firma del Armisticio, y pocos días después de haberse firmado en Munich el rápido acuerdo que ha evitado el tétrico segundo tomo de la tragedia que hace cuatro lustros terminó en el histórico polígono del Bosque de Compiègne.

El 11 de Noviembre de 1918 y el 29 de septiembre de 1938 son dos fechas gemelas en la historia de las grandes emociones. Aquella puso fin a la guerra más terrible que haya conocido el mundo; ésta ha evitado una nueva matanza incalculable y el práctico final de una civilización milenaria. Aquella simboliza el dique opuesto al triunfo de la fuerza aherrrojando al derecho; ésta encarna en tesis general, la victoria del derecho derrotando por una vez a la fuerza. Aquella corta el río de sangre, ésta evita que comience. Y los hosanas que hace veinte años se elevaron en todos los pechos ante la pesadilla que termina, se han repetido hoy, con el mismo anhelo frenesí, al saber el peligro conjurado. Las Cancillerías han logrado enmudecer a los cañones. Las espadas no han salido de su vaina. Los jinetes del Apocalipsis descienden de sus hórridas cabalgaduras. El Arco Iris luce la policromía de sus colores en los tormentosos cielos de Europa Central. El insaciable gavilán de la guerra deja paso a la blanca paloma de la paz. El siglo XX acaba de realizar su gran conquista, impidiendo que la desolación y la metralla sean la base en que descansen los resultados épicos.

Yo, que nunca he vivido la verdadera guerra, conozco ahora lo que es la paz. Esta última inolvidable semana del mes de septiembre en que Europa ha sentido toda la gama del dolor, pasando de los pesimismo más hondos a las alegrías más jubilosas, fija en el alma una verdad que no admite excepción: nada puede justificar la guerra. Yo he visto a las mujeres sollozar en las calles; a los hombres, ocultando la emoción sobre las aceras de los boulevares, hundir sus rostros en los cuellos levantados de sus sacos; a los niños sin saber por qué, llorar también al ver la tragedia y las lágrimas pintadas en los semblantes de los mayores; caer desvanecidas a algunas señoras al leer los blancos y sobrios cartelones fijados por doquier decretando la movilización; yo he visto a los franceses, arrancados de sus ocupaciones de la noche a la mañana para convertirse en carne de cañón, todavía con sus trajes de paisanos y con el fusil en ristre, cantar la Marsellesa en la Estación del Este al tomar los trenes que habrían de llevarlos a los cuarteles de las fronteras; he visto repartir sacos de arena en todas las casas para defenderlas de los bombardeos aéreos; he sabido lo que es París en la noche sin focos eléctricos y con sus boulevares desiertos; he contemplado a la Policía deteniendo a los automovilistas e incautando de sus máquinas; he asistido a una función en el «Odeon» con catorce espectadores en el amplio teatro; he vivido, en fin, toda la amargura y todo el dolor de una gran ciudad que se dispone a ir a la guerra, cambiando, dentro de una disciplina perfecta, la fisonomía de su existencia, de sus cosas, de sus gentes... Pero he visto también, al conocerse el acuerdo de Munich, al final de la trágica semana, desbordarse el torrente de alegría, reír a carcajadas a los que lloraban ayer; poblarse las aceras,

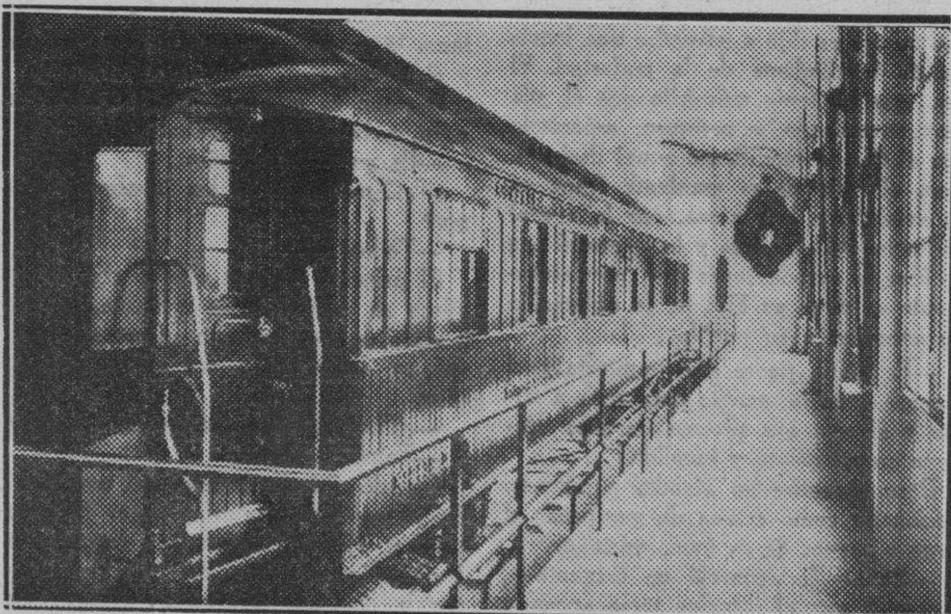


Los firmantes del armisticio tal como se hallaban en el vagón que aún se conserva en el mismo sitio del bosque de Compiègne. De izquierda a derecha: general Waygand, Mariscal Foch, Sir Rosslyn Wemis, Almirante George Hope, capitán Lapreche, capitán de caballería Von Helldorf, capitán Von Oberndorff, Ma tías Erzberger, etc.

## A los Veinte Años del Armisticio

CUANDO LA NUEVA GUERRA ASOMA EN EUROPA.—EFECTOS DEL ACUERDO DE MUNICH.—EL FAMOSO POLIGONO DE COMPIEGNE.—RECUERDOS DE LA FIRMA DEL ARMISTICIO.—UN DIALOGO HISTORICO.—LAS DURAS CONDICIONES IMPUESTAS POR LOS ALIADOS

por  
**Renato VILLAVERDE**



El vagón en que fué firmado el armisticio en un claro del bosque de Compiègne. Un edificio pequeño, construido expresamente guarda el famoso coche.

los cafés, los espectáculos públicos; pasearse en las calles sin conocerse, cantar en los Campos Eliseos la Marsellesa con nuevo espíritu, con nuevos acordes, con alma nueva y regocijada... He sabido la emoción de un pueblo que va desde el dolor más profundo a la alegría más intensa; lo que puede lograr un clarín que toca en nombre de la patria en peligro, y lo que el instinto de conservación es capaz de mostrar cuando el peligro es pasado...

El célebre polígono del Bosque de Compiègne cobra en estos momentos caracteres de intensa actualidad. La obra que en él se edificó hace veinte años ha estado a punto de caer hecha añicos. Y sin embargo, descansando sobre ese polígono, ¡cuántas esperanzas cimentó el mundo! Peregrinaje de turistas y curiosos, es hoy un museo de honda emoción. Arreglado y mantenido con el buen gusto francés, en frío podemos contemplar ahora los intensos días que en su encrucijada se vivieron hace veinte años. Redondo, sobrio, tranquilo, luce como fantástica ruleta en extraño casino de trincadas emociones. Una generación casi aniquilada terminó en él sus angustias, sus zozobras, sus miserias y sembró sus nuevas ilusiones.

Hace veinte años y durante cinco semanas se realizaron las gestiones que habrían de hallar su cristalización en el Polígono del Bosque de Compiègne. Fueron iniciadas por el Príncipe Max de Bade, Canciller del Imperio alemán, y dirigidas a Wilson, Presidente de los Estados Unidos de América. Desde mediados del verano de 1918 la situación de Alemania de mala que era, se había trocado en insostenible. Sus tropas estaban agotadas, hambrientas, desmoralizadas. Una nueva campaña de invierno era imposible tentarla con aquel ejército que había perdido la fé en sí mismo y que regateaba la confianza a sus generales. La situación interna de Alemania, por otra parte, era cada día más precaria. El hambre campeaba por las calles de Berlín; la escasez de combustible hacía pavorosa la batalla contra el frío; la falta de cohesión de la población civil se manifestaba constantemente en motines y arengas apasionadas; la abdicación del Emperador era un gr...

(Continúa en la página 26)

## Cartas de Buenos Aires

## Joaquín Gómez Bas

EL HOMBRE

**H**E conocido a este poeta en un subterráneo. Pero no se asusten ustedes. Nuestra amistad, nuestra cordial amistad, nace, pues, bajo tierra. Y aunque algún suspicaz—de los cuales estamos ahitos, como lo están las gaviotas de los gusanos en días de tierra arada—sí, aunque algún suspicaz pudiera creer que se trata de un trogloditismo ecuménico, ya que se está universalizando esto de los sótanos, no hay tal cosa: bajo tierra, sí, pero trabajando con el ocio, como esas arañas en los días de humedad... La gente de arriba hunde sus humanidades en el alcohol de los diabólicos copetines o en el negro sumo de las fazendas braseras y se la siente mover sillas, agitar los pies y a veces se escucha el rodar saipicado de un algún dado que se ha salido del resbaloso cubilete...

Sí, bajo tierra: en «La Peña». Y curioso es que quien así vive suele dar luces desde su retiro a los hombres que viven a flor de tierra, aunque tengan éstos las pupilas romas por el derroche de fuegos artificiales y las iluminaciones de los festejos patrióticos.

En el subterráneo, pacientemente, trabajan hormigas: pintores sin nombre de carteleros, pero con talentos para oscurecer figurones vestidos con sayales artísticos; músicos que sueñan con rellenar las líneas rectas del pentagrama con sonatas de fuerza humana; cantores que todo lo guardan en la garganta, como pájaros que temen dar trinos a los hombres; poetas que balbucean sus primeros cantos; escritores que llevan leva de iluminados románticos. Todo ese mundo nuevo se entrelaza al otro que allí también tiene consagraciones de triunfo y halago de nombradía.

En ese mundo he conocido a Joaquín Gómez Bas. Lo he visto entrar y salir, siempre abstraído, escondidos sus ojos en cristales que dan a su rostro joven un atardecer de otoño. Otra noche lo escuché en sus versos que decía desde el pequeño tinglado del teatro de «La Peña» y hube de aplaudirlo.

Luego, muchas veces de codos a la mesa del café, hemos estado: frente de soñador y ojos de hombre que ya da sensaciones de cansancio o de tristeza humana. El hombre habla al poeta, como deben hablar todos los hombres del mundo a «su poeta» que duerme en esta «chaise longue» de nuestra época ñoña y deshumanizada...

El hombre de mis días no puede, ni podrá seguir la farándula del mundo: hay algo que le grita secretamente. Es una voz de la conciencia universal que nos llama amargamente y quiséramos no escuchar. El hombre vigoroso, de ayer y de hoy, sentimental y hondo que hay en Gómez Bas, grita con sus ojos tristes y con su alma apesadumbrada.

Este es el hombre que entra y sale del sótano de «La Peña» y que al recitar sus versos lo hace con una música que tiene algo de un amargo dolor sepultado en el corazón. Tal vez yo me equivoque. Pero no ha de ser tanto como para no ver que en el drama del mundo, Gómez Bas no flota mansamente como un leño que lo arrastra cualquier corriente.

## EL POETA

Casi simultáneamente con lo expresado he leído su libro de versos «Marejadas». No es lo único que de él conozca, pues lo sigo al través de las revistas en donde colabora.

El citado libro lo prologa Héctor F. Miri, ese muchacho de gran talento, de honda cultura y que está situado en la vida y en el arte sobre un peñasco que no mueven los vientos de fronda.

Gómez Bas es otro de los valores que se deben a su propia creación y esto es ya de por sí un contrazo a la frente vulgar de tantos paguatos que hay en todos

los cenáculos o peñas que pretenden explotar la tricromía de los apellidos transmitidos por libretas de enrolamiento. En esa compra-venta de valores de segunda mano, aparece la literatura madrigalesca, el cronicón para seguir sobando el lomo a personajes que nos llegan como semi-dioses...

Dice Miri de «Marejadas»: «Donde cada verso ondula expresivo y armonioso en la playa espiritual del poeta, como tratando de enseñorearse en la belleza y contemplar desde allí el alma oceánica de las cosas y de los hombres».

Poeta de una exquisita rítmica, de una pujante modernidad, sin que ésta le quite su vigor poético.

Es él quien dice:

«En las cuencas de un corpiño  
pone el viento lo que falta...»

Poeta mundano, carnal, sensual, como la vida misma, este Gómez Bas; poeta con algo que decir, con mucho que soñar, con mucho que gritar; poeta en esencia y potencia, sus versos son ágiles, pero no les falta ese fondo de amargura, que lo remata en la última poesía que titula «Intima»:

«Yo soy un hombre triste  
pero ello no me pesa...  
Soy rico en amargura;  
me espanta la miseria  
de quedar sin angustia  
y con la faz risueña...  
En mi corazón guardo  
un tesoro de penas...  
Por sonrisas de oro  
yo no cambio mis perlas  
de dolor; soy avaro  
de mi propia tristeza.»

A nadie se la debo:  
he nacido con ella...  
Es en mi vida una  
enamorada bella  
que se duerme conmigo,  
y conmigo despierta.  
Se me fué algunas veces,  
y al quedarme sin ella  
vegeté descentrado  
esperando su vuelta...  
Así soy: hombre triste  
que perdido se encuentra  
si se va la alegría  
de su tristeza».

Este es el Gómez Bas de «Marejadas»  
Este es el Gómez Bas del fervido y justo prologuista Héctor F. Miri y éste es el Gómez Bas que se hunde en el sótano de «La Peña» para soñar y dejar allí su carga de tristeza o llevarla, como una de esas bolsas que arrastran sobre sus espaldas esos mendigos silenciosos que nunca dicen el rumbo de sus vidas misteriosas...

Este poeta es un forjador de su tristeza. Es un sensualista de su dolor. Y el que tenga la escuela del dolor, como él que conoció bodegas de puertos y miserias de hombres, es casi seguro que no hablará de la vida con una cortesía de madrigalista, ni usará el verso como copa vacía para brindar por mujeres de cartón, ni para elogiar hombres que tienen aserrín en el corazón...

Manuel GARCIA HERNANDEZ.

En Buenos Aires y en 1936.



TONIFIQUE SUS HIJOS  
y se criaran fuertes  
y saludables



DELES  
QUINIUM  
LABARRAQUE

Aprobado por la Academia de Medicina de París, como el más poderoso tónico, porque contiene un extracto completo de todos los principios asimilables de la corteza de quina.

Preparado con vino añejo de Málaga. Se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

# A los Veinte Años...

(Continuación de la página 24)

te casi unánime que brotaba de todos los pechos. El armisticio resultaba un remanso para tantas calamidades.

Como medidas preventivas antes de comenzar a tratar, el Presidente Wilson exigió el cese inmediato de la traidora guerra submarina y garantías sólidas que impidiesen el retorno a las hostilidades.

El Príncipe de Baden nombró a los miembros de la comisión alemana encargada de negociar el armisticio, aun al precio de condiciones desventajosas. Erzberger, Ministro de Estado alemán, fué designado Presidente de la triste y anhelante misión. El Mayor General von Winterfeldt; el Conde Oberdorff, Ministro Plenipotenciario y el Capitán de Marina Vanselow, fueron los miembros principales de esta Embajada que tenía por encargo hacer cesar la guerra en la ensangrentada Europa.

Los representantes de Alemania, en cinco automóviles, salieron de Spa el 7 de noviembre. Para facilitarles su viaje, el fuego cesó en las líneas enemigas. En la primera máquina de la comitiva, fué izada una enorme bandera blanca fácilmente visible desde los diferentes campos de batalla. En La Capelle, en el frente de batalla francés, la misión alemana topó por primera vez con los oficiales franceses. Hubo un cambio de automóviles. Cada Plenipotenciario teutón tomó asiento en una máquina distinta acompañado de un Oficial gallo. En Homblières, el General francés Debeney invitó a comer a la delegación enemiga. Les fué servido el mismo «menú» que se les daba a los soldados y a los Generales, aliados, compuesto de sopa, carne salada y petits pois.

Al siguiente día, en la Estación de Tergnier, un tren especial esperaba a la delegación alemana. En él se trasladaron los locitadores del Armisticio al claro que constituye la rotonda del Bosque de Compiègne donde la delegación aliada los aguardaba en el famoso vagón. Las ventanillas del carro que conducía a los alemanes habían sido tapiadas. Una especie de sepultura con ruedas. Esta medida no fué motivada por el deseo de vejear a los representantes del Kaiser, sino para impedir que pudiesen tomar apuntes del territorio por donde viajaban.

A unos ochenta metros de distancia, uno frente a otro, se estacionaron los dos vagones en el polígono de Compiègne.

En la mañana del día 8 tuvo efecto el primer encuentro de los vencedores y vencidos. Los alemanes descendieron de su vagón y se trasladaron al que ocupaban los representantes de las fuerzas aliadas. Con el Mariscal Foch, formando la delegación, se encontraban Sir Rosslyn Wemyss, Primer Lord del Almirantazgo inglés; Hope, contraalmirante inglés y el General Weygand, Jefe del Estado Mayor del Mariscal Foch.

Hechas por Foch y por Erzberger las presentaciones de rigor, éste entregó a

aquél las credenciales que lo autorizaban a tratar. Foch se retiró a un compartimento alejado del vagón para examinar los papeles regresando poco después. Y el siguiente diálogo, que ha quedado grabado en la historia, se trenzó entre ambos hombres:

—¿Cuál es el objeto de vuestra visita?

—Hemos venido a recibir las proposiciones de las Potencias aliadas relativas a la conclusión de un armisticio en el mar, en la tierra, en los aires, sobre todos los frentes y en todas las colonias.

Hay una pausa. Foch mira fríamente al Ministro de Estado alemán, y mientras el Almirante inglés juega imperturbable con su monóculo, responde con lentitud:

—Yo no tengo ninguna proposición que hacerle a usted.

Oberdorff interviene para aclarar:

—Nosotros deseamos conocer las condiciones basadas en las cuales los Aliados consentirían a un armisticio.

—No tengo condiciones que someter a ustedes.

Erzberger vuelve a intervenir:

—Sin embarco, el Presidente Wilson... Foch corta la palabra a su interlocutor, y con la rapidez de una orden en campaña, expone:

—Yo estoy aquí para responderles si ustedes piden el Armisticio. ¿Quieren el Armisticio? En este caso puedo hacerles conocer las condiciones para que éste sea obtenido.

Erzberger y Oberdorff, a coro:

—¡a.

Todos toman asiento alrededor de la mesa situada en el centro del vagón, y los representantes alemanes leen el texto del documento que Foch les entrega. Entre Foch y el Jefe de la delegación teutona, el diálogo continúa:

—¿Puedo dar comunicación de estas proposiciones a mi Gobierno?

—Puede enviarlas por correo especial.

—A causa de las dificultades de comunicación, pido que el plazo fijado en 72 horas sea prolongado a 24 horas más.

—El plazo de 72 horas ha sido fijado por los Gobiernos Aliados. Será sostenido. Esperaré su respuesta hasta el día once a las once de la mañana.

El Capitán Helldorf, miembro de la comisión alemana, fué encargado de llevar a Berlín el documento. Entretanto, Guillermo II había abdicado y el Diputado Ebert estaba al frente de los problemas del Estado.

Aceptado por Alemania, el 11 de noviembre y en el mismo vagón emplazado en idéntico sitio, fué firmado el Armisticio que puso fin a la guerra más horrible que ha conocido la humanidad.

Las condiciones impuestas por el Armisticio, eran en extremo duras. Para poder apreciarlas recordemos algunas de ellas:

Alemania aceptaba la ocupación de la margen izquierda del Rin y la no liberación de los prisioneros de guerra; desocupar Alsacia y Lorena; entregar inmediatamente: 5.000 cañones; 25.000

Aun a Ciegas,  
se DISTINGUE el

# Dentol

Por su sabor agradable,

Por su perfume discreto,

Por su superioridad incomparable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días da a los dientes, una blancura resplandeciente.



Tubo mediano \$0.20

Tubo grande \$0.40

Representantes Exclusivos:  
APARTADO 2143  
Habana

armetralladoras, 1.700 aviones, 5.000 locomotoras, 150.000 vagones y todos los barcos de guerra; retirar las tropas del Africa Oriental... Así terminó la Guerra Europea. Y el 28 de junio de 1919,

se firmó en Versalles el famoso Tratado que tantos dolores de cabeza está dando al mundo desde hace cinco años a esta parte...

París, octubre de 1938.

# JIMMY HINES, EL INVISIBLE AL CAPONE DE NEW YORK

EL SENSACIONAL PROCESO CONTRA EL EX DIRIGENTE DE TAMMANY HALL, HA REVELADO LAS FORMIDABLES PROPORCIONES QUE TENIA EL NEGOCIO DE LOS EXPLOTADORES DEL JUEGO

Por HARRIS J. BRONWELL

**D**ESDE que en Chicago el fiscal Jhonson dirigiéndose al Juez Wilkerson que presidía el proceso contra Alphonso Capone, alias Scarface, pidió para el acusado la friolera de 30 años de prisión, nada se ha registrado en los Estados Unidos tan sensacional y escandaloso como el proceso que en Nueva York se está realizando ahora contra James J. Hines.

Las persecuciones contra los Enemigos Públicos Número UNO, el secuestro del niño de Lindbergh y la captura de Hauptmann, han sido sin duda sucesos notables en la crónica policial americana, pero ninguno de ellos registró las proporciones del escandaloso «affaire», que tuvo aquel célebre asunto de Chicago. Pero ahora, después de cinco años, la acción que la Justicia ha entablado contra James J. Hines, que fuera uno de los más prestigiosos caudillos del derruido Tammany Hall, se evoca nuevamente aquella última aparición de Al Capone, porque entre éste y el nuevo personaje procesado, existen notables similitudes.

También en esta oportunidad le ha correspondido una notable actuación al joven y dinámico abogado Timás E. Dewey, que desempeña en la actualidad el cargo de fiscal del Estado de Nueva York. Dewey ha tenido ya una actividad de primera fuerza en el proceso de Capone, y con justicia estaba considerado el enemigo máximo de los «gangsters».

## SEGUNDA EPOCA

Cuando Capone pasó a la cárcel de Atlanta, en Georgia, donde debía esperar que transcurrieran diez años, para volver a contemplar libremente la luz del sol, la opinión creyó que el país estaba librado de aquel terrible castigo que durante diez años fueron los «gangsters». Sin embargo, la opinión personal de la gente de la policía, y de la justicia, era muy diferente. El proceso de Capone había expuesto infinidad de aspectos delicados y aleccionadores al mismo tiempo. La corrupción política había sido sobre todo la primera fuerza del hombre que llegó a «elegir» a su gusto a gobernadores para la ciudad de Chicago, y ellos sabían que el Caso de Capone no había sido un casi aislado dentro del juego político de la vida americana.

La «famosa enmienda 18», aboliendo la prohibición, había terminado con los «gangsters», con más eficacia que la misma acción policial, pues de no haber sido así, hubieran sido mucho los delincuentes que aspiraban al trono invisible que Capone ocupaba en el país...

Habían terminado los «gangsters», pero se iniciaba una segunda época con los «crackers», y los «mobsters», extorsionadores y explotadores de juego, respectivamente, que aparecían dispuestos a utilizar los mismos recursos de violencia y soborno que habían constituido la fuerza de los «gangsters».

Durante los primeros años, la policía tuvo serias dificultades para identificar la organización de esas dos nuevas actividades delincuentes, pero a medida que pasó el tiempo y aquellas crecieron, se fueron poniendo automáticamente en evidencia.



El famoso «leader» Jimmy J. Hines, entre sus dos abogados Lloyd Paul Stryker (izquierda) y Joseph Shalleck, dirigiéndose a la Corte Suprema de New York.

## LAS DINASTIAS

En octubre de 1935, se registró un suceso que había de tener considerable importancia para las investigaciones que se realizaban. En Monticello, una ciudad distante unas cien millas de Chicago, apareció muerto a balazos un individuo llamado Arthur Flegenheimer. Nadie conocía mucho este nombre, pero en cambio era bien popular el de Ducht Schlutz, o el apodo de «El holandés», denominaciones éstas con las que el muerto figuraba en Nueva York.

Su muerte reveló detalles interesantes. Vinculaciones con políticos, enormes y misteriosas entradas, compromisos de Schlutz con jefes de diferentes sindicatos obreros, etc. Citas todas ellas muy extrañas, cuando se pensaba que el muerto era un individuo de esos que llevan siempre dos pistolas debajo de los brazos. Luego de la muerte de Schlutz ocurrieran otras cosas raras. Por ejemplo, un mes después en Nueva York, hubo un tiroteo y apareció muerto Charles «Chink» Sherman, que resultó ser el íntimo amigo de Schlutz, y en cierta forma su sucesor en misterioso manejo. «Chink» siguió el mismo camino que los otros dos y surgió entonces Abraham «Bo» Weinberg, que después de algunos meses fué a parar a la prisión del Estado de Nueva York, porque se le halló con la pistola aun humeante junto al cadáver de un individuo del hampa.

A todo esto, mister Tomás E. Dewey, progresaba en sus estudios del asunto. Los «mobsters» seguían recogiendo sus fabulosas entradas anuales, sin sospechar que en torno de ellos el infatigable fiscal tendía una verdadera malla invisible.

Y esa malla comenzó a cerrar hace menos de un mes.

Mister Dewey anunció entonces su cruzada contra los «mobsters», «caiga quien caiga», como lo había anunciado contra los «gangsters».

## ALIAS JIMMY

El fiscal hizo juego limpio desde el principio. Sostuvo desde el primer momento que el Tammany Hall encubría las actividades de los delincuentes, y acusó públicamente a James J. Hines, quien en el séptimo distrito, en el confuso e inquieto Harlem, se le conocía por el apodo de Jimmy...

Jimmy era el hombre del séptimo distrito. La enorme influencia que en él tenía, le había valido una situación política dentro del partido demócrata, y en poco tiempo fué considerado como uno de los hombres principales de la organización, cuando aun Fiorello La Guardia no había establecido todavía que el Tammany Hall era tan sólo un recuerdo de

la antigua política de los Estados Unidos.

Tammany Hall, tenía sus mejores glorias en el siglo pasado. Fué durante muchos años, una de las organizaciones más perfectas del mundo, en épocas que su actividad no estaba controlada en rigor por ningún partido.

## EL SEGUNDO CAPONE

La acusación fué sensacional. Dewey afirmó que Jimmy Hines había sido socio del temible Dutch Schultz y que en todo momento amparó sus actividades delictuosas, así como las de su banda y



El fiscal Dewey, encargado de aclarar el enmarañado asunto.

las de todos los hombres que luego le sucedieron al frente de la misma, cuando murió «El holandés». Dewey, en rigor, presenta al público de los Estados Unidos, a un segundo Capone: el Capone de los «mobsters». Una versión corregida y depurada del célebre «Scarface», que se había mantenido invisible e insospechada durante años y años.

Guardando este orden, hay que referirse a J. Richard Davis, mejor conocido por su apodo de «Dixie» Davis.

Davis era el último jefe de la banda de Schultz, y por lo tanto el último protegido de Hines. Es innecesario decir que Dewey concentró contra él todos sus esfuerzos y después de una serie de peripecias logró al fin detenerlo, en 2 de febrero de este año, en un pueblecito de Tejas, donde se había ido a refugiar. Dewey ofreció cinco mil dólares por la captura de Dixie, y la captura se logró merced una delación. Es en esta parte donde se matiza el escándalo con un romance, pues la delación fué adjudicada a Hope Dare, una bailarina de Broadway, que había sido amiga del «mobster».

Según se estableció más tarde, Hope Dare denunció a Dixie porque creyó que así mejoraba su situación, ya que se le había prometido que lo único que se quería de Dixie era la acusación contra Hines.

## EL DERRUMBE

La situación de Hines, aun después de la detención de Dixie, no era peligrosa. Pero mister Dewey supo hacer bien las cosas. En primer término, cuando el abogado del «mobster» gestionó su libertad bajo fianza, el fiscal exigió la suma de 250.000 dólares, y la fianza no se pudo obtener. Luego, en el rápido proceso seguido contra Dixie, pidió nada menos que 25 años de cárcel.

Y eso significó para Hines el derumbe.

En ese tiempo había aparecido el personaje cómico del asunto. Fué éste un tal Bill Pearson, sheriff de Idaho, brumoso pariente de la Hope Dare, que se presentó en Nueva York, vistiendo la clásica indumentaria del oeste del país, llevando 70.000 dólares para «arreglar» el asunto de Dixie...

Dixie Davis, entre tanto ha seguido declarando y las pruebas se acumulan en contra de Hines. Los amigos de éste mueven desesperadamente todas las influencias posibles, en cierta forma para salvar los restos del maltrecho prestigio del Tammany Hall, sin que nada pueda hacer concebir esperanzas acerca de un epílogo favorable para él...

El proceso continúa. Mister Dewey sonríe. Hines, serio, presente la soledad espantosa de Alcatraz; Dixie Davis esfuerza su memoria para hacer méritos ante la justicia; Hope Dare, entre número y número de sus danzas en Broadway, llora por el ausente; Bill Pearson ha regresado a Idaho, al comprender cómo 70.000 dólares no sirven para nada...

Y el pueblo de Estados Unidos respira libremente. Confía que Dewey saldrá triunfante una vez más, y que también los «mobsters» como los «gangsters», han pasado a la historia.

# FUERA DE TODA LEY

(Continuación de la Página 17).

el rostro dolorido de la pobre mujer.

—Tengo una hermana—dijo—. Su marido es agricultor. ¡Oh, cuando veo este sucio río de aquí y esa gente desnuda lavando sus llagas en él, pienso en los ríos nuestros...

Yo la escuchaba atormentada por la nostalgia y me preguntaba qué otros dolores me revelaría este día horrible. Entre tanto la voz temblorosa de Susie describía voluble la finca, las abejas, el aroma del heno y el sonido rechinante de la puerta...

—Siempre he detestado este país porque es cruel y... Susie, que por lo general hablaba poco, vacilaba para expresar su idea del país primitivo, de cosas misteriosas y sobrenaturales del desasosiego que el extraño Oriente, de remotas ideas, provocaba en su espíritu vulgar.

—No puedo explicarme—concluyó y las arrugas que revelaban su dolor se hicieron aún más profundas. —Sin embargo, «él» me comprendía...

Sin entender vi en mi mente la cabeza casi hermosa del herrador al mismo tiempo que el tañido de un cencerro flotaba por el campo. Con un movimiento brusco la desventurada retiró su mano de la mía.

—No, eso no—exclamó—. ¡No puedo soportar más!... Y sin añadir palabra se cesplomó sobre la mesa.

Tan fuertes habían sido mis emociones aquella mañana que aún después de haber calmado un tanto a Susie con coñac y sales inglesas y de haber comenzado ésta su confesión completa, todavía dudaba si aquello era realidad o solo una novela.

—«El» estuvo conmigo esa noche—dijo casi sin aliento—. ¡Yo fui quién le hizo morir!

La una y la otra nos mirábamos como hipnotizadas, y yo me sentía como en el espacio, sin reconocer mi propia voz ni sentir mis manos, que nerviosamente se aferraban a la mesa.

—¿Por qué?... ¿por qué?... —repetía yo medio asfijada como si el corazón se me hubiera subido a la garganta.

Temía que Tim matase a los niños en mi presencia—declaró la desgraciada. Y yo tuve la espantosa visión de las poderosas manos del herrero haciendo homicidas sus cuerpillos desvalidos.

Súbitamente volví a la realidad. Todo era cierto, había descubierto la verdadera historia. Esta era la mujer que había dejado conducir a un inocente al cadalso, salvando así su honor mancillado; la misma mujer a quien la señora X hubiera deseado matar. Sus ojos azules, estaban empañados por años de lágrimas; y su boca, que casi nada tenía ya de humana, pedía lastimeramente clemencia.

Recordé entonces que unos meses antes me había tropezado con ella en el bazar. Ese día Susie lucía bastante bella, con ligero color en las mejillas y una cierta alegría que había devuelto a sus ojos algo de su azul. El sargento Smith se hallaba al otro lado de la calle.

—Digamelo todo—le pedí.

—Yo antes despreciaba a los leprosos que están fuera del templo—dijo Susie. Ahora me siento lo mismo que ellos y hasta peor. El matrimonio nunca me proporcionó mucha felicidad. Ud. sabe lo que ha sido mi vida y aquí todo el mundo también lo sabe, lo que ha hecho el camino aún más difícil. A veces pienso que si no se hubiera temido tanto a Tim, las cosas habrían sido mejores; pero no está en mí el ser vigilante, por más que he tratado de serlo por mis hijos cuando él les maltrata. Pero siempre me aterro al al verle levantar la mano para dar un golpe. No puede usted hacerse una idea de lo que es sentir esto. Yo siempre he tratado de empujarme y de apartar a los niños, de ocultarlos. Cada vez que tengo que hablarle a Tim, me parece que el sol desaparece y que penetro en la oscuridad. El sargento fué la única persona que comprendió mi estado de ánimo, y aunque nunca nos vimos con frecuencia siempre me di cuenta de que él compadecía. Eramos amigos, ¡muy buenos amigos!

Su narración se hizo menos personal y

en los años subsiguientes tuve ocasión de escuchar muchas versiones de ella, pues era la historia favorita de todas las mujeres desterradas en estos remotos lugares de la tierra.

—Fué nada más que eso—continuó. —Nos reíamos siempre juntos. En cambio, yo temía reirme cuando estaba con Tim. Además, siempre teníamos mucho de qué hablar, mucho que decirnos, y no me daba cuenta a dónde llegaríamos. De todos modos, esta es la única felicidad que he conocido y si no hubiera sido por él, creo que mis hijos habrían muerto de hambre, pues él me daba dinero para alimentarlos y para vestirlos.

Susie evitaba redondamente pronunciar su nombre: era solamente «el», el ser que había iluminado su vida; y yo me preguntaba cuál fibra del malogrado sargento había hecho vibrar aquel guiñapo de mujer. Pero entonces recordé la bondad de Smith para todos los chicos a quienes enseñaba equitativa.

—Nunca tomé un penique para mí—continuó Susie sonrojándose. —Nunca necesité de su dinero; sólo necesitaba de él, que me hacía sentir tan seguro. No crea usted que trato de excusarme, de ninguna manera. Sin embargo, a veces no puedo menos de pensar que Tim lo sabía, y parecía hasta facilitar el modo de vernos para después asustarme, no tanto con palabras, como con insinuaciones.

La costurera lanzó un profundo suspiro y se inclinó, como deseando expresar algo que sentía, pero que estaba lejos de su comprensión.

—¿Qué quiere usted decir? Trate de explicarse... —le rogó.

—Es que la conversación era tan difícil—dijo vacilante Tim nunca parecía mani estar por completo su idea y yo me sentía como luchando con la espalda contra la pared. Cuando parecía que ya iba a declararme que lo sabía y yo estaba a punto de gritar aterrada, Tim cambiaba la conversación y aparentaba tomarlo todo como una broma.

Yo me imaginaba a la pobre mujer, con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror, mordiéndose los labios para contener el temor que le robaba las palabras.

—Continúe—dijo—. Yo la comprendo. Pero la desventurada no me escuchó.

—Esa última noche—comenzó, y se detuvo con los ojos tan dilatados que parecían negros bajo los párpados inflamados—Johnny estaba enfermo y yo no tenía dinero para el médico ni para comprarle leche. Tim se había marchado a Cawnpore sabiendo que el chico seguía mal, pero yo me alegré de que no estuviera en la casa porque Johnny le temía. En su fiebre, el pobre niño gritaba pidiéndome que le salvara de él. ¿Qué podía yo hacer?

Era tan evidente el sufrimiento de la pobre mujer, que sentí un nudo en la garganta.

—Tim había dicho que se alegraba de permanecer lejos de nosotros por varios días, pero se rió de mí al marcharse, añadiendo: «Anda con cuidado, o destrozó a los niños». Sin embargo, yo estoy segura de que sabía.

La expresión de esta mujer era aterradora.

—¿Que sabía qué?—le pregunté.

—Sabía que él vendría. De este modo Tim me torturaba, pues yo nunca podía sentirme segura.

—Pero ¿por qué le dejó usted venir? —le pregunté contenta de tener al fin razón para protestar de algo.

—No tenía medios de avisarle y él me había prometido medicinas y otras cosas. Además, siempre nos veíamos por la noche, por temor a las habladurías de los vecinos.

La curiosidad me hizo preguntar:

—¿Pero él se quedó y usted le dejó quedarse?

—Johnny estaba gravemente enfermo y yo estaba aterrada.

Siempre esa respuesta: aterrada, tanto que me di cuenta de que aquello había sido inevitable.

Yo quería que se marchara—continuó Susie—, pero me sentía casi loca. Además, teníamos tantas cosas que hacer al principio... Después—y su expresión se suavizó—llegamos a olvidarnos...

Ante aquella sencillez, me sentí totalmente desarmada. ¡A qué precio había ob-

tenido Susie aquellos momentos de olvido!

—¿Por qué no buscó usted otra ayuda, la de cualquiera? ¿No sabía usted que la hubieran ayudado?

—Quise hacerlo, pero él no me lo permitió, pues sabíamos que de llegar a oídos de los demás, Tim nos habría matado a todos.

Estas palabras fueron dichas con una convicción tal, que perdieron todo su aspecto trágico, pues para ella sólo expresaban un hecho irrefutable que era necesario tener en cuenta.

—Tim es extraño, o por lo menos me lo parece—dijo Susie en voz tan igual que su monotonia era más triste que las lágrimas y las protestas. —Tim nunca razona como la mayoría de los hombres y siempre ha dicho que la venganza debe ser sutil y secreta. Estas son sus propias palabras.

—Pues para mí no sería muy sutil que la asesinara a Ud. y a los niños—le dije con irritación. La costurera me miró con sorpresa.

—No—dijo lentamente—. No nos ha matado.

Hubó un largo silencio.

—Todavía creo que Tim lo sabe—murmuró al fin—. Está tan contento de sí mismo y habla tanto de él. Mañana y tarde, día tras día, sigue dando vueltas al asunto y hablando de una mujer que dejó ahorcar a un hombre. Me martiriza, se burla y se ríe; dice que no puede creer que haya una mujer tan cobarde, tan malvada, y se pregunta quién puede ser. Yo he salido varias veces dispuesta a declararlo todo al coronel, pero «él», «él», no me deja, y yo le prometí que si alguna vez esto se descubría, yo procedería tal como él me indicaba. También me dijo siempre que nunca debíamos regatear el precio, que «él» quería pagarlo en su totalidad por sí mismo.

Traté de preguntarle cómo había podido permitirlo, pero me detuve sin encontrar palabras al ver el sufrimiento retratado en aquel rostro que tenía junto a mí, y compararlo con la serena expres-

sión que tenía la cara del soldado la última vez que lo vi. El hombre había pagado con la vida, pero la mujer tenía que seguir adelante, pagando hora a hora con su pena.

—Tenía que obedecerle—prosiguió Susie. —Yo siempre le obedecí... Y la finalidad de su tono puso de relieve que era incapaz de acción propia.

Regreso a Inglaterra en la próxima semana y usted vendrá conmigo—dijo al fin. Pero Susie protestó.

—Tim no nos dejaría marchar—dijo, y añadió con indescriptible amargura—. El tiene el látigo en la mano.

En aquel momento lo vi todo muy claro y recordé los argumentos que en pro y en contra se presentaron respecto a un motivo oculto por parte del sereno. Alguien más perspicaz que los demás, sugirió que se trataba de una venganza contra el sargento Smith, pero gran número de personas alegaron que Smith era el soldado más popular del regimiento y que no se le conocía ningún enemigo.

Pero estaban errados, pues existía uno tan vengativo que se arriesgó a incurrir en la pena por sobornar un testigo.

Susie tenía naturalmente razón: Tim lo sabía todo y había esperado pacientemente el momento oportuno para su terrible venganza, hallando en el mercenario sereno los medios de satisfacerla.

—Cálmese—dije a la desventurada mujer. —Tim la dejará marchar y nunca la martirizará más.

Con impetuosidad juré castigar al infame herrador, pero aún al lanzar amenazas incoherentes, comprendí que nada podía hacerse, pues el castigo del malvado que había destrozado dos vidas haría nulo el sacrificio del sargento Smith, que tenía todo derecho al silencio que compró al precio de su propia vida.

Susie regresó a Inglaterra y no sé si más tarde se casó de nuevo, tal vez con algún hombre bondadoso y comprensivo, pues no era ella de la madera que se requiere para soportar la vida sola.

## LA NARIZ, como rasgo característico

Por el Dr. F. Kahn

**E**L apéndice nasal constituye una particularidad específica del hombre civilizado «homo sapiens».

Ningún animal posee una nariz prominente. El pico del águila es sólo un pico, y el cuerno de un rinoceronte no es sino un cuerno sobre una nariz muy chata.

Únicamente el hombre lleva en su rostro una verdadera nariz, que es el resultado del desarrollo de la cabeza. Por eso es interesante determinar algunos principios acerca de la nariz humana.

1.—El desarrollo de la nariz es paralelo al desarrollo de las especies animales. En todos los mamíferos, hasta los monos, aquella es más ancha que alta, en los monos la anchura y la altura se equilibran, y sólo en el hombre la altura es muy superior a su anchura.

2.—El desarrollo de la nariz es paralelo al desarrollo de las razas humanas. El hombre primitivo poseía un apéndice nasal muy ancho y achatado, como ocurre con el indígena australiano, el habitante más primitivo del mundo.

3.—El desarrollo de la nariz es paralelo al desarrollo de la personalidad humana. El niño viene al mundo con una naricita sin desarrollo.

4.—El desarrollo de la nariz es paralelo al desarrollo cultural de las agrupaciones humanas. Cuanto más alto es el nivel intelectual y social de una raza, un pueblo o una agrupación humana, mayor será el desarrollo del índice nasal.

Entre los japoneses, que antropológicamente descienden de los pueblos emigrados en tiempos remotos del continente asiático, los hombres de condición inferior tienen casi todos una nariz muy pequeña.

5.—El desarrollo de la nariz es paralelo al desarrollo de la personalidad individual. Las personalidades destacadas poseen por regla general narices igualmente destacadas. Una nariz roma en una cabeza notable constituye algo muy raro, y es casi siempre consecuencia de

una enfermedad, como los casos de Sócrates y de Beethoven.

Toda galería de retratos de grandes hombres es una galería de grandes narices.

Tres grupos de narices prominentes de grandes hombres, recordamos en este momento: en el primero se incluirá a Ta-so Ariosto, Petrarca y Boccaccio; en el segundo a Cervantes, Corneille, Racine, Molière, Rosseau y Voltaire, y en el tercero, a Haydn, Mozart, Chopin, Liszt y Wagner.

Con respecto a Mozart, cabe advertir que, contrariamente a lo que muestran los bustos convencionales que de él conservamos, poseía una nariz tan grande, que un crítico de su época decía, refiriéndose al insigne músico:

«Mozart tiene una nariz tan impresionante!...»

Los hebreos habían prescrito que todo aquel cuyos ojos pudieran unirse entre sí con una línea recta—por carecer de caballete de la nariz desarrollado entre los mismos—no sería admitido en la casta sagrada de los levitas o sacerdotes.

Los persas poseían en su lenguaje la expresión «nariz real» y ponderaban siempre la enorme nariz de Ciro, «el amado entre todos», y la de Artajerjes, «tan grande como su generosidad».

Platón y Aristóteles reconocieron la singular estima que los asiáticos tenían por las narices prominentes,

Por otra parte, la importancia de la nariz ha sido fijada por la antigua cultura griega desde hace miles de años.

«Nullum nasum habet» (¡No tiene nariz!) decían los romanos cuando querían indicar a un necio... Y hoy decimos: «tiene nariz!», en todos los idiomas del mundo, expresión familiar que significa que la persona de quien hablamos es inteligente, desperta y rápida para percibir las sutilezas de las cosas.

Y queremos aún señalar un hecho curioso: las negaciones breves o las interjecciones motivadas por un examen crítico comienzan casi siempre con la consonante nasal «n» en todos los idiomas: non, no, nom, nein, nicht, nemo, niente, e, nada nichevo, etc.

# La Política de la Habitación en Francia

por  
**ANTOINETTE CHAUMPS**

(Versión especial para el DIARIO)

**U**NA de las preocupaciones del Gobierno francés es la higiene social, de la salud pública, que son naturalmente factores esenciales de la duración vital del

pais. De ese hecho, la cuestión de la habitación está siempre discutida; sus actividades es cada vez mayor y aunque el problema no está aún completamente resuelto mucho igual que en otros países.

Principalmente se ha trabajado en pro de:

—Suspensión de las habitaciones insalubres.

—Por las habitaciones baratas en las grandes ciudades y en París.

—Por las ciudades obreras y las ciudades jardines en provincia.

Los últimos decreto leyes de mayo de 1938, han declarado abiertamente la condenación de la habitación insalubre. El señor Louis Sellier, uno de los concejales parisienses de mayor relieve, ha dado una conferencia muy documentada sobre este asunto. Hacen falta siete mil millones para hacer desaparecer los 16 focos insalubres de París, y reconstruir sobre los emplazamientos.

Hasta ahora las colectividades que luchaban contra las casas insalubres tropezaban con la gran dificultad que suponía la expropiación. Pero el Gobierno ha decretado expresamente en Mayo de 1938:

Con el fin de apresurar la ejecución del nuevo plan, se ha visto en la necesidad de modificar sobre un gran número de puntos la legislación sobre las expropiaciones. Las vicisitudes compleja que suponían declarar una casa insalubre, van a ser reducidas. Así pues, las colectividades que luchan contra los focos insalubres se encuentran desde ahora armados jurídica y financieramente. Se ha previsto una institución para el pago de las expropiaciones por medio de bonos de treinta años, pero mientras tanto el dinero será encontrado en una extensión del crédito ofrecido a diversas colectividades locales, por algunos establecimientos públicos.

Para las casa baratas, los préstamos son ofrecidos a los particulares o a las sociedades del Crédito Inmobiliario por medio de la Caja de Depósitos y Consignaciones.

Las sociedades de Casas Baratas pueden ser constituida bajo dos formas:

—La forma anónima simple.

—Y la forma cooperativa a capital variable.

En los dos casos, la Dirección de Casas Baratas en el Ministerio de la Salud Pública ejerce un control inicial y más tarde un severo control de las formalida-



Los técnicos americanos de la habitación en series, trabajan sobre pueblos en miniatura, estudiando todos los detalles de las poblaciones populares futuras. En Francia parece que este sistema suma adeptos cada día. El artículo que va en esta página contiene ideas originales sobre el tema, que nos parecen su gestivas aplicadas a Cuba, en un futuro cercano.

des administrativas para la construcción de la sociedad.

Las sociedades de Créditos Inmobiliarios deben recibir igualmente la aprobación ministerial después de la constitución definida. Hay que hacer constar que el capital mínimo debe ser de cien mil francos.

De 1920 a 1937, las casas construidas en virtud de diversas leyes legislativas al urbanismo han recibido ayuda de:

298 sociedades de Crédito Inmobiliario.  
301 Oficinas Públicas de Habitaciones Baratas.

560 Sociedades anónimas de Casas Baratas.

444 Sociedades Cooperativas de Casas Baratas.

Durante el sólo año de 1936, la Caja de Depósitos y Consignaciones ha prestado a esas sociedades un capital de 166.582.000 francos, y los avances anteriores suman cinco mil seiscientos millones. Cada año el Consejo Superior de Casas Baratas, presenta un expediente al Presidente de la República. El señor George Riesler, Miembro del Instituto es uno de los grandes defensores en Francia de la casa barata, primera condición de la natalidad francesa.

Todo el mundo en Francia está de acuerdo sobre la cuestión de la habitación. Además de la intervención del Estado, ciertas experiencias privadas han conseguido grandes éxitos, sobre todo algunas compañías mineras y de ferrocarriles en la construcción de ciudades jardines.

Siempre interviene un poderoso factor moral, pues el arte de hacer vivir a los hombres es siempre difícil.

Para dar a una ciudad una vida profunda, es necesario un Credo que una todas las opiniones y acomode todas las doctrinas. Es fácil suprimiendo las numerosas comunidades evitar los contactos enojosos entre los vecinos. La Compañía de Ferrocarriles del Norte, por ejemplo, ha creado 32 ciudades de 50 a 1,200 departamentos y 80 de menos de 50, sin contar una infinidad de pequeñas casitas aisladas; la mayoría son de cuatro habitaciones, (comedor y tres dormitorios). Todas con agua potable a la presión, luz eléctrica y cañerías.

La implantación y los materiales han sido escogidos teniendo en cuenta las condiciones necesarias de higiene. Ninguna casa se parece a la otra, con objeto de

dar una nota original en el aspecto de la ciudad. Estas ciudades poseen establecimientos comunes, como por ejemplo, cooperativas, duchas, servicio medical, consulta para niños, etc.

Los Consejos de Administración representan en esas ciudades el papel de las Alcaldías, puesto que si las casas son de la compañía, la ciudad es obra de aquellos que la habitan. Hay naturalmente estadios de cultura física y sociedades musicales con subvenciones de la compañía. La idea es siempre la misma: no realizar en esas ciudades una vida artificial sino fundir elementos dispares en una perfecta aleación sobre el hogar del altruismo.

Nos encontramos en un paso decisivo de la civilización, y una nueva era empieza ahora. La sociedad debe asegurar a los hombres el aire, el sol, el espacio y los árboles a que tiene derecho; para llevar una vida realmente civilizada el aspecto actual que la técnica lo permite y el urbanismo deberá apropiarse todas las conquistas de la técnica.

Se puede decir que el progreso real del nivel de la vida estará en los años venideros en relación directa con la actividad de la industria de la construcción.

# Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::

## PENSAMIENTOS

(Por DIOGENES)

No se conoce al hombre que haya sido capaz de redactar un testamento que impida que participen de su herencia a la vez sus parientes y los abogados.

Divorcio es un epitafio grabado generalmente sobre la lápida del amor.

Una onza de realidad vale más que una libra de promesas.

La edad hace a alguna gente sabia y a otra simplemente porfiada.

La pereza es más fuerte que el orgullo.

El hombre celoso está siempre enamorado... de sí mismo.

No hay mejor salsa que el hambre.

Todos los hombres creen en el amor platónico... después de la muerte.

En materia de maridos, la mayor dificultad que tienen las mujeres consiste en encontrarlos.



(© 1938, by Bell Syndicate)

Todas las peleas entre amantes se traman del mismo modo; surgen de la nada, no van a ninguna parte y terminan en un «clinch».

### LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

**LAS NUTRIAS, JUGUETONAS.**  
UNO DE LOS JUEGOS PREDILECTOS DE LAS NUTRIAS, CONSISTE EN TIRARSE DE CABEZA POR LAS PENDIENTES CUBIERTAS DE NIEVE.

**LA ELECTRICIDAD DE LA TIERRA.** LA ENTERA CARGA ELÉCTRICA DE LA TIERRA, ES SOLAMENTE LA CANTIDAD DE ELECTRICIDAD QUE PASA POR UNA LÁMPARA DE 90 VATIOS EN UN SEGUNDO.

**EL ORO ES UN METAL FLOJO...** EL ORO, AL GRAVAR, ES EL MÁS DUCTIL DE LOS METALES, ASÍ COMO EL MÁS FÁCILMENTE SE APLANA CON UN MARTILLO.

Editors Press Service, Inc.  
220 E. 42nd St., New York

### LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

**EL CALOR MÁS ALTO DEL HOMBRE.** LAS TEMPERATURAS MÁS ALTAS MEDIDAS POR EL HOMBRE HAN LLEGADO A 5,500°F, CERCA DE 5,300° SOBRE EL PUNTO DE EBULLICIÓN.

**¿QUIERE UN SUELO DURO?** UN NUEVA CUBIERTA DE SUELOS DESARROLLADA, RESISTE LOS EMBATES CORTANTES Y TIENE UNA SUPERFICIE TRES VECES MÁS DURA QUE EL ACERO.

**PALABRAS SOBRE EL TIEMPO.** EL «BUREAU» DEL TIEMPO DE LOS E.E.U.U. HA HECHO UN CATALOGO QUE REGISTRA 15,000 VOCABLOS, TODOS CONCERNIENTES A LOS CAMBIOS Y CONDICIONES ATMOSFÉRICAS.

Editors Press Service, Inc.  
220 E. 42nd St., New York

Hay hombres y mujeres que tendrían vergüenza de sus conocidos si se conocieran a sí mismos.

Es extraordinario el número de gente que pierde el tiempo diciéndole a uno lo que dijeron a otros.

Tonto sin remedio es el que se pone en ridículo dos veces en el mismo terreno.

Una pequeña lágrima alivia grandes pesares.



(© 1938, by Bell Syndicate)

Las muchachas aceptan la experiencia de los viejos, como un tónico que les permite marchar por la vida con paso firme.



(© 1938, by Bell Syndicate)

Las muchachas que juegan a la gallinita ciega, corren el riesgo de chocar con una masa de cemento.



(© 1938, by Bell Syndicate)

Lo que más le gusta a Ramonita de «parties» es el gran número de películas cómicas que puede llevar al papel.

«¡VEO A UN HOMBRE CON UNA LARGA BARBA NEGRA!»



¡AY! ¡IBUQUÍN ADIVINO VIDENTE GUIDO-MÁNTICO.

«MI CANDIDATO PARA PRESIDENTE ES ROBERT TAYLOR. SE VERÁ MUY GIUPO EN LAS ESTAMPILLAS DE CORREO!»

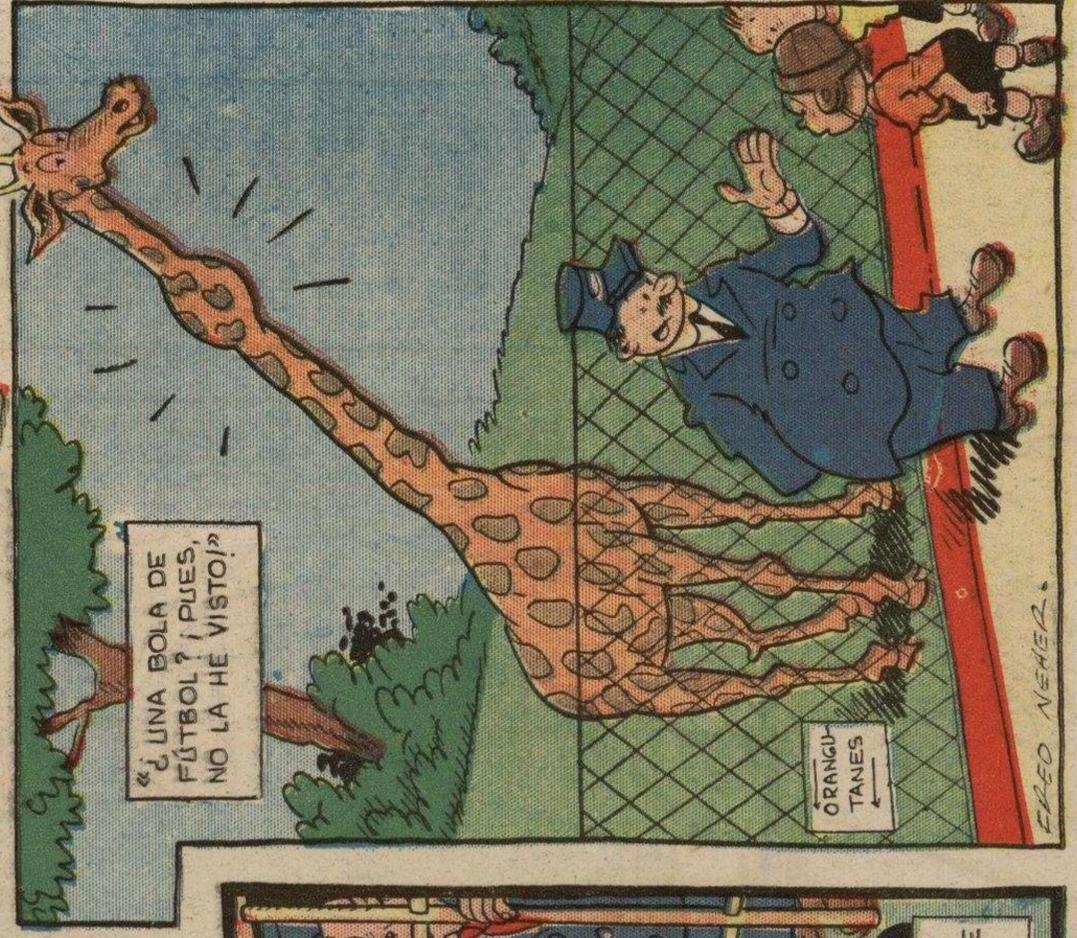


«¡POR SUPUESTO, NO VAYAS A CREER QUE ES UNA SORTIJA DE COMPROMISO!»

PERINQUILLA

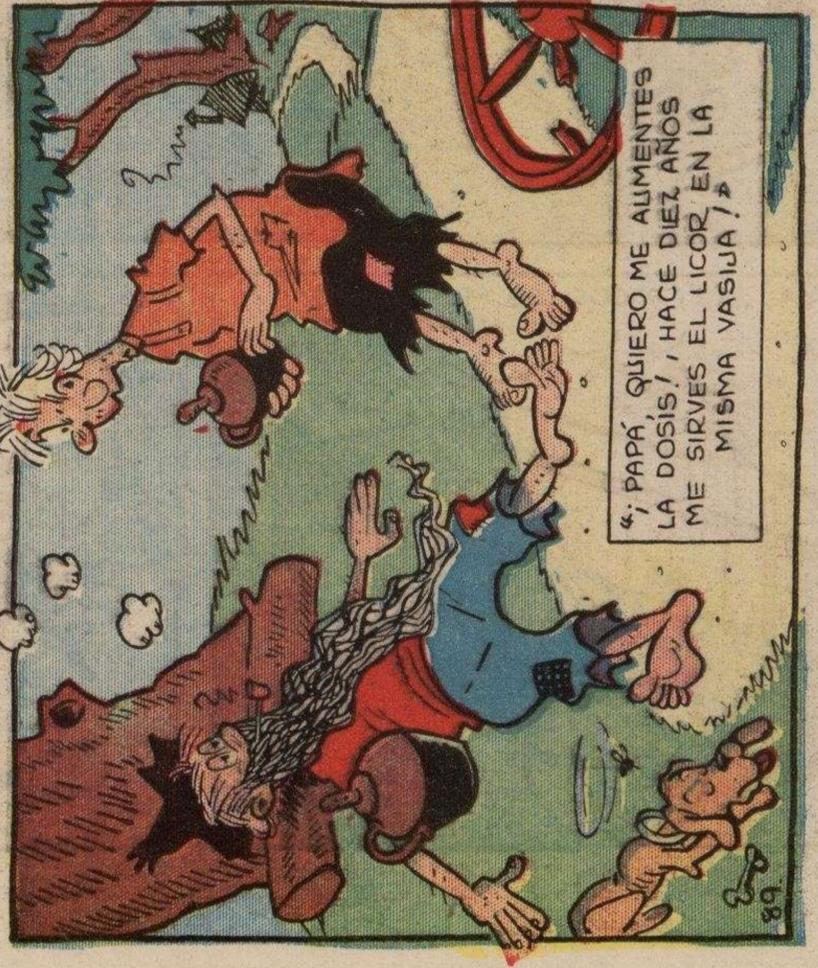


«¿UNA BOLA DE FÚTBOL? ¡PUES, NO LA HE VISTO!»



ORANGUTANES

«¡PAPÁ, QUIERO ME ALIMENTES LA DOSIS! ¡HACE DIEZ AÑOS ME SIRVES EL LICOR EN LA MISMA VASIJA!»



«¡SANCHÓN VIVE EN UN MUNDO DE FANTASÍA!»



# EL LOCOARRIL

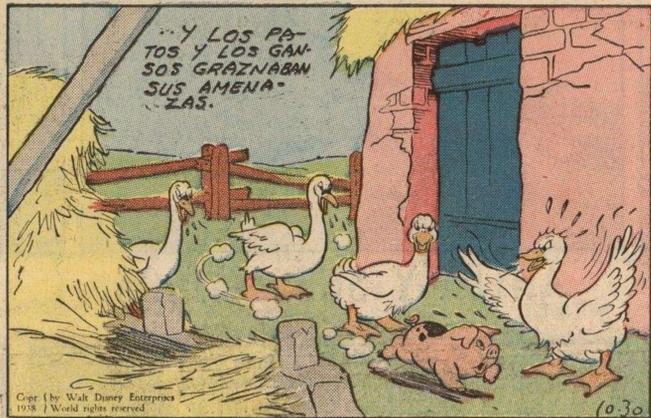
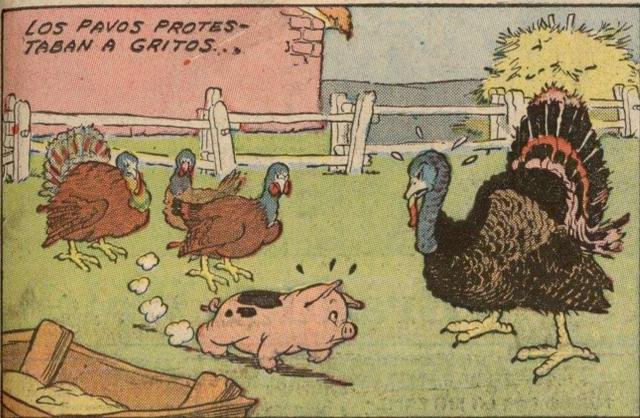
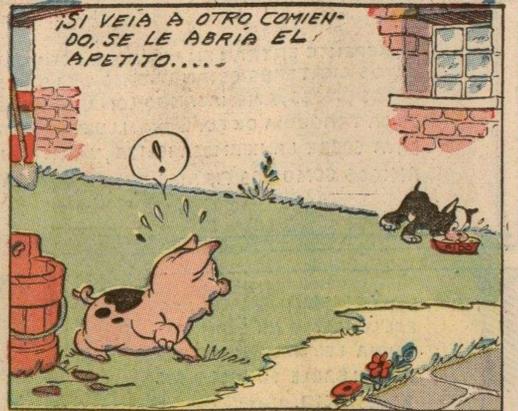
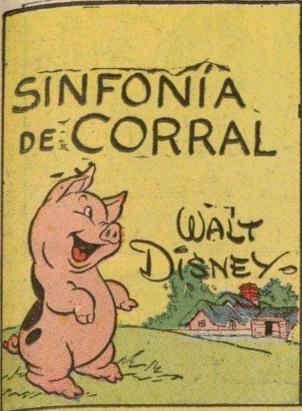
POR FONTAINE FOX

MIGUELUCHO,  
EL BRAVO.



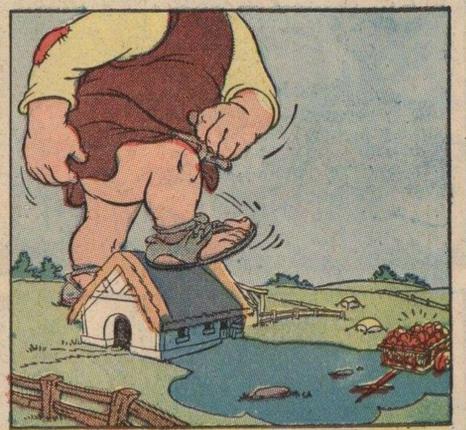
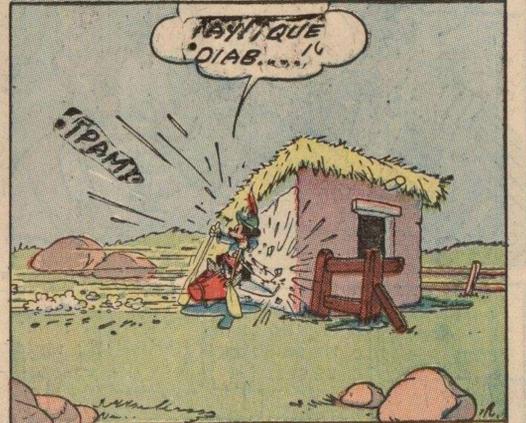
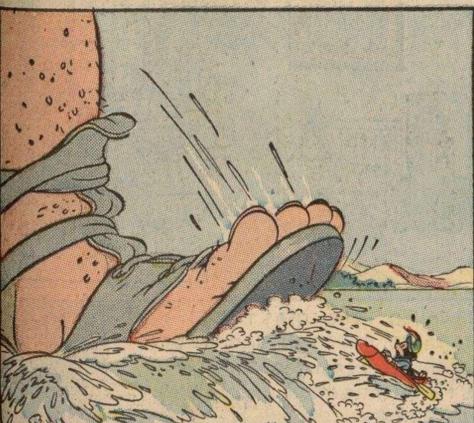
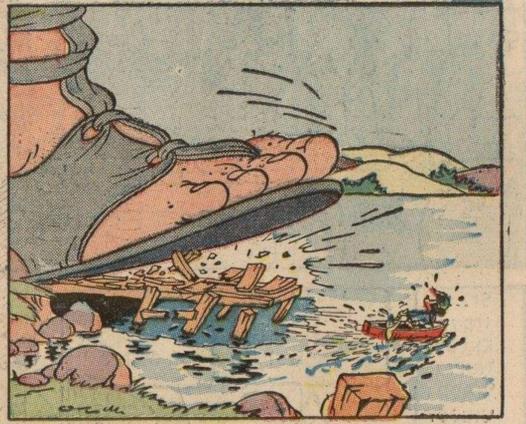
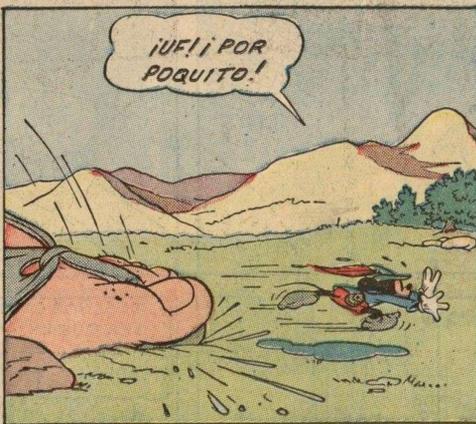
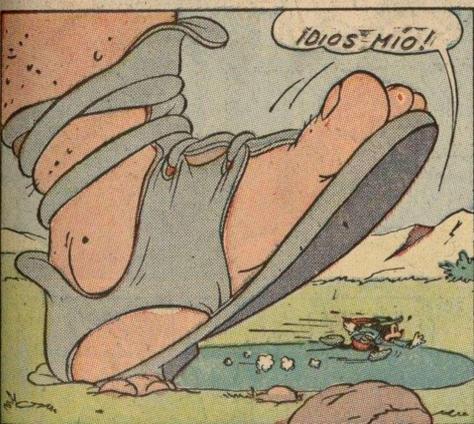
# DIARIO DE LA MARINA

HABANA DOMINGO 6 DE NOVIEMBRE DE 1938



## EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



Copyright © Walt Disney Enterprises 1938. All rights reserved.

# WANG-LA

POP  
BRANDON WALSH

DE REPENTE ÉNTRAN EN ACTIVIDAD LOS VOLCANES CUYOS CRATERES ESTAN DEBAJO DE LA CAVERNA DE LOS DIOS, AMENAZANDO CON UNA REPETICIÓN DE LA TRAGEDIA DE POMPEYA. LLUEVEN PIEDRAS Y LAVA SOBRE LA HERMOSA ISLITA, Y TANTO NUESTROS AMIGOS COMO LOS PIRATAS TEMEN POR SUS VIDAS.

¡MI PUEBLO, NUESTRA AMADA ISLA... SACRIFICADOS PARA APLACAR LA IRA DE LOS DIOS... ¡EL MUNDO SE ACABA! ¡QUÉ PENA!



¡EL JUNCO DE LOS PIRATAS... LAS CANOAS DE LOS INDIÉGENAS... DESPEDAZADOS POR LA FURIA DEL MAR! ¡EL JEFE TIENE RAZÓN! ¡ESTAMOS PERDIDOS!



ESTÁ ESCRITO: AULLAN LOS PEL'LOS; PERO LA GLAN LINTELNA DEL CIELO SIGUE IMPETULABLE SU CURSO POR EL ESPACIO.



¡SÁLVAME, PODEROSO CHANG HO! ¡SÁLVAME!



¡SILENCIO, MISERABLE! ¿NO VES QUE ME PREPARO A UNIRME CON LOS MANES DE MIS HONORABLES ANTEPASADOS?

CUATRO PIES, OCHO MANOS Y DIECISEIS OJOS TIENE EL DESTINO: ¿CÓMO PUEDE ESCAPARSESE EL MALVADO?



¡ES INÚTIL INTENTAR SALVARNOS! ¡ESTE OLEATE CONVERTIRÍA EN ASTILLAS AL BARCO MÁS RESISTENTE DEL MUNDO!



¡ES INÚTIL!

ESTA HUMIL'LE PERSONA LECUE! LA QUEO HAY POCO LUCHA QUE LA QUE NO SE HACE....



...Y QUE LA LESESPELACION ES LUENA Y SEÑOLA LE LO IMPOSIBLE.



## ANITA Y SUS AMIGOS

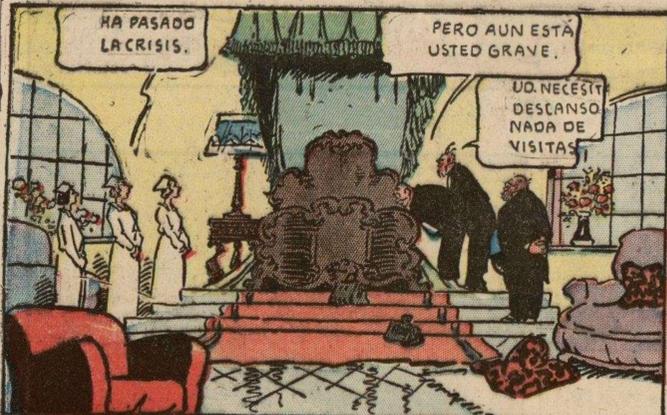
Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh

HA PASADO LACRISIS.

PERO AUN ESTÁ USTED GRAVE.

UD. NECESITA DESCANSO NADA DE VISITAS



¡UNA VISITA SÍ! HACE UNA SEMANA QUE OBEDEZCO LAS ÓRDENES DE UDS. AHORA YO DARÉ UNA... QUIERO VER A ANITA... MI PRINCESA! ¡COMO NO LA DEJEN ENTRAR...!



¡POR FAVOR, SEÑOR CALVO, CÁLMESE! LA NIÑA QUE QUIERE VER ESTÁ EN LA ANTESALA, ESPERANDO. SE HA AFLIGIDO MUCHO POR LA ENFERMEDAD DE UD.



SI... HOY SE ENCUENTRA ALI VIADO EL VIEJO.

¡ES INÚTIL! ¡EL NOS ENTERRARÁ A TODOS!

¡COMO ME HE SENTIDO ESTA SEMANA ES PARA DICHO

INOS LO IMAGINAMOS

AUN NO PIERDO LA ESPERANZA. PUEDE SUFRIR UNA RECAÍDA.



EL SEÑOR CALVO DESEA QUE ENTRE ANITA... ELLA SOLA.

¡HABRÁSE VISTO

Y NOSOTROS... ¿QUE?



¡GÓN QUE DESFACHATE SIGUIÓ A LA ENFERMERA!

¡A ESE VIEJO CHOCHO LE TIENE SORBIDO EL SESO!

¡NO HA DERECHO, DI GO YO!

¡TANTA IDIOTEZ! ¡HABLARE CON MI ABOGADO!



¡CARAMBA, SEÑOR CALVO! ¡E TÁ UD. HECHO ROBLE! ¡QUÉ ALEGRÍA PARA TODOS QUE...

PARA TODOS NO, PRINCESA, ALGUNOS DE MIS AMANTES PARIENTES POLÍTICOS SE SENTIRÁN CHASQUEADOS...



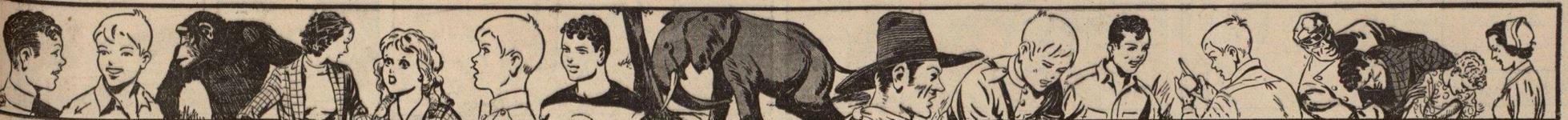
¡VAMOS, SEÑOR CALVO! ¡QUÉ COSAS TIENE! MIENTRAS ESTABA UD. ENFERMO ALGUNOS DE SUS CRIADOS LLORABAN, Y CASI TODOS SUS PARIENTES ME ENCARGARON DECIRLE QUE ESTABAN AFLIGIDÍSIMOS.

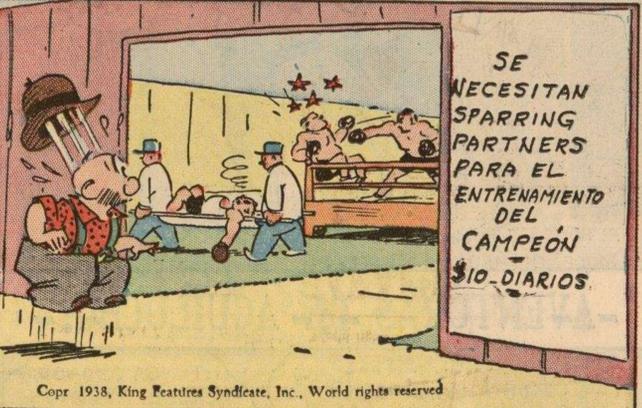
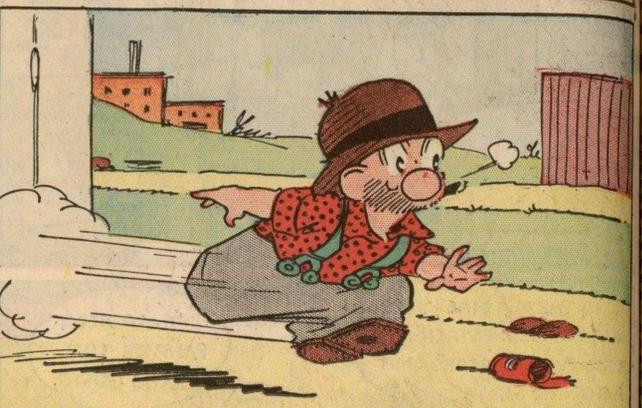
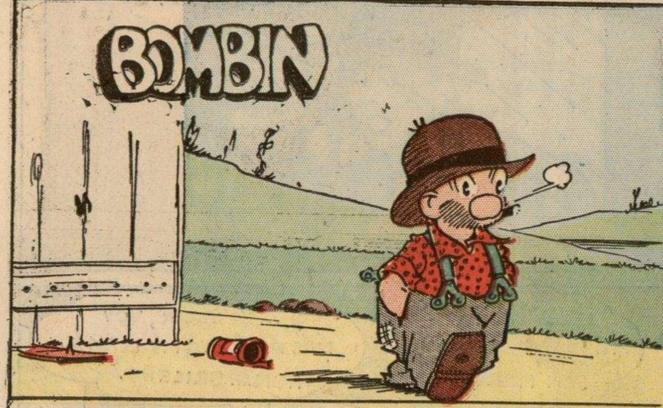


# MODESTO RIZOS



## -AVENTURAS DE AGUILUCHO-





PEDRO HARAPOS

